
Aquel
VERANO
en el que me
DESTROZASTE
ERRORES PARTE 2
MCL

AQUEL VERANO EN EL QUE ME DESTROZASTE

Errores parte 2

MCL

Copyright © marzo 2026 MCL

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

ISBN-13: 9781234567890
ISBN-10: 1477123456

Cover design by: Art Painter
Library of Congress Control Number: 2018675309
Printed in the United States of America

A Lucas,
para que cuando crezcas no seas duro contigo mismo, ni si quiera con los demás, al menos en lo que se refiere al amor.

CONTENTS

Title Page
Copyright
Dedication
Aquel
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16

Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Epílogo
Books By This Author

© 2026 MCL

Todos los derechos reservados.

Esta obra está protegida por las leyes de propiedad intelectual. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su almacenamiento en un sistema informático o su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros— sin el permiso previo y por escrito de la autora.

Los personajes, lugares y situaciones de esta obra son fruto de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales, es pura coincidencia.

Primera edición: marzo de 2026

Título: *Aquel verano en el que me destrozaste*
Autora: MCL

AQUEL VERANO en el que me DESTROZASTE

MCL

PRÓLOGO

El coche se detuvo frente a la entrada del instituto y, durante un segundo, ninguno de los dos dijo nada. Candela se quedó mirando hacia delante, observando a los alumnos que entraban en pequeños grupos, riendo y arrastrando mochilas demasiado grandes para sus hombros. Le gustaba ese momento del día. Era caótico, sí, pero también tenía algo de comienzo, sabía que estaba lleno de oportunidades. Oportunidades como las que ella había tenido después de los errores cometidos.

Sin darse cuenta dejó escapar un suspiro suave y sonrió.

—Vale, ya puedes decirlo —murmuró, girando la cabeza hacia él.

Nicolás la miró con una media sonrisa.

—¿El qué?

—Que sin mí tu día va a ser aburridísimo.

—Eso es evidente —respondió él sin dudar—. Pero no quería herir tu humildad.

Candela soltó una risa breve y negó con la cabeza.

—Qué tonto eres.

—Pero te casaste conmigo, ¿lo recuerdas?

—Sí, eso dice muy poco a mi favor.

Se miraron un instante, y la broma se deshizo sola, como siempre. Nicolás alargó la mano y le apartó un mechón de pelo de la cara con un gesto lento, casi distraído, pero lleno de cariño.

—Oye —dijo él, un poco más serio—. Llegaré tarde. No me esperes despierta si se alarga.

—Te voy a esperar igual —respondió ella sin pensarlo demasiado.

Nicolás suspiró con una pequeña sonrisa.

—Ya lo sé.

Candela se inclinó hacia él y lo besó. No fue un beso rápido ni automático, sino uno de esos que se alargan un poco más de lo necesario, como si ambos quisieran quedarse ahí un rato más.

—Buen viaje —susurró ella.

—Pórtate bien.

—Siempre.

Nicolás frunció los ojos, como si no se terminase de creer que Candela era por fin su mujer, y justo antes de que Candela se apartara del todo, le pellizcó suavemente la nariz.

—Eso está por ver.

—¡Oye! —protestó ella, llevándose la mano a la cara, aunque ya estaba sonriendo.

—Venga, baja ya o llegarás tarde.

Candela cogió el bolso, abrió la puerta y salió del coche. El aire fresco de la mañana le rozó la cara. Cerró la puerta con cuidado y dio un par de pasos hacia la entrada, pero se giró de nuevo.

Nicolás seguía allí.

Siempre se quedaba unos segundos más.

Le dedicó una sonrisa y levantó la mano en un gesto pequeño. Él respondió igual, y después arrancó el coche.

Candela lo vio alejarse hasta que desapareció al girar la esquina.

Durante un momento, se quedó quieta.

Y entonces, con una sensación tranquila en el pecho, entró al instituto.

—¡Buenos días, Candela!

—¡Buenos días! —respondió ella, elevando un poco la voz para hacerse oír entre el ruido del pasillo.

Marta, su compañera y ya amiga después de más de seis años en el mismo centro, se acercó con una carpeta en la mano.

—¿Qué tal el fin de semana?

—Bien, tranquilo. Lo necesitaba —contestó Candela mientras caminaban juntas—. ¿Y tú?

—Yo trabajando, como siempre. Alguien tiene que corregir los exámenes de estos fracasados.

—No digas eso, algunos se esfuerzan mucho.

—¿Para conseguir sacar un cinco? Porque es la nota más alta que he podido poner —bufó.

Candela sonrió.

—No seas muy dura cuando los entregues.

—La verdad es que he pensado en volver a hacerles el examen. Porque te juro que ha sido de pena.

—Menos mal que en el fondo tienes un corazón enorme.

Doblaron el pasillo mientras un grupo de alumnos pasaba corriendo a su lado.

—Por cierto —añadió Marta—, luego si puedes pásate por mi despacho. Hay una alumna nueva que… bueno, digamos que apunta maneras.

—¿De las tuyas o de las mías? —preguntó Candela.

—De las tuyas. De las de: me da todo igual pero en realidad no.

Candela asintió, comprendiendo al instante.

—Vale, luego voy.

Se despidieron y Candela entró en su despacho. Cerró la puerta tras de sí y dejó el bolso sobre la mesa. Se quitó la chaqueta con calma, la colgó en el respaldo de la silla y encendió el ordenador.

Apenas le dio tiempo a sentarse cuando llamaron a la puerta.

—Adelante.

La puerta se abrió despacio y una chica asomó la cabeza.

—¿Candela?

—Sí, pasa. Tú debes de ser Lucía, esperaba ir a verte cuando estuvieses con tu tutora.

La adolescente entró sin mirarla directamente y se sentó en la silla frente a la mesa, dejándose caer como si le pesara el cuerpo entero.

Candela la observó unos segundos antes de hablar.

—Bueno… cuéntame —dijo con tono tranquilo—. ¿Qué está pasando?

Lucía se encogió de hombros.

—Nada.

Candela apoyó los codos sobre la mesa y entrelazó las manos.

—Vale, empecemos de otra forma. Tres partes en una semana no es exactamente nada.

La chica bufó, mirando hacia la ventana.

—Es que me da igual, sabes. Y he venido a hablar contigo porque la pesada de Marta no para de torrarme todo el día.

Candela ladeó ligeramente la cabeza.

—No, no te da igual —respondió con suavidad—. Si te diera igual, no estarías así.

Lucía no contestó.

—Mira —continuó Candela—, no estoy aquí para echarte la bronca, o para torrarte como tú dices. Para eso ya tienes a medio instituto. Yo estoy aquí para entender qué te pasa, y ayudarte a que no te metas en un lío más grande.

Lucía jugó con la manga de su sudadera.

—Es que no sé, no tengo ganas de nada.

Candela asintió despacio.

—Eso ya es algo —dijo—. A veces no es que todo dé igual. A veces es que no sabes qué es lo que más importa y nos despistamos al encontrarlo.

La chica levantó la mirada por primera vez.

Y ahí estaba. Ese momento en el que a Candela le dio una pista para continuar.

—Vamos a hacer una cosa —añadió—. No vamos a arreglar tu vida hoy. Solo vamos a intentar entender qué es lo que más te está costando ahora mismo. ¿Te parece?

Lucía dudó… pero asintió muy ligeramente.

Y con eso era suficiente.

La conversación siguió durante un buen rato. Con pausas, con silencios incómodos, con respuestas a medias. Pero también con pequeños avances, casi imperceptibles.

Cuando por fin Lucía salió del despacho, Candela se dejó caer contra el respaldo de la silla.

Se llevó una mano al cuello y lo masajeó suavemente.

Miró el reloj. Aún le quedaba toda la mañana.

Cogió el móvil por costumbre, más por desconectar un segundo que por otra cosa.

Y entonces vio que tenía un mensaje en la pantalla, no mostraba número.

Frunció el ceño, extrañada.

—Qué raro… —murmuró para sí misma.

Lo abrió para continuar de leer, pues solo mostraba la primera palabra.

ÉL VA A SER MÍO.

Candela se quedó pensativa un momento y después volvió a bloquear el teléfono dando por hecho que había sido un error. Pero, aun así, una sensación incómoda empezó a abrirse paso dentro de ella.

CAPÍTULO 1

La noche era cerrada y la carretera apenas estaba iluminada. Las farolas aparecían de forma intermitente, demasiado separadas entre sí como para ofrecer una luz continua. Entre una y otra, la oscuridad lo cubría todo. El coche avanzaba con las luces largas encendidas, iluminando lo justo para poder anticipar las curvas que se sucedían sin descanso.

Era una carretera complicada, llena de cambios de rasante, curvas cerradas y tramos en los que apenas se veía más allá de unos metros.

Dentro del coche, el ambiente era igual de tenso.

—De verdad, creo que deberíamos habernos quedado en el hotel esta noche —dijo ella, sin apartar la vista de la carretera—. Hace frío, es tarde, y Meisie es muy pequeña para estar haciendo este viaje ahora.

Desde el asiento trasero se escuchó un leve quejido del bebé envuelto en mantas.

Él suspiró, sin girar la cabeza.

—Ya hemos hablado de esto —respondió con un tono seco—. Tengo que dejaros en casa y volver a la oficina. Estoy metido en un proyecto importante y no puedo permitirme retrasarlo más.

Ella se removió en el asiento, claramente incómoda.

—Siempre ese maldito trabajo, siempre es lo más importante —dijo, mirándolo por un instante—. Siempre hay algo que no puede esperar.

El coche tomó una curva más cerrada y él redujo ligeramente la velocidad, concentrado en la conducción.

—No es lo más importante, pero paga las facturas, y también está lo otro… —contestó—. Esta vez de verdad no puedo quedarme.

—Eso también lo dijiste hace dos meses.

Hubo un breve silencio. Solo se escuchaba el motor y el sonido de las ruedas sobre el asfalto.

Ella volvió a hablar, esta vez con la voz más baja.

—Llevas meses sin venir a casa —dijo despacio—. Meses. Meisie va a dejar de reconocerte si esto sigue así. Empiezo a cansarme de esta situación, será mejor que desaparezcas de nuestras vidas. Yo puedo encargarme de ella, ya te lo he dicho muchas veces, pero si eso es lo que ocurre no te dejaré verla.

Él apretó el volante un poco más.

—No digas eso, sabes que no sucederá. No voy a separarme de Meisie nunca. Solo necesito tiempo para hacerlo bien.

—¿Ah, no? ¿Estás seguro de que no es eso lo que buscas, que desaparezcamos de tu vida? —respondió ella, girándose hacia él—. Porque a mí es lo que me parece. Cada vez estás más lejos, aunque estés aquí.

Él negó con la cabeza, molesto.

—Estás exagerando.

—No estoy exagerando —insistió ella—. Estoy cansada de esta situación. El día menos pensado, cuando regreses no estaremos.

El coche volvió a entrar en otra curva. Las luces largas iluminaron un tramo estrecho de carretera que desaparecía unos metros más adelante.

—Mira, no quiero discutir ahora —dijo él, intentando mantener la calma—. En cuanto termine este proyecto, todo va a cambiar.

Ella dejó escapar una pequeña risa sin humor.

—Eso ya me lo has dicho antes.

No hubo respuesta.

El silencio volvió a instalarse en el coche.

El haz de luz avanzó por la carretera…

Y entonces, de repente, algo apareció.

—¡Cuidado! —gritó ella tensándose.

Un cervatillo irrumpió en mitad del asfalto, completamente desorientado por las luces.

—¡Cuidado! —gritó más alto.

Todo ocurrió demasiado rápido.

Él giró el volante de forma brusca para esquivarlo.

Las ruedas chirriaron.

El coche perdió adherencia.

—¡No, no, no…!

El vehículo derrapó hacia un lado y, en cuestión de segundos, comenzó a dar vueltas de campana.

El primer golpe fue seco. Luego otro. Y otro más.

El coche empezó a dar vueltas y vueltas, arrastrándose por la carretera mientras el sonido del metal retorciéndose y los cristales rompiéndose llenaba el silencio de esa noche.

Todo se volvió caótico.

Violento.

Incontrolable.

Y, de repente…

Silencio.

Un silencio absoluto.

Durante unos segundos, no se escuchó nada. Ni voces. Ni movimiento. Ni siquiera el viento.

Hasta que un sonido lo rompió todo.

El llanto de un bebé.

Un llanto agudo, desesperado, que resonó en medio de la noche como algo fuera de lugar.

El sonido fue ganando fuerza, llenando el espacio que antes ocupaba el ruido del accidente.

A lo lejos, aparecieron unas luces. Un coche, luego otro. Los vehículos comenzaron a detenerse al ver el coche destrozado en mitad de la carretera.

Se abrieron puertas. Se escucharon pasos que caminaban con prisas.

—¡Dios mío, un accidente!

—¡Llama a emergencias!

—¡Rápido, hay un bebé dentro!

El llanto no cesaba.

Minutos después, el sonido de las sirenas comenzó a acercarse. Primero lejano. Luego cada vez más intenso.

Hasta que terminó por apoderarse de la noche.

CAPÍTULO 2

Candela miró el reloj por enésima vez. Las agujas avanzaban despacio, demasiado despacio, era como si el tiempo se hubiera empeñado en ir en su contra.

Apoyó la cabeza en el respaldo del sofá y dejó escapar un suspiro largo. El salón estaba en silencio, solo iluminado por la luz tenue de una lámpara de pie. Había dejado todas las demás apagadas, como si así la espera fuera más llevadera.

Miró el móvil esperando tener un mensaje, pero no había nada. Ni un mensaje. Ni una llamada.

Frunció ligeramente el ceño y volvió a mirar el reloj.

Era tarde. Demasiado tarde como para que su marido atravesara la puerta a esas horas.

Nicolás no solía llegar nunca tan tarde. Y cuando veía que se le iba a hacer de madrugada, siempre hacía lo mismo: se quedaba en un hotel y la llamaba. Siempre la llamaba.

Candela tragó saliva.

—Seguro que se ha liado… —murmuró para sí misma.

Pero ni ella misma se sonó convencida.

Dejó el móvil sobre la mesa, aunque no tardó ni diez segundos en volver a cogerlo para comprobar si había recibido algún mensaje.

Una punzada de incomodidad empezó a instalarse en su pecho.

Y entonces le llegó el recuerdo claro a la mente.

No debí decirle eso.

Cerró los ojos un momento.

Hacía unos días habían discutido. No había sido nada grave, pero… sí lo suficiente como para que las palabras se le quedaran

dando vueltas.

Le había dicho que estaba cansada. Cansada de que pasara tantas noches fuera. Cansada de esperar. Cansada de sentir que siempre había algo más importante para él que no fuese ella.

Se llevó una mano a la frente.

—Qué egoísta fui… —susurró.

Quizá había salido más tenso de lo que aparentaba. Quizá iba distraído. Quizá…

Abrió los ojos de golpe.

No. Negó con la cabeza, intentando apartar esa idea. No tenía sentido ponerse así. Tenía que distraerse.

Se inclinó hacia delante, cogió el mando del televisor y la encendió. Navegó sin pensar demasiado hasta una de sus plataformas y puso uno de esos documentales que tanto le gustaban: crímenes sin resolver, historias que siempre conseguían atraparla y distraerla.

—Venga… —murmuró, acomodándose en el sofá—. Solo un rato de espera más.

El sonido de la narración llenó el silencio del salón, pero no el ruido de su cabeza.

Al principio, Candela intentó seguir la historia. Prestó atención a los nombres, a los detalles, a las teorías. Pero su mente se iba una y otra vez al mismo sitio.

Al móvil.

Al reloj.

A la puerta.

Cada pocos minutos, miraba la pantalla. Esperando ver algo distinto.

Pero no había nada.

El cansancio terminó por vencerla. Sin darse cuenta, se quedó dormida.

El sobresalto fue brusco.

Candela abrió los ojos de golpe, desorientada, con el corazón latiendo más rápido de lo normal.

Durante unos segundos no supo ni dónde estaba.

La televisión seguía encendida, con el volumen bajo.

Parpadeó varias veces y giró la cabeza hacia el reloj de la pared.

Se quedó mirándolo con la mirada fija.

—No… —murmuró.

Las seis.

Eran las seis de la mañana. Se incorporó de golpe.

El sueño desapareció al instante, sustituido por una sensación fría que le recorrió el cuerpo.

—No, no, no…

Se levantó tan rápido que casi tropezó con la mesa. Recorrió la casa sin pensar, abriendo puertas, como si esperara encontrarlo en alguna habitación durmiendo.

El dormitorio estaba vacío, el baño lo mismo.

Nada.

Volvió al salón con la respiración acelerada.

—Vale… vale… —se dijo, intentando calmarse—. Se ha quedado a dormir. Claro. Se ha quedado a dormir y se le ha olvidado llamarme.

Asintió, como si necesitara convencerse.

Pero casi al mismo tiempo negó con la cabeza.

No.

Eso no era propio de él.

Nicolás nunca haría eso. Nunca la dejaría toda la noche sin saber nada.

Nunca.

El estómago se le encogió.

Cogió el móvil con manos que empezaban a temblar.

Buscó su nombre.

Dudó un segundo.

—No pasa nada… —susurró—. Seguro que está dormido.

Pulsó el botón de llamada.

Se llevó el teléfono al oído.

Un segundo.

Dos.

Y entonces lo escuchó: El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura.

Candela se quedó completamente quieta.

No reaccionó. No colgó. Ni siquiera respiró.

Solo se quedó allí, con el móvil pegado a la oreja, como si no terminara de entender lo que acababa de escuchar.

—No… —dijo en un hilo de voz.

Se separó el teléfono lentamente y lo miró, como si esperara que cambiara la respuesta.

Volvió a marcar.

Lo mismo.

El aire empezó a faltarle.

Notó cómo las manos le temblaban de forma más evidente, cómo el corazón le golpeaba el pecho con fuerza, demasiado rápido.

—Vale… vale… —repitió, pero ya sin convicción.

Empezó a caminar por el salón sin rumbo, con el móvil en la mano.

No sabía qué hacer.

¿A quién llamaba? ¿A sus amigas? ¿A esas horas?

Miró la pantalla.

Las seis y pocos minutos.

Se llevó una mano a la boca, intentando pensar, pero su mente estaba bloqueada, completamente en blanco.

Y entonces, el teléfono de la casa sonó.

Candela dio un pequeño respingo, como si el sonido le hubiera atravesado el cuerpo.

Se quedó mirando el aparato, sin atreverse a moverse durante un segundo.

El corazón le latía tan fuerte que le dolía.

Y, aun así, sabiendo que aquella llamada probablemente fuese la respuesta a su preocupación, no sabía si quería contestar.

Después de dos tonos más, Candela descolgó alargando la mano y descolgando el auricular.

—¿Diga?

Al otro lado, una voz masculina respondió con rapidez, demasiado formal para la hora que era.

—Buenas noches, ¿podría hablar con Nicolás Martí?

Candela frunció el ceño al instante.

—No… no se encuentra ahora mismo. Soy su mujer —respondió, incorporándose poco a poco en el sofá—. ¿Quién es?

Hubo un pequeño silencio antes de la respuesta.

—Le llamo de la Guardia Civil, señora.

El cuerpo de Candela se tensó sin que pudiera evitarlo.

—¿La Guardia Civil? —repitió, confundida—. ¿Qué ocurre?

—Es en relación a un vehículo registrado a su nombre —continuó el agente—. Un Toyota Corolla, matrícula 3254 CNL.

Candela negó con la cabeza de inmediato, incluso antes de responder.

—No, no… tiene que haber un error —dijo, con el ceño cada vez más fruncido—. Nuestro coche es un Seat Ibiza. No tenemos ningún Toyota.

Al otro lado se escuchó el sonido de papeles.

—Un momento, por favor…

Candela se puso en pie sin darse cuenta, empezando a caminar lentamente por el salón.

—¿Me puede confirmar su nombre?

—Candela. Candela Rubio.

—De acuerdo… —murmuró el agente—. Veamos… Candela.

Hubo unos segundos de silencio que se le hicieron eternos.

—Señora —continuó finalmente—, su esposo figura como titular de un vehículo con las características que le he indicado. Y esta madrugada, dicho vehículo se ha visto implicado en un accidente de tráfico.

Candela dejó de caminar.

Se quedó completamente quieta.

—No… —susurró, más para ella que para él—. Eso no es posible.

El agente siguió hablando, con un tono más serio.

—Por el momento no podemos confirmar la identidad de todos los ocupantes. Por ese motivo estamos intentando contactar con su marido.

Candela sintió cómo el suelo desaparecía bajo sus pies.

—Esto… esto es un error —dijo, negando con la cabeza—. Mi marido ayer se fue a una reunión de trabajo. No… no puede ser al hombre que están buscando, ya le he dicho que él tiene un Seat Ibiza.

—Entiendo lo que me dice —respondió el agente, manteniendo la calma—, pero sería conveniente que se desplazara para poder aclarar la situación en persona.

Candela tardó unos segundos en reaccionar.

—¿Desplazarme…? —repitió, con la voz temblorosa—. ¿A dónde?

—¿Se encuentra usted en Valencia, me llama de alguna población?

—Disculpe, señora. Le llamo desde Sevilla.

El mundo se detuvo para ella.

Candela no respondió. No pudo.

—¿Sevilla…? —repitió finalmente, en un susurro vacío.

La palabra se quedó flotando en el aire, sin encajar en ningún sitio.

Sevilla.

No tenía sentido. Nada de eso tenía sentido. Nicolás había dicho que tenía una reunión pero no mencionó Sevilla, sus reuniones solían ser en Madrid.

No había mencionado ningún viaje a aquella ciudad.

No había…

De repente, pequeñas piezas empezaron a moverse en su cabeza. Detalles sueltos. Momentos que en su día no parecieron importantes.

Pero ahora… Ahora todo se veía distinto.

El corazón le latía con fuerza, demasiado rápido.

—Señora, ¿me escucha? —insistió la voz al otro lado.

Candela abrió la boca, pero no salió ningún sonido de ella.

Notó cómo el móvil empezaba a resbalar entre sus dedos.

No tenía fuerza para sujetarlo.

—¿Señora? Necesito que me confirme si puede desplazarse…

Pero ya no estaba escuchando.

El teléfono cayó al suelo rebotando sobre la alfombra.

Candela dio un paso atrás, como si necesitara alejarse de algo invisible.

El aire no le llegaba a entrar en sus pulmones.

Se llevó una mano al pecho.

—No… —susurró, completamente rota—. No puede ser…

A lo lejos, desde el suelo, la voz del agente seguía llamándola.

Lejana.

—¿Señora? ¿Candela? ¿Me escucha?

Pero Candela ya no podía responder.

Se había quedado completamente paralizada.

Y, por primera vez, sintió con claridad que algo dentro de su vida… acababa de romperse, que era posible que su marido hubiese sufrido un accidente.

CAPÍTULO 3

Candela salió de casa con las llaves todavía temblando entre los dedos.

Habían pasado varias horas desde la llamada, pero el temblor inicial se había transformado en algo distinto. Más frío y quizá un poco más controlado. Como si su mente, incapaz de procesarlo todo de golpe, hubiera decidido avanzar paso a paso.

Sin pensar demasiado, caminó directa hacia el coche.

No estaba dispuesta a llorar sin saber si esas lágrimas merecían ser derramadas, tampoco hablaba.

No pensaba más de lo necesario. Solo actuaba.

Cuando arrancó, lo primero que hizo fue coger el móvil y llamar.

—¿Sí? —respondió Marta al segundo tono.

—Marta, soy yo.

—Candela, ¿qué tal estás? Te llamé antes pero no me respondiste. Llegas tarde.

—No voy a ir hoy a trabajar —la interrumpió, con una voz más firme de lo que sentía—. Tengo que ocuparme de algo importante.

Hubo un pequeño silencio al otro lado.

—Claro… no te preocupes. ¿Necesitas algo?

Candela dudó un instante.

—Sí —admitió finalmente—. Necesito que estés pendiente del teléfono. Creo que voy a necesitarte.

El tono de Marta cambió al instante.

—Candela… ¿qué está pasando?

Otra pausa, y Candela apretó ligeramente el volante. Sabía que tarde o temprano tendría que decirlo.

—La Guardia Civil me ha llamado esta mañana —dijo, despacio—. Dicen que Nicolás ha tenido un accidente.

—¿Cómo? —susurró Marta, completamente desconcertada—. Pero ¿dónde está?

—En Sevilla.

—¿Sevilla? Pero si él estaba en…

—Lo sé —la cortó Candela—. No sé nada más. Por eso voy para allí ahora mismo.

—Dios mío… —murmuró Marta—. Pero tú… tú estás bien, ¿no?

Candela cerró los ojos un segundo.

—Sí. Estoy bien.

Y era verdad, o al menos eso le parecía a ella misma.

—Llámame en cuanto sepas algo, ¿vale? Para lo que sea. Lo que necesites.

—Lo haré.

Colgó.

El silencio volvió a rodearla.

Horas después, ya en el aeropuerto, todo seguía pareciendo irreal.

Sacó el billete casi de forma automática, sin recordar exactamente en qué momento lo había comprado.

Se sentó en una de las sillas de la zona de embarque y miró a su alrededor. Gente normal. Conversaciones normales. Vidas normales. Como si nada estuviera pasando. Como si su mundo no acabara de romperse en dos en el instante en el que la Guardia Civil la llamó horas antes.

Tragó saliva.

Y marcó otro número.

—¿Sí? —respondió una voz masculina, familiar.

—Rodrigo.

—¡Hermana! —su tono se volvió más alegre—. ¿Qué tal? Hace días que no sé nada de vosotros.

Candela forzó una ligera sonrisa, aunque él no pudiera verla.

—Bien… todo bien. Oye, te llamaba por una cosa.

—Dime.

Candela dudó un segundo, eligiendo cada palabra que iba a decir para no levantar sospechas.

—¿Has hablado con Nico últimamente?

—No… hace bastante, la verdad. ¿Por?

—Nada, curiosidad —respondió rápido—. Como está con tanto trabajo…

—Ya, ese no para nunca —bromeó él—. A ver si un día se deja caer por casa.

Candela asintió en silencio.

—Sí… a ver.

Le hizo un par de preguntas más, sin importancia, intentando notar algo extraño en su tono.

Pero no había nada que notar. Rodrigo no sabía nada.

—Bueno, te dejo —dijo finalmente—. Hablamos luego.

—Claro. Dale un abrazo a mi cuñado de mi parte.

Candela tragó saliva.

—Sí.

Colgó.

Y se quedó mirando el móvil.

Cada vez todo encajaba menos.

Allí estaba, en Sevilla, y frente a ella la comandancia de la Guardia Civil. Era más fría de lo que esperaba. O quizá era ella.

—Buenos días —dijo al entrar, acercándose al mostrador—. Busco a alguien con quien hablar sobre un accidente ocurrido esta madrugada. Me llamaron preguntando por Nicolás Martí.

El agente la miró.

—¿Nombre?

—Candela Rubio. Y… Nicolás Martí —repitió su nombre de nuevo.

El hombre asintió y tecleó algo.

—Un momento.

Fueron segundos, pero se le hicieron eternos.

—De acuerdo —dijo finalmente—. Espere aquí, por favor.

Candela asintió.

No se sentó, no podía.

Al cabo de unos minutos, otro agente apareció.

—¿Candela Rubio?

—Sí.

—Acompáñeme.

Lo siguió por un pasillo largo, en silencio, hasta una sala sencilla donde había una mesa y dos sillas. Nada más.

—Por favor, siéntese.

Candela lo hizo, aunque su cuerpo estaba rígido.

—Mi nombre es Ignacio Gallo —se presentó él—. Fui quien habló con usted esta mañana.

Ella asintió, sin apartar la mirada.

—¿Quiere un café? ¿Agua?

—No, gracias.

El agente tomó asiento frente a ella.

Hubo un breve silencio.

—Han pasado varias horas desde la llamada —empezó él, con tono calmado—. Y ya podemos confirmarle algunas cosas.

Candela sintió cómo el corazón le golpeaba con fuerza.

—Su esposo está bien.

El aire volvió a sus pulmones de golpe y dejó salir una bocanada de aire.

—Está en el hospital —continuó—. Tiene algunas magulladuras y deberá guardar reposo unos días, pero está fuera de peligro.

Candela cerró los ojos un segundo.

Un alivio intenso la atravesó.

—Gracias a Dios… —susurró.

Pero duró muy poco.

—La otra persona adulta no ha tenido la misma suerte —añadió el agente—. Lo siento mucho.

Candela abrió los ojos de golpe.

—¿Qué…?

Su mente tardó en procesarlo.

—¿Otra persona…? —repitió—. ¿Un compañero de trabajo?

El agente no respondió de inmediato.

Candela se inclinó hacia delante.

—¿Dónde está? ¿En qué hospital está Nicolás? Quiero ir a verle.

—Señora —intervino él con suavidad—, antes de eso, necesito preguntarle algo.

Candela lo miró, confundida.

—¿Ha venido usted sola?

—Sí, claro —respondió, cada vez más tensa—. No entiendo su *pregunt…*

—Quizá debería llamar a alguien para que la acompañe.

Candela frunció el ceño.

—Lo que creo es que ha habido una confusión —dijo, más firme—. Y cuanto antes hablemos, antes se aclarará todo.

El agente asintió despacio.

—Está bien, como usted desee.

—Su marido viajaba con una mujer —dijo finalmente—. Y con una niña.

El mundo se detuvo.

Candela no reaccionó.

—La mujer ha fallecido —continuó él—. Y en un primer momento pensamos que se trataba de usted.

Las palabras empezaron a caer, una detrás de otra, sin darle tiempo a asimilarlas.

—Las alianzas que ambos llevaban… tenían grabados sus nombres, la de su esposo y la de la mujer que viajaba con él. Hemos podido comprobarlos con la documentación que la mujer llevaba en el bolso.

Candela negó lentamente.

—No… —susurró.

—En este momento estamos a la espera de una prueba de ADN.

Candela levantó la mirada de golpe.

—¿Una prueba de ADN?

—Sí. El bebé que viajaba en el vehículo… no sabemos qué relación guarda con su esposo.

El silencio se volvió insoportable.

—¿Qué…? —la voz le salió rota—. ¿Qué broma pesada es esta?

La rabia empezó a abrirse paso.

—Señora, entiendo que…

—No, no entiende nada —lo interrumpió ella, levantándose de la silla—. Esto no tiene sentido.

El agente mantuvo la calma.

—Lo mejor será que hable con su marido.

Le tendió un papel.

—Aquí tiene la dirección del hospital. Si lo desea, alguien puede acercarla.

Candela lo miró sin verlo realmente.

—Necesito… —murmuró—. Necesito un momento.

Salió de la sala sin esperar respuesta.

Cruzó el pasillo casi sin sentir el suelo bajo sus pies y empujó la puerta hasta salir a la calle.

El aire le golpeó la cara. Caliente. Asfixiante.

Era junio. Pero para ella, Sevilla se sentía como un agosto insoportable.

Se llevó una mano al pecho, y respiró hondo, una y otra vez, pero no era suficiente.

Candela se apoyó contra la pared exterior de la comandancia, intentando sostenerse.

El aire caliente le quemaba al entrar en los pulmones.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí fuera. Solo sabía que ya no podía pensar, así que sacó el móvil otra vez. Esta vez no dudó.

Llamó.

—¿Candela? —la voz de Marta sonó inmediata, cargada de preocupación—. ¿Has llegado? ¿Sabes algo?

Candela abrió la boca, pero durante unos segundos no salió ningún sonido.

—Candela, ¿qué pasa? Me estás asustando.

Tragó saliva.

—No estaba solo.

—¿Cómo? —preguntó Marta, más despacio.

Candela cerró los ojos.

—Nicolás… no viajaba solo —repitió—. Iba con una mujer.

Las palabras se le atascaron.

—Y, también había un bebé.

Al otro lado, el silencio se hizo largo.

—Marta di algo.

—Candela… —murmuró Marta—. ¿Estás segura de lo que estás diciendo?

Candela negó con la cabeza, aunque nadie pudiera verla.

—Dicen que ha muerto —añadió, con la voz rota—. La mujer ha muerto en el accidente.

Se llevó la mano a la boca.

El temblor volvió, esta vez más fuerte.

—¿Te lo puedes creer? —dijo de repente, acelerándose—. ¿Qué clase de broma es esta? No puede ser real, Marta. No puede ser real.

Empezó a caminar sin rumbo, como si necesitara moverse para calmarse.

—Nicolás no puede estar haciéndome esto —continuó—. No puede… no puede tener otra vida. No puede tener un hijo. No puede…

La respiración se le descontroló.

—Candela, escúchame —intervino Marta con firmeza—. Me voy para allí ahora mismo. Cojo el primer tren, el primer avión, lo que sea. No vas a estar sola en esto.

Candela se detuvo en seco.

—No.

—¿Cómo que no?

—No vengas —dijo firme, aunque le doliera—. Necesito… necesito hablar con él. A solas.

Cerró los ojos con fuerza.

—Necesito que me lo diga a la cara.

Hubo un silencio breve.

—Cuando acabe aquí, vuelvo a Valencia —añadió—. Hablamos allí. Nos vemos allí, ¿vale?

Marta tardó un segundo en responder.

—Vale… pero me llamas en cuanto salgas de ese hospital. En cuanto salgas.

—Sí.

—Y Candela… pase lo que pase, estoy contigo.

Candela apretó los labios.

—Lo sé.

Colgó.

Se quedó unos segundos mirando el móvil, como si no supiera qué hacer ahora que ya no había nadie al otro lado.

Después volvió a entrar en la comandancia.

Se acercó al agente con el que había hablado.

—Necesito ir al hospital —dijo directamente—. ¿Podrían llevarme?

El hombre la observó un instante, valorando su estado.

—Sí, claro. Espere un momento aquí.

Candela asintió.

No dijo nada más.

Media hora después, estaba allí. De pie frente a la puerta. La habitación estaba al otro lado, apenas unos metros los separaban.

Y, aun así, sentía que no podía avanzar.

Se quedó quieta, mirando el número de la puerta, mientras su mente intentaba ordenar todo lo que iba a decir. Todo lo que necesitaba saber.

Las preguntas se amontonaban.

¿Por qué?

¿Desde cuándo?

¿Quién era ella?

¿El bebé…?

El corazón le latía con tanta fuerza que le dolía. Respiró hondo. Y empujó la puerta.

Nicolás estaba allí.

En la cama, quieto, pálido.

Tenía la cara llena de pequeños cortes y moratones. Un vendaje le cruzaba la frente. La pierna, elevada, estaba completamente escayolada.

Candela se quedó en la puerta inmóvil.

Durante un segundo, todo desapareció de su mente, el accidente, la llamada, la otra mujer. El bebé.

Todo.

Solo veía a su marido.

Y una parte de ella quiso correr y abrazarle. Comprobar que estaba vivo, que respiraba, que seguía allí.

Pero la otra parte la detuvo.

La parte fría, la racional, la que le dolía.

Avanzó despacio hasta los pies de la cama.

Nicolás abrió los ojos al sentirla.

La miró. Y en su mirada hubo algo que Candela no había visto nunca antes.

No dijo nada porque no hacía falta.

Candela le sostuvo la mirada, sintiendo cómo algo dentro de ella se rompía partiéndola en dos definitivamente.

Tragó saliva.

—¿Es tu hijo?

El silencio que siguió fue insoportable.

Nicolás cerró los ojos.

Y cuando habló, aunque su voz sonó como un susurro, para ella pareció un grito.

—Hija.

CAPÍTULO 4

Candela se quedó de pie frente a la cama, sin apartar la mirada de Nicolás, como si necesitara confirmar una y otra vez que aquello era real y que no había ningún malentendido posible que lo arreglara todo en el último segundo.

No habló durante unos instantes, porque no sabía ni por dónde empezar, y al final, lo único que consiguió decir fue una pregunta que le salió casi sin voz.

—¿Por qué?

Nicolás bajó la mirada inmediatamente, como si esa pregunta pesara más que todo lo demás. Se tomó unos segundos antes de responder, respirando despacio, intentando encontrar algo que no sonara a excusa, aunque no lo consiguió del todo.

—No hay una razón concreta —dijo al fin—. No fue algo que yo decidiera de un día para otro ni algo que te pueda explicar fácilmente. Simplemente ocurrió, y después fue pasando el tiempo sin que me diera cuenta de hasta dónde había llegado.

Candela no se movió, pero su expresión cambió ligeramente, como si estuviera intentando encajar las palabras en algo que tuviera sentido.

Él siguió hablando, esta vez con la mirada perdida en algún punto de la cama.

—Anne apareció una noche en el que yo no estaba bien, supongo, fue hace bastante como puedes intuir —dijo pensando en el bebé—, no había planes ni si quiera pensaba en el día siguiente, lo único en lo que pensaba era en que no te enterases y en no separarme del bebé.

Candela tragó saliva, pero no lo interrumpió.

—Lo que si recuerdo es que a los pocos de días de haberla cagado —tomó aire para continuar hablando—, reuní el valor suficiente para contártelo, pero recibí una llamada y las cosas cambiaron —continuó él—. No hubo opción para mí, cuando me contó que esperaba un hijo mío el mundo se me vino abajo, y a la vez la sensación de que iba a ser padre me llenó por dentro.

Candela cerró los ojos un segundo, como si esa parte le doliera físicamente, pero volvió a abrirlos enseguida.

—Estuve a punto de contártelo —añadió Nicolás con más dificultad—. De verdad que estuve a punto de decírtelo todo, de pedirte perdón, de intentar arreglarlo como fuera. Pero justo cuando iba a hacerlo, Anne me llamó y me dijo que estaba embarazada, ¿qué se suponía que debía hacer?

El silencio que siguió fue tan denso que parecía ocupar toda la habitación como si un centenar de personas estuviesen presentes y respirasen a la vez.

Nicolás levantó la vista hacia ella, pero solo un instante.

—Y en ese momento no supe qué hacer —continuó—. Ella sabía de tu existencia, yo había estado intentando separar dos vidas completamente distintas y mantenerlas sin que chocaran, creyendo que de alguna forma podría sostenerlo todo sin que nadie saliera demasiado herido. Ahora me he dado cuenta de que no es posible.

Candela negó lentamente con la cabeza, como si no pudiera creer lo que estaba escuchando, aunque lo estaba entendiendo todo demasiado bien.

—¿Dos vidas? —repitió en voz baja.

Él no respondió, porque no hacía falta.

Candela respiró hondo, intentando no perder el control, aunque su voz ya venía rota desde hacía rato.

—¿Hacías el amor con ella?

Nicolás cerró los ojos un segundo antes de contestar, y cuando lo hizo, fue con una honestidad que dolía aún más que cualquier mentira.

—Nunca como contigo —dijo—. No era lo mismo. Nunca la amé como te amo a ti, pero Meisie es mi hija, Candela. Cuando Anne supo que estaba embarazada intentó apartarme al principio

por pasar mucho tiempo fuera de casa, pero yo no pude alejarme de ellas. Es mi hija.

La última frase se le quebró un poco al decirla, como si ahí estuviera todo lo que había intentado justificar durante meses o años.

Candela sintió cómo algo dentro de ella se rompía de forma definitiva, no de golpe, sino como cuando algo va cediendo poco a poco hasta que ya no queda nada que sostenga la estructura. Era algo parecido a un cristal resquebrajándose y convirtiéndose en tela de araña.

Se quedó unos segundos mirándolo, sin saber qué hacer con todo lo que acababa de escuchar, y luego negó con la cabeza de forma lenta, como si necesitara marcar el final de algo dentro de ella.

Sin decir nada más, se dio la vuelta.

Nicolás intentó incorporarse un poco en la cama, preocupado por su reacción.

—Candela, por favor, escúchame… no te vayas así…

Pero ella ya no podía escuchar nada de lo que venía detrás de esas palabras.

Salió de la habitación sin detenerse, atravesando el pasillo del hospital con la vista fija en algún punto que no veía realmente, mientras las lágrimas empezaban a caer sin que pudiera controlarlas.

Cuando cruzó la puerta de salida, el calor de Sevilla la golpeó de nuevo en la cara, pero esta vez no tuvo un impacto en ella negativo.

Se llevó una mano a la boca para intentar contener el llanto, pero fue inútil, porque todo lo que había estado aguantando desde la llamada de madrugada terminó de romperse ahí, en medio de la calle.

Y detrás de ella, a lo lejos, la voz de Nicolás seguía llamándola, aunque cada vez sonaba más lejana, como si ya no perteneciera a su vida. Porque en ese momento ya no podía volver a ser la misma persona que había entrado en esa habitación.

Candela caminó sin rumbo fijo durante varios minutos, sin saber exactamente hacia dónde iba ni por qué seguía avanzando.

Salió del hospital, cruzó la calle sin mirar a su alrededor y terminó deteniéndose en la acera de enfrente, como si su cuerpo hubiera decidido por ella que ya no podía seguir más.

Se dejó caer lentamente, apoyando la espalda contra la fachada del edificio.

El calor era intenso, pero ella apenas lo notaba, incluso en ocasiones tiritaba de frío.

Tenía la mirada perdida en algún punto del suelo, sin enfocar nada en concreto. A su alrededor, la gente entraba y salía del hospital, hablaba, se movía con prisa… todo seguía funcionando como si nada hubiera pasado.

Como si su vida no acabara de ser pisoteada.

Se llevó las manos a la cara y las dejó ahí unos segundos, respirando despacio, intentando ordenar algo dentro de su cabeza.

Pero no había orden posible en todo aquello que había ocurrido.

Todo lo que había construido con Nicolás, cada recuerdo, cada momento, cada palabra… ahora se sentía contaminado, como si no supiera qué parte había sido real y cuál no.

—Dos vidas… —murmuró para sí misma, sin terminar de creérselo.

Le dolía pensar.

Le dolía recordar.

Le dolía incluso intentar entender.

Se abrazó a sí misma, encogiendo ligeramente el cuerpo, como si así pudiera aguantar todo aquello un poco más.

No sabía cuánto tiempo pasó.

Quizá minutos.

Quizá más.

El tiempo había dejado de tener sentido, hasta que sintió unos pasos acercándose a ella.

No levantó la cabeza. No tenía fuerzas. Pero entonces, una voz.

—Candela…

Reconoció ese tono al instante.

Levantó la mirada despacio.

Marta estaba frente a ella, con el rostro desencajado, mirándola como si no terminara de creer lo que estaba viendo.

—Dios mío… —susurró, agachándose rápidamente a su lado.

Sin pensarlo, la abrazó con fuerza.

Candela no reaccionó al principio.

Se quedó rígida durante un segundo.

Y luego, como si algo dentro de ella se aflojara, se dejó caer contra su amiga.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Marta, separándose lo justo para mirarla a la cara—. ¿Qué ha pasado, Candela?

Candela la miró con los ojos enrojecidos, completamente agotada.

—¿Cómo… cómo me has encontrado? —preguntó, con la voz apagada.

Marta apartó un mechón de pelo de su cara.

—Fui a la Guardia Civil —respondió—. Era lo único que sabía. Allí me dijeron que Nicolás estaba ingresado aquí… y he venido directa.

Candela asintió muy despacio.

—Está bien —murmuró—. Tiene golpes, pero está bien.

Marta soltó el aire que parecía haber estado conteniendo.

—Vale… vale… —dijo, intentando procesarlo—. ¿Y entonces? ¿Por qué estás así?

Candela bajó la mirada.

Durante unos segundos no dijo nada.

Y cuando habló, lo hizo como si cada palabra fuera demasiado hasta para pronunciarla.

—No estaba solo.

Marta frunció el ceño.

—Eso ya me lo dijiste, pero no entiendo.

Candela respiró hondo, aunque le temblaba el pecho.

—Iba con una mujer —continuó—. Y con una niña.

Marta parpadeó, confundida.

—¿Una niña?

Candela levantó la mirada hacia ella.

—Su hija.

El silencio que siguió fue absoluto.

—No… —murmuró Marta, negando con la cabeza—. No puede ser.

—Sí —respondió Candela, sin emoción—. Lo es.

Marta la miraba, intentando encontrar alguna explicación que encajara, algo que desmintiera todo aquello.

—Pero… pero Nicolás… —empezó—. ¿Desde cuándo? ¿Cómo…?

Candela soltó una risa breve, completamente rota.

—Eso mismo le he preguntado yo.

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano, aunque seguían cayendo.

—Dice que fue como un escarceo, o eso he entendido —añadió—. Que no estaba bien, que no estaba planeado, ni tampoco tenía planes de futuro, que me lo iba a decir y de repente lo llamó para decirle que estaba embarazada de él.

Marta no apartaba la mirada de ella. Se llevó una mano a la boca.

—Candela…

—Y decidió seguir con las dos —dijo ella, ahora con más rabia en su voz—. Con dos vidas. Como si eso fuera algo que se puede hacer sin que nadie se entere.

El silencio volvió a caer entre las dos.

—La mujer ha muerto —añadió Candela, bajando la voz—. En el accidente.

Marta cerró los ojos un segundo.

—Dios…

—Y la niña… —Candela tragó saliva—. Le están haciendo pruebas de ADN porque no sabían si era su hija, pero vamos, que él mismo ha sido quien lo ha reconocido. Es su hija.

Marta no dijo nada.

No sabía qué decir.

Se acercó un poco más a ella y le apretó la mano.

—Lo siento mucho —murmuró.

Candela negó lentamente.

—Pues yo no sé ni lo que siento —admitió—. Es como si… como si todo fuera mentira. Como si nada de lo que he vivido con él fuera real.

Marta la miró con una mezcla de tristeza y preocupación.

—No todo ha sido mentira —dijo con suavidad—. Pero ahora mismo es normal que lo sientas así.

Candela no respondió.

Se quedó mirando al frente.

Se sentía vacía.

Pasaron unos segundos en silencio.

Hasta que Marta habló de nuevo, con más cuidado.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

Candela no contestó, porque realmente no tenía ni la menor idea de lo que iba a hacer. Porque había barajado opciones…

Perdonar y hacer como que no había ocurrido nada, o también podía odiar a la persona que amaba.

CAPÍTULO 5

El trayecto de vuelta a Valencia se le hizo extraño, como si no terminara de estar del todo presente. Permaneció la mayor parte del tiempo mirando por la ventanilla, observando cómo el paisaje cambiaba sin que realmente le importara. No tenía la sensación de estar volviendo a casa, sino más bien de alejarse de algo que todavía no había terminado de entender.

Marta permanecía en silencio, lanzándole alguna mirada de vez en cuando, como si estuviera pendiente de cualquier señal, de cualquier gesto que indicara que Candela se iba a romper en cualquier momento.

Pero no ocurrió. Candela no lloró durante el viaje. Tampoco habló demasiado, solo lo justo. Y eso, en cierto modo, era lo más inquietante.

Cuando aterrizaron, Marta la miró de reojo.

—¿Quieres que me quede contigo esta noche? —preguntó con cautela—. No me importa, de verdad.

Candela tardó unos segundos en responder, como si la pregunta le hubiera llegado desde muy lejos.

—No… —dijo finalmente, negando con la cabeza—. Prefiero estar sola.

Marta no parecía convencida.

—Candela…

Ella giró ligeramente la cabeza hacia ella.

—De verdad —insistió, con un tono más firme—. Necesito hacerlo a mi manera.

Marta suspiró suavemente, aceptándolo.

—Vale… pero me llamas si necesitas cualquier cosa. A cualquier hora.

—Lo haré.

No era del todo cierto, pero tampoco era una mentira.

Marta había aparcado el coche en la salida del aeropuerto, así es que decidió llevarla a casa. Cuando el coche se detuvo frente a la casa de Candela bajó sin decir mucho más. Se despidió con un gesto breve y cerró la puerta con suavidad para más tarde adentrarse en su portal.

Subió las escaleras despacio, notando el cansancio en cada paso, como si el peso no fuera físico sino algo que llevaba dentro. Al abrir la puerta, el silencio la recibió de golpe.

No era el silencio de siempre, este se reconocía como más frío, más vacío.

Dejó las llaves sobre el mueble de la entrada y avanzó unos pasos hacia el salón. Todo estaba exactamente igual que cuando se había ido: el cojín en el sofá, la taza que había dejado en la mesa, la manta doblada a medias.

La normalidad de la escena le resultó casi ofensiva.

Se quedó unos segundos mirando alrededor, como si esperara que algo cambiara por sí solo.

Pero no. Nada iba a cambiar.

Respiró hondo y se dirigió al dormitorio sin pensarlo demasiado, como si supiera que si se detenía empezaría a darle vueltas a todo y no podría hacer lo que había decidido hacer.

Abrió el armario.

La ropa de Nicolás estaba allí, perfectamente colocada, como siempre. Camisas alineadas por colores, chaquetas en su sitio, el perfume sobre la balda.

Durante un instante, se quedó quieta.

Mirando.

Recordando a su marido sin querer.

Luego cerró los ojos, inspiró profundamente y los volvió a abrir.

Fue entonces cuando empezó.

Sacó una maleta del altillo y la dejó sobre la cama. Después otra. Y otra más.

Y sin detenerse a pensar demasiado, comenzó a coger la ropa de Nicolás y a meterla dentro. No doblaba con cuidado como hacía otras veces, ni se entretenía en detalles. Simplemente cogía, metía y apartaba.

Cada prenda que desaparecía del armario dejaba un hueco que, en lugar de aliviarla, parecía hacer más evidente lo que había pasado.

No se permitió parar.

Ni sentir demasiado.

Cuando terminó, el armario estaba medio vacío y varias maletas descansaban en el suelo.

Candela las miró durante unos segundos, con la respiración algo agitada.

Después se inclinó, cogió la primera y se dirigió hacia la puerta.

El rellano del piso de los padres de Nicolás tenía el mismo olor de siempre, ese olor a comida casera y a rutina que tantas veces le había resultado acogedor. Aquella vez, sin embargo, le resultó ajeno.

Llamó al timbre.

Escuchó pasos al otro lado.

La puerta se abrió y su suegra apareció, con expresión de sorpresa al verla allí con varias maletas.

—Candela… —dijo, mirándola de arriba abajo—. ¿Qué pasa? ¿Qué es todo esto?

Candela no se movió del sitio ni hizo amago de entrar.

Se mantuvo en el umbral, sosteniendo la primera maleta con firmeza.

—Son las cosas de Nicolás —respondió, con un tono completamente neutro.

La mujer frunció el ceño, confundida.

—No entiendo… ¿por qué traes esto aquí?

Candela respiró hondo antes de hablar.

—Ha tenido un accidente de coche —dijo, mirándola directamente—. Esta madrugada.

El rostro de la mujer cambió al instante.

—¿Cómo? —preguntó, llevándose la mano al pecho—. ¿Está bien? ¿Dónde está?

—Está vivo —respondió Candela—. Tiene algunas heridas, pero está fuera de peligro. Nada de lo que no se vaya a poder recuperar con un poco de reposo y tiempo.

El alivio fue inmediato.

—Gracias a Dios… —murmuró.

Candela esperó un momento, apenas un segundo antes de continuar.

—No iba solo.

La mujer la miró, sin entender.

—¿Qué quieres decir?

Candela no apartó la mirada.

—Iba con otra mujer —dijo—. Y con su hija.

El silencio cayó de golpe entre las dos.

La madre negó lentamente, como si su cabeza se negara a aceptar lo que acababa de oír.

—No… no, eso no puede ser…

—La mujer ha muerto en el accidente —añadió Candela, sin suavizar nada—. Y la niña está en el hospital.

La mujer se quedó completamente paralizada.

Sin palabras. Tampoco reaccionaba.

—Va a necesitar ayuda —continuó Candela—. Pero creo que entenderá que yo no voy a estar allí como si no hubiera pasado nada.

En ese momento, una puerta interior se abrió con brusquedad.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó una voz masculina.

El hermano mayor de Nicolás apareció en el pasillo, mirando la escena con el ceño fruncido. Al ver a Candela, se detuvo en seco.

Durante un instante, ninguno de los dos dijo nada.

Candela lo observó con atención.

Y entonces lo entendió.

No hizo falta que hablara.

No hizo falta que explicara nada.

La forma en la que evitó su mirada fue suficiente.

—Lo sabías —dijo Candela, muy despacio.

Él cerró los ojos un segundo antes de responder.

—Candela… lo siento.

Ella dio un paso hacia él, incrédula.

—¿Lo sientes? —repitió, con la voz empezando a temblar—. ¿Eso es todo lo que tienes que decirme?

Él respiró hondo, intentando mantenerse firme.

—Mi hermano no quería hacerte daño —dijo—. Te lo juro. Pero era incapaz de separarse de su hija. A Anne no la quería… pero se quedó con ella por la niña.

Cada palabra parecía empeorar la anterior.

Candela lo miraba como si no reconociera a la persona que tenía delante.

—¿Te estás escuchando a ti mismo? —preguntó—. ¿De verdad crees que eso arregla algo?

Él bajó la mirada.

—Solo digo que, ojalá algún día puedas entenderlo. Y perdonarle.

Fue en ese momento cuando la rabia explotó.

—¿Perdonarle? —repitió, dando un paso más hacia él—. ¿Tú sabes lo que me estás pidiendo?

Negó con la cabeza, completamente desbordada.

—¿Sabías todo esto y no fuiste capaz de decírmelo? —continuó—. ¿Has sido capaz de venir a mi casa, de sentarte en mi mesa, de hablar conmigo como si nada… mientras yo vivía completamente engañada?

Él no respondió.

No tenía respuesta.

—Eres un sinvergüenza —dijo Candela, con una claridad absoluta—. Y no te lo voy a perdonar nunca.

El silencio que siguió fue definitivo.

Candela dejó las maletas en el suelo del rellano sin añadir nada más.

No quería escuchar excusas.

No quería más explicaciones.

Se dio la vuelta y se marchó.

Cuando llegó al coche, abrió la puerta y se sentó al volante con un movimiento automático.

Cerró.

Y se quedó allí.

Sin arrancar.

Con las manos apoyadas sobre el volante.

Mirando al frente.

Durante unos segundos, no pensó en nada. Solo respiraba. Como si eso fuera lo único que podía hacer.

Apretó los dedos contra el volante con más fuerza.

—Candela… —murmuró para sí misma.

Cerró los ojos.

Y negó suavemente con la cabeza.

—Eres una estúpida —añadió en voz baja—. Una estúpida que, al parecer, no se entera de nada.

CAPÍTULO 6

Seis meses después

La luz de Sevilla entraba sin pedir permiso por las rendijas de la persiana, dibujando líneas irregulares sobre la pared del dormitorio. Nicolás llevaba ya varios minutos despierto, aunque todavía no se había levantado. Permanecía sentado en el borde de la cama, con los codos apoyados en las piernas, mirando en silencio hacia la cuna que había colocado junto a su lado.

Meisie dormía profundamente, ajena a todo, con una de las manos fuera de la manta y el pelo revuelto sobre la frente. Su respiración era tranquila, constante, y había algo en esa imagen que conseguía mantenerlo anclado, incluso en los días en los que todo parecía tambalearse.

Aún no terminaba de acostumbrarse a esa vida.

A despertarse pendiente de otra persona.

A organizar su tiempo en función de horarios que no eran los suyos.

A sentir, en cierto modo, que todo lo que había sido antes se había quedado en otro sitio, como si perteneciera a alguien distinto.

Se pasó una mano por la cara, intentando despejarse, y se levantó con un suspiro.

—Venga, pequeña… —murmuró en voz baja, acercándose a la cuna—. Que hoy tenemos lío.

La rutina se había instalado poco a poco, casi sin que se diera cuenta.

Había días en los que todo fluía con cierta normalidad, en los que conseguía encajar horarios, trabajo y cuidados sin que nada se

desbordara demasiado. Y otros en los que cualquier pequeño contratiempo bastaba para hacerle sentir completamente superado.

Aquella mañana estaba en un punto intermedio.

Cuando llegó a la guardería, Meisie no parecía especialmente convencida de que separarse de él fuera una buena idea. Se aferró a su camiseta con una determinación que le hizo dudar durante un instante.

—Oye… —dijo él, agachándose para quedar a su altura—, que solo son unas horas. No me mires así, que sabes perfectamente que luego vuelvo.

La niña lo miraba sin entender del todo, con ese gesto entre serio y desconfianza que últimamente le hacía mucha gracia, cuando no le partía el alma.

—Te lo prometo, ¿vale? —añadió, intentando sonar tranquilo.

Una de las educadoras se acercó con suavidad.

—Venga, déjala conmigo, que ahora mismo se le pasa —dijo mientras la cogía en brazos.

Meisie protestó un poco, como era habitual.

Nicolás dudó un segundo más de la cuenta, pero finalmente asintió y se levantó.

—Luego vengo a por ti —repitió, aunque ya sabía que esas palabras eran más para él que para ella.

Se giró antes de que el llanto se hiciera más intenso.

Nunca se quedaba a escuchar.

No podía.

En el trabajo, la mañana transcurrió sin nada especialmente destacable. Había conseguido integrarse lo suficiente como para pasar desapercibido, que en aquel momento le parecía más que suficiente. No buscaba destacar ni hacer amistades; simplemente cumplir, salir a su hora y volver a casa.

—¿Todo bien por casa? —le preguntó uno de sus compañeros en la pausa del café, apoyado contra la máquina.

Nicolás levantó la vista y asintió casi por inercia.

—Sí, sí, todo bien. Adaptándome, ya sabes.

—Claro, con una niña pequeña, tiene que ser movido.

—Sí, bastante —respondió, esbozando una sonrisa que no terminaba de ser del todo sincera—, pero bueno, poco a poco.

No añadió nada más.

No hacía falta.

Había aprendido que cuanto menos explicaba, más sencillo resultaba todo.

Por la tarde, después de recoger a Meisie y pasar por el supermercado, llegó a casa con una bolsa en cada mano y la niña apoyada contra su cadera, sujetándola como podía mientras intentaba no perder el equilibrio.

—Esto no debe ser lo normal —murmuró, medio riéndose solo—. Tendríamos que organizarnos mejor, ¿no te parece? ¿Comprar un carro de paseo?

Empujó la puerta con el hombro y consiguió abrirla tras un pequeño esfuerzo.

Nada más entrar, el caos habitual del salón le dio la bienvenida: juguetes esparcidos por el suelo, una manta, un peluche debajo de la mesa.

—Vale… esto tampoco ayuda —añadió, dejando las bolsas sobre la encimera.

En ese momento, una voz sonó desde el sofá.

—Desde luego, no parece el mejor sistema logístico del mundo.

Nicolás se giró de golpe, sorprendido.

Rodrigo estaba sentado con total tranquilidad, observándolo como si llevara allí toda la tarde.

—¿Pero tú qué haces aquí? —preguntó, soltando el aire de golpe—. Me has dado un susto de narices.

Rodrigo se encogió de hombros.

—He llamado, pero como no contestabas, he decidido pasar directamente. Imaginaba que lo de guardar la llave bajo el felpudo estaba pasado de moda para ti, pero he podido comprobar que no. Y

por lo que veo, creo que he elegido un buen momento para hacerte una visita.

Nicolás dejó a la niña en el suelo y empezó a quitarle los zapatos con cuidado.

—Vivo con una niña pequeña, no hay buenos momentos —respondió—. Todo es improvisación constante.

Rodrigo miró alrededor con una media sonrisa.

—Eso ya lo veo. A ver, no te voy a engañar, me gusta cómo has decorado la casa, pero igual podrías recoger un poco el salón. Es complicado dar dos pasos sin pisar algo.

Nicolás soltó una pequeña risa y se agachó para recoger un muñeco.

—Cuando tengas hijos entenderás que esto no va de estética —dijo—. Va de supervivencia. Si no tienes las cosas a mano, cuando se pone a llorar porque quiere su juguete favorito te vuelves loco buscándolo.

Le enseñó el muñeco.

—Esto, por ejemplo, es imprescindible.

Rodrigo negó con la cabeza, divertido, y se levantó para coger a la niña en brazos.

—Menos mal que no se parece a ti, cabrón —dijo, mirándola con atención—. Porque ella sí que es guapa.

Nicolás apoyó una mano en la encimera y lo observó en silencio unos segundos.

—Ojalá se pareciera más —respondió finalmente, en un tono más bajo—. A lo mejor así tu hermana podría verla sin pensar constantemente que es hija de otra mujer.

Rodrigo levantó la mirada hacia él, y la expresión le cambió ligeramente.

—No te equivoques —dijo, con más seriedad—. Si mi hermana no está contigo no es por la niña. Es porque la engañaste.

Nicolás bajó la mirada.

—Ya… —murmuró.

—Fuiste un gilipollas —añadió Rodrigo, sin rodeos.

El silencio que siguió fue incómodo, pero no inesperado.

Nicolás respiró hondo antes de hablar.

—¿Tú crees que, en algún momento, podría perdonarme?

Rodrigo se encogió de hombros mientras balanceaba ligeramente a la niña.

—Con Candela nunca se sabe —respondió—. Es capaz de hacer cosas que no te esperas. Se ha levantado de situaciones peores, ha rehecho su vida mil veces, y ahora mismo, aunque todo esto haya pasado, parece que está bastante centrada.

Nicolás alzó la vista.

—¿Ah, sí?

—Sí —continuó Rodrigo—. Está a lo suyo. Va al gimnasio, cuida lo que come, sale los viernes, juega al pádel, trabaja, queda con gente, da la sensación de que lo lleva mejor de lo que cualquiera habría imaginado.

Nicolás dejó escapar una pequeña sonrisa, difícil de interpretar.

—Vaya… —dijo—. Entonces supongo que no me echa mucho de menos.

Rodrigo lo miró de reojo.

—No he dicho eso.

Nicolás se encogió ligeramente de hombros.

—Bueno, en cualquier caso, es mejor así.

Hubo un breve silencio.

Rodrigo dejó a la niña en el suelo junto a sus juguetes, y se dejó caer en el sofá.

—Mira —dijo, cambiando ligeramente de tono—. Si lo que necesitas es distraerte un poco, puedes quedar con alguien. Tengo varias apps en el móvil, te paso alguna.

Nicolás negó con la cabeza.

—No busco eso.

Rodrigo alzó una ceja.

—¿Y qué es lo que buscas, entonces?

Nicolás lo miró directamente.

—Quiero estar con Candela. Quiero recuperar lo que tenía con ella.

Rodrigo soltó una pequeña risa, más de incredulidad que de burla.

—Vale… dame el móvil —dijo, extendiendo la mano—. A ver si por lo menos encontramos a alguien con quien puedas hablar en serio.

Nicolás no se movió.

—No lo entiendes.

—Claro que lo entiendo —respondió Rodrigo, inclinándose hacia él—. Lo que pasa es que tú no quieres aceptar la realidad.

—Quiero estar con ella —repitió Nicolás, con más firmeza.

Rodrigo resopló, negando con la cabeza.

—Pues empieza a quitártelo de la cabeza, porque la has cagado a lo grande —dijo—. Y no hay *app* que arregle eso.

Sin esperar más, le quitó el móvil de la mano.

—Venga, vamos a hacerte un perfil decente, que falta te hace.

Nicolás no protestó.

Se quedó mirando la escena, apoyado contra la encimera, mientras Rodrigo empezaba a trastear con el teléfono como si aquello fuera la solución más lógica del mundo.

Y, por un momento, tuvo la sensación de que su vida se había reducido a eso. A intentar encajar en algo que ya no tenía forma.

Mientras tanto, en el suelo, Meisie jugaba con su jirafa, completamente ajena a todo lo que ocurría a su alrededor.

—No pongas ninguna fotografía mía, por favor. Dejemos eso para más adelante.

—Esa es la actitud, chaval. Verás como en dos días estás mucho mejor. Confía en mí.

CAPÍTULO 7

La consulta seguía siendo exactamente igual que el primer día que Candela había entrado allí.

La misma luz suave entrando por la ventana, la misma planta de plástico colocada en la esquina, el mismo sofá en el que llevaba sentándose meses intentando poner orden a algo que, en realidad, nunca había dejado de estar roto y que jamás podría arreglarse.

Candela estaba sentada con la espalda recta, las manos entrelazadas sobre las piernas, moviendo ligeramente el pulgar sobre sus propios dedos en un gesto casi inconsciente. A simple vista parecía tranquila, incluso centrada, pero había algo en la tensión de su mandíbula que decía lo contrario.

Lourdes la observaba con atención desde su silla.

—Bueno, Candela… —empezó con tono calmado—. Cuéntame, ¿cómo te has encontrado esta semana?

Candela dejó escapar una pequeña exhalación antes de responder.

—Pues… bien —dijo, asintiendo ligeramente—. La verdad es que bastante bien. Estoy haciendo todo lo que hablamos, salgo más de casa, he vuelto al gimnasio, estoy cuidando bastante la alimentación… incluso me he apuntado a pádel con unas compañeras del trabajo, que eso hace unos meses me habría parecido impensable.

Lourdes asintió, animándola a continuar.

—Y, no sé… —añadió Candela—, al final el día se me pasa rápido, estoy entretenida, no me quedo en casa dándole vueltas a todo como al principio… así que, en ese sentido, sí, estoy mejor.

Hizo una pausa breve, como si estuviera decidiendo si seguir hablando o dejarlo ahí.

Pero no lo hizo.

—Pero lo sigo echando de menos.

La frase salió más despacio.

Más sincera.

Candela bajó la mirada un segundo y soltó una pequeña risa sin humor.

—Y es que es absurdo, Lourdes, de verdad que lo pienso muchas veces y no lo entiendo… porque sé perfectamente quién es, sé lo que me ha hecho, sé que me ha estado engañando durante no sé cuánto tiempo, que tenía otra vida completamente paralela… y aun así, hay momentos en los que lo echo de menos como si nada de eso hubiera pasado.

Se llevó una mano al pelo, apartándolo hacia atrás con cierto nerviosismo.

—Continúa.

—Y no quiero sentir eso —añadió, mirando de nuevo a la psicóloga—. No quiero seguir echando de menos a alguien que me ha hecho esto. Necesito que desaparezca, que se me pase de una vez, porque es que me parece hasta ridículo.

Lourdes mantuvo la calma, sin interrumpirla.

—Es comprensible lo que estás sintiendo —respondió con suavidad—. Nicolás es tu marido, Candela. Has compartido una vida con él, has construido recuerdos importantes, momentos que para ti eran reales y significativos, y eso no desaparece de un día para otro.

Candela la miró fijamente.

Y en su expresión empezó a aparecer algo más duro.

—¿Momentos reales? —repitió, frunciendo el ceño—. ¿De verdad estás diciendo eso?

Lourdes no cambió el gesto.

—Para ti lo eran —aclaró.

Pero Candela ya no estaba en ese punto.

—No, Lourdes, no —dijo, negando con la cabeza mientras se incorporaba ligeramente—. No eran reales. No lo eran, porque mientras yo estaba viviendo todo eso, él estaba viviendo otra vida completamente distinta a mis espaldas.

Su tono subió un poco más, cargado de frustración.

—Me ha engañado como si fuera una niña pequeña, como si yo no fuera capaz de darme cuenta de nada, como si pudiera sostener dos vidas y yo nunca fuera a enterarme.

Se quedó unos segundos en silencio, respirando más rápido.

—¿Tú sabes lo que es eso? —preguntó, con incredulidad—. Mirar atrás y darte cuenta de que no sabes qué parte de tu vida ha sido de verdad y cuál no.

Lourdes la observaba sin interrumpir, dejando que sacara todo.

—Lo odio —continuó Candela—. De verdad que lo odio, y al mismo tiempo sigo echándolo de menos, y eso es lo que no soporto. Porque no quiero sentir nada por él, quiero olvidarme, quiero pasar página y seguir con mi vida.

Se recostó de nuevo en el sofá, claramente alterada.

—Y es que estoy haciendo todo lo que me dijiste —añadió, señalando con la mano—. Estoy saliendo, me estoy relacionando, hago deporte, cuido lo que como, intento mantenerme ocupada… estoy haciendo todo bien. Entonces explícame por qué sigo igual en esto, por qué no consigo olvidarlo.

La pregunta quedó en el aire, cargada de exigencia.

Lourdes esperó unos segundos antes de responder.

—Porque no quieres olvidarlo.

Candela frunció el ceño al instante.

—¿Cómo que no quiero olvidarlo? —respondió, casi ofendida—. Claro que quiero olvidarlo, ¿tú crees que me gusta estar así?

Lourdes negó suavemente.

—No, no te gusta cómo te sientes —dijo—. Pero lo que parece, Candela, es que lo que realmente necesitas no es olvidarlo, sino entenderlo. Estás buscando una explicación que te permita encajar lo que ha pasado, algo que te dé una sensación de control sobre todo esto. Incluso que ese motivo que él pueda darte te permita perdonarle. Y créeme, si lo que quieres es perdonarle, puedes hacerlo.

Candela negó con la cabeza con rapidez.

—No, no, no… yo lo que quiero es que desaparezca de mi cabeza, no tener que seguir pensando en él.

—Si solo quisieras olvidarlo —continuó Lourdes—, probablemente estarías evitando pensar en todo esto, pero no es así. Sigues dándole vueltas, sigues haciéndote preguntas. Y eso no es olvidar, eso es intentar encontrar respuestas.

Candela apretó los labios, cada vez más tensa.

Y entonces estalló.

—¿Por qué lo hizo, Lourdes? —preguntó de golpe—. ¿Por qué tuvo que tener una hija con otra mujer? ¿Por qué me engañó durante tanto tiempo? ¿Por qué no me lo contó cuando tuvo la oportunidad?

Cada pregunta salía más rápida, más enfadada.

—¿Por qué? —insistió, con la voz quebrándose ligeramente.

El silencio se hizo durante unos segundos.

Lourdes sostuvo su mirada.

—Esas respuestas solo las tiene él —dijo con calma—. En el mejor de los casos, si es que realmente sabe por qué lo hizo. Porque hay veces que las personas toman decisiones sin entender del todo sus propias razones, y eso es muy difícil de aceptar desde fuera.

Candela la miró fijamente.

Esa respuesta no le servía.

No le calmaba.

No le daba nada a lo que agarrarse.

Se levantó de golpe.

—Encantada de conocerte, Lourdes —dijo, cogiendo el bolso con rapidez—, pero sinceramente siento que en todos estos meses que llevo viniendo aquí no me has ayudado en nada.

Lourdes se levantó también, manteniendo la serenidad.

—Siento que lo percibas así —respondió—. Pero espero que encuentres las respuestas que estás buscando.

Candela ya estaba junto a la puerta.

—Y si no las encuentras —añadió Lourdes—, espero que aprendas a vivir sin ellas. Suerte, Candela. De verdad.

Candela no respondió.

Abrió la puerta con más fuerza de la necesaria y salió.

El portazo resonó en el pasillo.

Nada más salir a la calle tomó aire para llenar los pulmones y conseguir continuar después del mal trago de discutir con la psicóloga.

Caminó unos pasos sin rumbo fijo, respirando de forma irregular, como si necesitara vaciar todo lo que tenía acumulado.

Sacó el móvil del bolso con un gesto rápido.

Buscó el contacto.

Y llamó.

—¿Sí? —respondió Marta casi al instante.

Candela cerró los ojos un segundo antes de hablar.

—Oye… —dijo, intentando estabilizar la voz—, ¿estás libre ahora?

—Sí, ¿qué pasa? ¿Estás bien?

Candela dudó apenas un instante.

—Invítame a una cerveza —respondió—. Bueno, te invito yo, pero necesito seguir en la calle, no puedo ahora regresar a casa.

Marta guardó un breve silencio.

—Vale… dime dónde estás y voy para allá.

Candela miró a su alrededor, ubicándose.

—En el de siempre —dijo—. Y ven rápido, ¿vale?

—Voy en diez minutos.

—Vale.

Colgó.

Y se quedó unos segundos quieta, con el móvil todavía en la mano.

No estaba bien.

Pero tampoco estaba donde estaba antes.

Y esta vez, con eso le pareció suficiente.

El bar estaba medio lleno, con ese murmullo constante de fondo que hacía que todo pareciera más liviano de lo que en realidad era.

Candela ya estaba sentada en la terraza cuando vio a Marta aparecer casi corriendo, con el bolso cruzado y cara de cuéntamelo

todo ya.

—Madre mía, qué cara tienes —dijo nada más llegar, dejando el bolso en la silla y sentándose frente a ella—. ¿Qué ha pasado?

Candela cogió la cerveza y dio un trago largo antes de responder.

—He mandado a paseo a la psicóloga.

Marta se quedó quieta, parpadeando.

—¿Perdona?

—Tal cual —añadió Candela, encogiéndose de hombros—. Me he levantado en mitad de la sesión, le he dicho que no me estaba ayudando en nada y me he ido.

Marta apoyó los codos en la mesa, mirándola con incredulidad.

—Candela… eso no se hace —dijo—. Vamos, que yo entiendo que estés harta, pero después de tantos meses…

—Marta, de verdad —la cortó Candela—, es que no podía más. Todo el rato lo mismo: es normal, date tiempo, entiende lo que sientes… ¿y yo qué hago con lo que siento mientras tanto?

Marta suspiró, pero no insistió demasiado.

—Bueno —dijo finalmente—. Vale. No ha sido tu mejor decisión, pero tampoco te voy a echar la bronca ahora.

Candela dejó escapar una pequeña sonrisa.

—Gracias por tu comprensión.

Marta la miró con una expresión que ya empezaba a cambiar.

Una mezcla de picardía y plan en marcha.

—Ahora bien —añadió, inclinándose un poco hacia ella—. Si lo que quieres es olvidarte de Nicolás, yo tengo una solución que es infalible.

Candela la miró con desconfianza.

—No me gusta cómo suena eso.

Marta sacó el móvil.

—Una app de citas.

Candela dejó la cerveza en la mesa con un golpe suave.

—Ni de coña.

—Escúchame antes de decir que no —insistió Marta—. No estamos hablando de cualquier cosa cutre, ¿vale? Esto es nivel alto.

Aquí solo están los mejores hombres de la ciudad. Son como de la élite, no dejan entrar a cualquiera.

Candela la miró como si acabara de decir la mayor tontería del mundo.

—Sí, claro, y todos son sinceros, interesantes y emocionalmente disponibles, ¿no?

Marta sonrió.

—Bueno, eso ya lo iremos viendo.

Candela negó con la cabeza, volviendo a coger la cerveza.

—Me parece una idea nefasta. De verdad. Es que no me veo en esa situación, hablando con desconocidos como si, no sé, como si estuviera comprando en Amazon.

Marta soltó una carcajada.

—Pues mira, mejor, porque tú misma has dicho que ya no sabes qué ver en Prime, así que esto te da entretenimiento nuevo.

Candela no pudo evitar reírse un poco.

—Eres idiota.

—Pero tengo razón —replicó Marta—. Mira, en serio, no tienes que casarte con nadie. Te haces un perfil, hablas con gente, te distraes, te ríes, y ya está.

Candela dudó un momento, mirando la mesa.

—Es que, no sé —murmuró—. Me parece todo tan artificial.

Marta aprovechó ese momento de duda.

—Candela —dijo, más seria—. Un clavo saca otro clavo.

Candela cambió el gesto.

—Esa frase nunca me ha gustado.

—Pues hoy te va a encantar —respondió Marta—. Porque ahora mismo necesitas otra cosa en la cabeza que no sea Nicolás.

Candela se quedó unos segundos en silencio.

Pensando.

Dudando.

Y finalmente suspiró.

—Mira —dijo—. Si es la única opción que tengo para dejar de pensar en él, pues adelante. Pero que conste que me parece una locura.

Marta sonrió como si acabara de ganar algo.

—Confía en mí.

—Eso me da más miedo todavía.

Cinco minutos después, Marta ya tenía el móvil de Candela en la mano.

—A ver, foto de perfil —murmuraba—. Esta no, que sales demasiado seria, esta tampoco, que pareces una funcionaria enfadada.

—Oye —protestó Candela—, esa foto me encanta.

—Pues a los hombres no —respondió Marta sin mirarla—. Ah, esta. Perfecta.

—¿Esa? Pero si estoy de espaldas.

—Naturalidad, amiga. Eso vende.

Candela se llevó la mano a la cara.

—Madre mía, no sé para qué te he hecho caso.

—Porque soy un genio —respondió Marta—. A ver, descripción. Esto es importante.

Empezó a escribir en voz alta.

—Psicóloga, amante del deporte, de las buenas conversaciones y de los planes improvisados.

Candela la miró horrorizada.

—Pero ¿qué estás poniendo? Yo no soy así. Además no pongas que soy psicóloga o nadie querrá acercarse a mí, ya sabes lo que la gente opina, Todos piensan que les estás analizando cada palabra, postura o mirada.

—Lo que tú digas, mentimos entonces.

—Mentir tampoco, que luego pasa lo que pasa.

—Cállate, diviértete un poco anda —continuó Marta—. Si saben hacerte reír, ya tienen medio camino hecho.

—Voy a morir de vergüenza —murmuró Candela.

—Y ahora, lo mejor.

Marta empezó a deslizar perfiles.

—Uy, este sí, este también, este tiene pinta de intenso, pero bueno, *like*… *like*… *like*…

—Pero ¿qué haces? —preguntó Candela, intentando ver la pantalla.

—Darle a todos los interesantes, no podemos perder oportunidades.

—¡Pero si ni los estoy viendo!

—Ya los verás luego.

Candela no pudo más.

Le quitó el móvil de las manos de golpe.

—Ya está, se acabó —dijo—. No sé para qué te he hecho caso, estás completamente loca.

Guardó el teléfono en el bolso.

—Yo no he hablado en mi vida con nadie por una *app* de estas, me parece absurdísimo. Además, seguro que todo lo que te cuentan es mentira.

Marta se echó hacia atrás en la silla, divertida.

—Pues miente tú también —respondió—. ¿Quién te ha dicho que tienes que ser honesta al cien por cien? Puedes tomártelo como un juego, un entretenimiento.

Candela la miró, entre seria y cansada.

—No sé, de verdad que no sé en qué momento he aceptado esto.

Marta levantó su cerveza.

—En el momento en el que decidiste no seguir llorando por un tío que no lo merece.

Candela la miró unos segundos.

Y al final, chocó su vaso con el suyo.

—Vale —dijo—. Pero como esto salga mal, te culpo a ti.

—Acepto la responsabilidad.

Las cervezas se convirtieron en copas.

Las copas en risas.

Y las risas en ese punto en el que todo parecía más fácil, más llevadero, incluso lo que dolía.

Candela terminó contando anécdotas absurdas, Marta exagerando cada historia, y entre una cosa y otra, el tiempo pasó sin que se dieran cuenta.

—Te juro que si ese tío me escribe, no le contesto —decía Candela, señalando el bolso donde estaba el móvil.

—Claro que le vas a contestar —respondía Marta—. Y yo voy a estar delante para supervisarlo todo.

—Ni de broma.

—Ya veremos.

Cuando se levantaron, el equilibrio ya no era exactamente su punto fuerte.

—Vale —murmuró Candela—. Creo que esto ha sido demasiado.

—Un poquito —respondió Marta, agarrándose a su brazo.

Caminar hasta casa fue, complicado.

Hubo risas, tropiezos, algún intento fallido de mantener la dignidad y, en un momento concreto, las dos acabaron prácticamente dobladas de la risa apoyadas en una pared.

—No puedo más —decía Marta—. Te juro que no puedo más.

—Pues tenemos que llegar —respondía Candela, riéndose—. Porque yo no pienso dormir en la calle.

Entre pasos torpes y carcajadas, consiguieron avanzar.

Y cuando por fin llegaron al portal, ambas tenían claro una cosa:

Que, por una noche, al menos, Nicolás no había sido el centro de todo. Y eso, ya era un pequeño avance.

CAPÍTULO 8

La noche había decidido complicarse desde el primer intento de dejarla en la cuna. Nicolás llevaba ya tres intentos fallidos, y en todos había pasado exactamente lo mismo: Meisie cerraba los ojos en sus brazos, respiraba tranquila durante unos segundos, y en cuanto notaba el cambio de superficie, en cuanto su cuerpo tocaba el colchón, abría los ojos como si alguien le hubiera dado una orden secreta y comenzaba a llorar con una intensidad completamente desproporcionada.

—No puede ser, de verdad que no puede ser —murmuró, volviendo a cogerla en brazos mientras ella se agarraba a su camiseta—. Si estabas dormida, ¿qué ha pasado en esos tres segundos?

La niña berreaba sin ningún tipo de intención de negociar.

Nicolás caminaba por el pasillo, balanceándola con torpeza, intentando recordar todo lo que había aprendido en aquel último año, que por cierto no era mucho.

—Vale, a ver, piensa —se dijo a sí mismo en voz alta—. Puede ser el pañal.

Entró en la habitación, la dejó sobre el cambiador con cuidado y comprobó.

—Perfecto, no es el pañal —añadió, suspirando—. Pues empezamos bien.

Meisie seguía llorando.

—Vale, vale, no pasa nada, papá descubrirá que es eso que te atormenta tanto —continuó—. Puede que tengas hambre.

La llevó a la cocina mientras ella protestaba con cada paso.

—Claro, eso tiene sentido —seguía hablándole—. Has decidido que las tres de la mañana es una hora estupenda para

cenar otra vez. Me parece razonable.

Mientras preparaba el biberón, con movimientos más torpes de lo habitual por el cansancio, seguía hablándole como si ella pudiera responderle.

—Te voy a decir una cosa, Meisie —añadió, señalándola ligeramente con el biberón—. Yo te quiero muchísimo, eso lo sabes, pero vas a tener que empezar a comportarte mejor por las noches, porque tu padre madruga. O sea, yo mañana tengo que ir a trabajar, no puedo estar aquí de madrugada negociando contigo cada decisión que tomas.

La niña no parecía especialmente preocupada por el argumento.

—Te lo digo en serio —continuó, cada vez más metido en su propio discurso—. Si seguimos con este tipo de desmadres nocturnos, me voy a plantear muy seriamente dejarte en la puerta de un convento. Con gente responsable que seguramente no tenga que madrugar y pueda atender tus berrinches nocturnos.

En ese momento, levantó la vista.

Y se encontró con la mirada de su vecina, al otro lado de la ventana de la cocina, separada apenas por el tendedero que compartían, a metro y medio de distancia.

Ella estaba apoyada en el marco, con los brazos cruzados, mirándolo con una mezcla de sorpresa y diversión.

Nicolás se quedó completamente quieto.

—Eh… —murmuró, sin saber muy bien qué decir.

La vecina alzó ligeramente una ceja.

—Es probable que tenga calor —dijo con naturalidad, como si llevara un rato escuchándolo—. ¿Has probado a ponerle un pijama más fino?

Nicolás parpadeó, sorprendido.

—¿Calor?

—Sí —continuó ella, señalando con la barbilla hacia la niña—. Tal y como la llevas vestida parece que la vayas a sacar a la nieve, y tú estás sin camiseta. No tiene mucho sentido.

Nicolás miró a Meisie, luego a sí mismo, y volvió a mirarla a ella.

—Ya… —murmuró—. No lo había pensado.

—Suele funcionar así —añadió la vecina, con una pequeña sonrisa—. Si tú tienes frío, ella también. Y si tú tienes calor… pues eso.

Nicolás asintió varias veces, todavía procesando.

—Vale, sí, tiene lógica. Muchas gracias.

—De nada —respondió ella—. Y tranquilo, que no eres el primero al que le pasa.

Nicolás esbozó una sonrisa incómoda.

—Eso espero.

Cerró la ventana con cuidado, aún un poco avergonzado.

De vuelta en la habitación, dejó el biberón sobre la mesilla y empezó a quitarle el pijama con movimientos delicados.

—Perdona —murmuró, más para sí mismo que para ella—. De verdad, perdona.

Le puso uno más ligero.

—Vaya padre estoy hecho —añadió en voz baja—. ¿Cómo no he caído en algo tan básico?

Meisie había dejado de llorar.

Lo miraba en silencio, más tranquila.

Nicolás la cogió de nuevo en brazos, apoyándola contra su pecho.

—Bueno —dijo, acariciándole la espalda—. Vamos a intentarlo otra vez, ¿vale? Pero esta vez sin hacer dramas.

La niña suspiró suavemente.

Y, casi sin que él se diera cuenta, empezó a relajarse.

—¿Lo ves? —susurró—. Si al final no era tan complicado.

Ni siquiera llegó a darle el biberón.

En menos de dos minutos, Meisie estaba completamente dormida en sus brazos.

Nicolás se quedó quieto, mirándola.

—Increíble —murmuró—. Tres horas luchando y era el pijama.

Negó con la cabeza, medio sonriendo.

Esa noche la culpabilidad lo recorría por dentro y decidió llevarla a su cama, porque, aunque había prometido que nunca lo

haría, él lo necesitaba.

A la mañana siguiente, todo eran prisas.

—Vamos, vamos, vamos —repetía mientras salía de casa con la niña en brazos y el bolso de las cosas de Meisie colgando del hombro—. Hoy llegamos tarde, y no puede ser que siempre lleguemos tarde.

La dejó en la guardería con rapidez, besándole la frente.

—Pórtate bien hoy, ¿eh? —le dijo—. Y nada de pegarle a ningún niño, que luego me echan la bronca.

La educadora sonrió al recibirla.

—Hoy está más tranquila.

—Anoche tuvimos negociación intensa —respondió él, medio en broma.

Se dio la vuelta y empezó a caminar hacia la salida.

Y entonces se paró en seco.

—La manta.

Cerró los ojos un segundo.

—Me he dejado la manta en el recibidor.

Giró sobre sus pasos y salió prácticamente corriendo.

Subió las escaleras del edificio a toda velocidad, entró en casa, cogió la manta y volvió a bajar con la misma prisa.

Y en el giro del rellano, justo frente al ascensor, chocó de lleno con alguien.

—¡Uy! —exclamó, frenando en seco.

La otra persona también retrocedió un paso.

Era ella.

La vecina.

De cerca, todavía le parecía más guapa, y de forma automática pensé: Está como un queso.

Y en ese mismo instante se odió un poco por pensar eso.

—Perdona, iba con prisa —empezó a decir.

Ella sonrió ligeramente.

—Ya veo.

Hubo un segundo de silencio incómodo.

—Soy Raquel —dijo ella finalmente.

Nicolás asintió rápido.

—Yo —empezó—. Yo soy queso, digo, perdón, Nicolás.

Se quedó congelado un segundo y muerto de vergüenza.

—Perdona, de verdad —añadió, llevándose la mano a la frente—. Tengo la cabeza en otra cosa.

Raquel no pudo evitar reírse.

—Se nota.

Nicolás levantó ligeramente la manta que llevaba en la mano.

—Me he dejado esto en casa y he tenido que volver corriendo como si se acabara el mundo.

—Cosas de padres —respondió ella.

—Sí, cosas de padres —repitió él, todavía algo avergonzado.

Se hizo un pequeño silencio.

—Bueno —añadió Nicolás, señalando hacia la salida—. Tengo que irme antes de que se me olvide algo más.

Raquel asintió.

—Claro. Nos vemos.

—Sí, nos vemos.

Nicolás siguió su camino.

CAPÍTULO 9

La mañana en la oficina estaba siendo sorprendentemente tranquila. Demasiado, de hecho.

Nicolás llevaba un rato concentrado en el ordenador, revisando unos informes, cuando su móvil empezó a vibrar sobre la mesa.

Una vez, después otra más, y otra, otra sin descanso.

Al principio no le dio importancia. Pensó que sería algún grupo de trabajo, o algún aviso sin relevancia. Pero cuando la vibración no paró durante más de tres minutos seguidos, frunció el ceño y alargó la mano.

La pantalla estaba llena de notificaciones.

Mensajes.

Matches como Rodrigo los había llamado.

Avisos para él de nombres que no le sonaban absolutamente de nada.

—¿Pero qué es esto? —murmuró, desbloqueando el móvil.

Abrió la aplicación. Error. Grave error.

La pantalla se llenó de perfiles, mensajes nuevos y conversaciones iniciadas sin que él hubiera hecho absolutamente nada.

—No, no, no, no —susurró, empezando a ponerse nervioso—. Esto no puede estar pasando.

Entró en uno de los chats.

Hola, guapo, ¿me pasas foto?

Cerró.

Abrió otro: *Me ha gustado tu perfil, ¿quedamos esta semana?*

Cerró, y probó con otro más: *¿Me pasas una foto tuya?*

—Pero ¿quién ha escrito esto? —murmuró, mirando su propia descripción como si fuera la primera vez que la viera.

Volvió a la pantalla principal.

Más notificaciones.

El móvil vibraba sin parar.

Intentó buscar algún botón de parar, silenciar, desaparecer, lo que fuera, pero cuanto más tocaba, más cosas aparecían.

—La estoy liando más —dijo en voz baja, soltando el teléfono como si quemara.

Se pasó la mano por la cara, respiró hondo y, sin pensarlo demasiado, buscó un contacto.

Rodrigo.

Escribió rápido.

Oye, necesito que me expliques YA cómo se para esta locura que me has instalado en el móvil. Me están escribiendo veinte mujeres y no sé ni cómo cerrar esto.

No tardó ni diez segundos en recibir respuesta.

JAJAJAJAJAJA. No lo pares. Disfruta.

Nicolás apretó la mandíbula.

Rodrigo, en serio. Ven esta tarde a casa o borro la app, o tiro el móvil por la ventana.

Unos segundos después.

Voy. Llevo cena.

Nicolás dejó el móvil boca abajo sobre la mesa.

—Perfecto… —murmuró—. Justo lo que necesitaba.

Aquella tarde, cuando abrió la puerta, el olor a comida japonesa entró antes que Rodrigo.

—He traído *sushi*, porque hoy toca celebrar —dijo entrando—. Estás en tu mejor momento, tío.

Nicolás cerró la puerta detrás de él con cara de pocos amigos.

—Estoy en mi peor momento, Rodrigo. No tengo ni idea de lo que has hecho, pero mi móvil parece una feria.

Rodrigo dejó las bolsas en la mesa del salón y se giró hacia él, sonriendo.

—Eso, querido cuñado, o excuñado, o lo que seamos ahora mismo, se llama éxito.

Nicolás lo miró sin ninguna gracia.

—Se llama agobio —respondió—. De verdad, necesito que borres esa aplicación ahora mismo.

Rodrigo abrió una caja de sushi como si nada.

—Ni de coña —dijo—. ¿Tú sabes la cantidad de tíos que matarían por estar en tu situación ahora mismo?

—Pues que se queden con ella —replicó Nicolás—. Yo no puedo con esto.

Se dejó caer en el sofá mientras Meisie jugaba en la alfombra, completamente ajena a todo.

Rodrigo lo observó un momento, evaluando.

—A ver, te entiendo —dijo finalmente—. Es demasiado de golpe. Pero no tienes que quedar con todas, hombre. Simplemente, elige a unas cuantas.

Nicolás negó con la cabeza.

—Ni loco. Como mucho tendría una conversación con alguien, a ver qué tal, y ya veríamos. Pero quedar así, a lo loco, con una desconocida, me parece bastante irresponsable ahora mismo.

Rodrigo alzó una ceja.

—¿Irresponsable?

—Sí, irresponsable —insistió Nicolás—. No voy a dejar a Meisie con una niñera cualquiera para irme a perder el tiempo con alguien que no conozco de nada.

Señaló con la cabeza hacia la niña.

—No hay ahora mismo mujer más importante que esa que está ahí en la alfombra y que, por cierto, solo sabe decir: caca.

Rodrigo miró a Meisie, que en ese momento golpeaba un juguete contra el suelo con absoluta concentración.

Sonrió.

—Vale —dijo—. Pues nada de niñeras desconocidas.

Nicolás lo miró.

—¿Ah, no?

—No —respondió Rodrigo, encogiéndose de hombros—. Se queda con el tío Rodrigo.

El silencio fue inmediato.

Nicolás lo miró como si acabara de decir algo completamente imposible.

—¿Perdona?

—Lo que has oído —repitió—. Yo me quedo con la niña.

—Pero si tú has dicho toda tu vida que no te ibas a quedar nunca de niñero —respondió Nicolás—. Que los bebés no te gustan, que no sabes qué hacer con ellos.

Rodrigo hizo un gesto con la mano.

—La gente cambia.

Nicolás lo miró, sospechando.

—Esto es por interés.

—Un poco —admitió Rodrigo—. Pero también porque alguien tiene que sacarte de este bucle.

Nicolás suspiró, pensativo.

—Bueno —dijo lentamente—. En el remoto caso de que yo quisiera quedar con alguien, que no es el caso, tendría que ser después de hablar varias semanas, o incluso meses, hasta que me pareciera una persona interesante.

Rodrigo se llevó las manos a la cabeza.

—¿Semanas o meses? —repitió—. Pero tú quieres que se jubilen antes de conocerte o cómo va esto.

—Eso o nada —respondió Nicolás—. No voy a hacer otra cosa.

Rodrigo lo miró unos segundos y finalmente resopló.

—Vale, está bien —cedió—. Pues entonces habrá que ponerse manos a la obra. Vamos a elegir.

Extendió la mano.

—Dame el móvil.

Nicolás dudó.

—De unas cuantas nada —dijo—. Solo una.

—No, tío, una no —replicó Rodrigo—. Al menos tres.

—Dos máximo —contestó Nicolás—. Y no hay negociación sobre esto. No tengo tanto tiempo. Ella es mi prioridad, ¿recuerdas?

Miró a Meisie, que seguía jugando sin prestarles atención.

Rodrigo suspiró.

—Está bien, dos.

Nicolás le dio el móvil.

Rodrigo empezó a deslizar perfiles con rapidez.

—A ver… esta no —dijo—. Esta es vieja.

—Rodrigo…

—Esta dice que tiene tres hijos —continuó—. Y seamos prácticos: con Meisie ya seríais seis, habría que cambiar de coche.

Nicolás no pudo evitar soltar una pequeña risa.

—Eres imbécil.

—Gracias. Mira esta —añadió—. Es *gua…* no, nada, tiene veinte años. Esa lo que quiere es que le pagues las copas y le hagas regalos caros.

Siguió deslizando.

—A ver, mejor vamos a lo loco. ¿Te gustan los gatos?

Le enseñó el móvil.

—Tiene seis en la foto de perfil.

Nicolás miró la pantalla, luego a Meisie, y frunció el ceño.

—Nada de gatos.

—Correcto, descartada —dijo Rodrigo—. Vale, a ver estas.

Giró el móvil hacia él.

—Esta —señaló—. Es mona, parece normal, no da miedo, y no tiene frases raras.

Nicolás observó la foto unos segundos.

—Bueno, podría ser.

—Y esta otra —añadió Rodrigo, pasando a la siguiente—. No se le ve la cara, pero en la descripción pone que quiere conocer gente para charlar y ya veremos.

Nicolás entrecerró los ojos.

—Eso suena menos comprometido.

—Exacto —dijo Rodrigo—. Perfecto para ti, que vas a ritmo de jubilado.

Nicolás asintió despacio.

—Vale, esas dos.

Rodrigo sonrió, satisfecho.

—Sabía que acabarías entrando en razón.

Dejó el móvil sobre la mesa.

—Y ahora, a cenar.

Se sentaron en el salón, con las cajas abiertas sobre la mesa baja, mientras Meisie seguía a lo suyo.

—No sé en qué momento me he metido en esto —murmuró Nicolás, cogiendo un trozo de sushi.

Rodrigo se encogió de hombros.

—En el momento en el que necesitabas empezar a salir del agujero.

Nicolás no respondió.

CAPÍTULO 10

El aula estaba en silencio por primera vez en toda la mañana. Candela se dejó caer en la silla con un suspiro agotada, dejando la pila de ejercicios sobre la mesa. El murmullo del pasillo entraba por la puerta entreabierta, pero dentro todo estaba en silencio. Ese pequeño momento entre clase y clase que siempre agradecía.

Cogió el bolígrafo y empezó a corregir.

—La motivación es importante para estudiar porque… —leyó en voz baja—. Bueno, al menos lo has intentado, Sergio.

Tachó, corrigió, añadió un comentario al margen.

Otro ejercicio, después otro y otro.

Y entonces, el móvil vibró sobre la mesa.

Candela levantó la vista con desgana al principio hasta que vio la notificación.

La *app*.

Se quedó quieta un segundo. Y entonces, sin poder evitarlo, sonrió.

—Cinco mensajes… —murmuró.

Lo desbloqueó. Se acomodó mejor en la silla. Y abrió el primero.

Chat 1 usuario Ulises88

El mensaje no era un mensaje.

Era una foto.

Candela parpadeó.

Un torso marcado. Muy marcado.

—Bueno, empezamos fuerte —murmuró.

Escribió.

—Vaya, veo que el gimnasio no lo perdonas.

La respuesta llegó casi al instante.

—Todos los días hay que hacer ejercicio.

Candela rodó los ojos, pero decidió seguir.

—Se nota. Aunque espero que tengas algo más interesante que ofrecer que abdominales.

—También tengo brazos. Deberías verlos.

Candela soltó una pequeña risa.

—Me refería a conversación, no a más partes del cuerpo.

—Ah, bueno… eso también.

Pausa. Y de repente otra foto.

Candela abrió la imagen.

Se quedó en silencio.

—No puede ser… —murmuró para ella misma.

Suspiró profundamente, negando con la cabeza.

Escribió despacio.

—Mira, te voy a ser sincera. Estoy acostumbrada a penes más grandes, pero oye, mucha suerte en tu búsqueda.

Bloqueó sin dudar.

—Siguiente —dijo en voz alta.

Chat 2 usuario Voldemor90

Este parecía más normal.

—Hola. ¿Qué tal tu día?

Ella respondió.

—Bastante tranquilo, estoy en el trabajo. ¿Y el tuyo?

—Bien, aquí en la terraza recargando energías del sol, aprovechando que hace buen tiempo.

Candela miró por la ventana.

Bueno, al menos es educado, pensó.

—Sí, la verdad es que hoy se está bien. ¿A qué te dedicas?

—Trabajo en administración. No es muy emocionante, pero bueno. ¿Has visto la última película de cine que ha salido?

Candela dudó. La pregunta era extraña a no ser que quisiera invitarla al cine y no supiera como hacerlo.

—No, la verdad. ¿Cuál dices? Estoy bastante desconectada del cine.

—La nueva de fantasía. Muy rollo Harry Potter.

Candela sonrió levemente.

—Bueno, ese tipo de películas creo que no son mi estilo.

—No puedo creerte, como no te va a gustar la magia. Bueno pueda que lo entienda, porque ya no quedan verdaderos pura sangre como antes.

Candela frunció el ceño.

—¿Pura sangre?

—Sí, ya sabes, gente auténtica. No como los muggles que hay ahora. Sangre sucia…

Candela se quedó mirando la pantalla.

—¿Te estás comparando con magos?

—Es una forma de verlo. Mis exnovias eran bastante sangre sucia, la verdad.

Candela dejó el móvil sobre la mesa un segundo.

Cerró los ojos.

Respiró.

Lo cogió de nuevo.

—Creo que me he metido en Hogwarts sin darme cuenta.

No esperó respuesta.

De forma automática pulsó bloquear usuario.

—Perfecto —murmuró—. Uno enseña el torso y el otro cree que es Harry Potter.

Cuando sonó el timbre de final de clase, Candela cerró la aplicación y recogió sus cosas con una mezcla de incredulidad y diversión.

A la salida, Marta la esperaba apoyada en la pared, con el bolso colgado del hombro.

—Bueno, ¿qué tal el mercado? —preguntó nada más verla.

Candela la miró y empezó a reírse.

—Fatal. O sea… fatal.

—No me digas.

—El primero me ha mandado foto de su pecho. Vale. Pero es que a los tres mensajes me ha mandado el pene.

Marta abrió mucho los ojos.

—¿Así, sin avisar?

—Sin contexto, sin historia, sin nada —respondió Candela—. Yo no sé qué manual siguen estos hombres.

Marta empezó a reírse.

—¿Y el siguiente?

—El siguiente parecía normal —continuó Candela—. Hasta que ha empezado a llamar muggles a la gente y a decir que sus exnovias eran sangre sucia.

Marta se llevó una mano a la boca.

—No puedo con mi vida.

—Te lo juro. He pensado que en cualquier momento me iba a pedir que le acompañara a clase de pociones.

Las dos estallaron en carcajadas.

—Madre mía, está el nivel alto —dijo Marta.

—Altísimo —respondió Candela—. No sé en qué momento pensé que esto era buena idea.

Marta la miró, todavía sonriendo.

—A ver, ten cuidado si quedas con alguien, ¿vale? No es broma.

Candela alzó una ceja.

—Qué exagerada eres.

—No, en serio —insistió Marta—. Si quedas con alguien, me mandas un mensaje con: dónde estás, quién es, cómo se llama, con todo lo que puedas sobre él. Y si puedes compartir ubicación en tiempo real, mejor.

Candela negó con la cabeza, divertida.

—Pareces mi madre.

—Pues alguien tendrá que hacer de madre en esta relación.

Candela sonrió.

—Vale, vale, te mandaré la ubicación. Prometido.

—Más te vale.

Se abrazaron brevemente.

—Luego me cuentas —añadió Marta.

—Si sobrevivo, sí.

Esa noche, Candela volvió a abrir la app desde el sofá de su casa.

Más mensajes.

Más caras.

Más intentos.

Y entre todos, uno que parecía bastante diferente. Podría decirse que era normal. Que tenía una conversación fluida. Sin fotos raras. Sin referencias mágicas.

Hablaron durante horas. Se rieron. Y, casi sin darse cuenta, quedó con él para tomar algo.

La cita fue bien, era un tipo sencillo. Nada espectacular, pero tampoco incómodo.

Y cuando se despidieron, él se acercó un poco más de lo habitual con una confianza extrema, y le dio un beso en los labios. Candela no se apartó. Por un momento, se dejó llevar, quería sentirse viva.

Pero al llegar a casa… ese silencio, y la soledad de los últimos meses la hizo derrumbarse de nuevo.

Y entonces llegó Nicolás a su recuerdo de nuevo.

Candela se dejó caer en la cama, con el pecho encogido.

—Joder —susurró.

Cogió el móvil y fue directa a abrir la galería de imágenes. Ahí estaba él. Nicolás sonriendo, Nicolás en pijama, Nicolás dormido, Nicolás con ella.

Fue pasando las fotos despacio, una a una, acariciando la pantalla con la yema de los dedos como si pudiera sentirlo.

—Eres idiota… —murmuró para sí misma.

Pero no dejó de mirar. Hasta que el cansancio pudo más, y se quedó dormida con el móvil en la mano.

Y su recuerdo… más vivo que nunca.

CAPÍTULO 11

El restaurante tenía ese tipo de ambiente que invitaba a quedarse, con una iluminación cálida que suavizaba los gestos y un murmullo constante de fondo que hacía que todo pareciera más íntimo de lo que realmente era, como si cada mesa estuviera aislada en su pequeña burbuja. Nicolás se acomodó en la silla intentando relajarse, repitiéndose mentalmente que aquello no era más que una cena, una conversación con alguien nuevo, una forma de empezar a avanzar, aunque en el fondo supiera que no estaba tan preparado como había querido creer.

Ella sonreía con facilidad, tenía una presencia elegante y una forma de moverse segura que llamaba la atención sin necesidad de exagerar nada, y durante los primeros minutos todo fluyó con una naturalidad sorprendente, como si ambos supieran exactamente qué decir y cuándo decirlo.

—La verdad es que has acertado con el sitio, está muy bien —comentó ella mientras dejaba el bolso con cuidado sobre la silla, echando un vistazo alrededor con gesto aprobado.

—Me lo recomendaron en el trabajo, tampoco es mérito mío —respondió Nicolás, levantando la carta más por tener algo en las manos que por verdadera necesidad de leerla.

Cuando el camarero se acercó, ella ni siquiera le dedicó una mirada completa.

—Yo quiero una copa de vino blanco, pero que esté bien frío, ¿vale? Que luego lo traéis templado y no hay quien se lo beba —dijo con un tono correcto, pero sin el más mínimo matiz de cercanía.

Nicolás levantó la vista sin poder evitarlo.

Candela siempre habría sonreído primero.

Candela habría añadido un: cuando puedas o un gracias con una naturalidad que suavizaba cualquier petición.

—Para mí lo mismo, gracias —añadió él, intentando compensar sin que pareciera forzado.

La conversación continuó sin tropiezos, hablando de trabajo, de ciudades, de pequeñas anécdotas sin demasiada profundidad, de esas que sirven para llenar el espacio sin comprometer nada importante. Y sin embargo, mientras ella hablaba apoyando los codos sobre la mesa con total naturalidad, Nicolás no pudo evitar fijarse en ese detalle absurdo que, en otra persona, no habría significado absolutamente nada. Pero es que Candela nunca hacía eso. No era una norma escrita, no era algo que se pudiera explicar, pero había en ella una forma de estar, una manera de ocupar el espacio, que ahora, en contraste, se hacía evidente sin que él lo hubiera buscado.

Se sorprendió a sí mismo comparando, midiendo, recordando, como si cada gesto de la mujer que tenía delante necesitara ser evaluado frente a un estándar que no había decidido conscientemente.

—¿Y te gusta vivir aquí? —preguntó ella, inclinándose ligeramente hacia delante.

—Sí, bueno, me estoy acostumbrando —respondió Nicolás, forzándose a volver al presente—. Es distinto, pero tiene su punto.

Ella sonrió, y durante unos segundos todo volvió a parecer sencillo.

Hasta que, desde una mesa cercana, se escuchó el llanto de un bebé.

Fue un sonido agudo, insistente, que rompió la armonía del ambiente como una grieta pequeña pero imposible de ignorar. Nicolás giró la cabeza casi por instinto, buscando el origen, mientras que ella reaccionó de forma completamente distinta, dejando escapar un suspiro de molestia que no intentó disimular.

—De verdad, no entiendo por qué la gente trae bebés a cenar fuera —murmuró, negando con la cabeza—. Es que molestan a todo el mundo.

Nicolás no respondió de inmediato, pero algo dentro de él se volvió incómodo.

—Supongo que los padres también querrán salir alguna vez —dijo finalmente, con un tono tranquilo, casi neutro.

—Ya, pero hay soluciones para eso —insistió ella—. Una niñera, o simplemente elegir otro tipo de plan. No sé, es que no es el sitio.

Nicolás la miró.

Y en ese momento dejó de verla.

No porque hubiera cambiado nada en ella, sino porque, de repente, todo lo que hasta ese momento había sido una ligera incomodidad se convirtió en una certeza clara, firme, imposible de ignorar.

Había estado a punto de contarle que era padre soltero, aunque estaba todavía casado… Casi le dice que tenía una hija llamada Meisie, de explicarle que su vida no era la de un hombre libre de responsabilidades, pero esa frase, dicha con tanta ligereza, con tanta convicción, cerró la puerta antes siquiera de que él la abriera.

—¿Te pasa algo? —preguntó ella, al notar su silencio.

Nicolás se llevó una mano al estómago, aprovechando la primera excusa que encontró.

—Sí, creo que algo no me ha sentado bien —dijo, frunciendo ligeramente el gesto—. Me está empezando a doler bastante.

Ella lo miró con cierta preocupación, aunque ya había una distancia nueva entre ellos.

—Vaya, ¿quieres que pidamos la cuenta?

—No hace falta, voy yo a la barra y así no esperamos —respondió él, levantándose con una rapidez que casi delataba su necesidad de salir de allí.

Pagó rápido, respirando hondo por primera vez en toda la noche cuando se apoyó un segundo en la barra, y al volver a la mesa ya tenía claro que aquello terminaba ahí, sin necesidad de explicaciones complicadas ni de segundas oportunidades.

—De verdad, lo siento —repitió, cogiendo la chaqueta—. No me encuentro bien.

—No pasa nada, que te mejores —respondió ella con una sonrisa educada, de esas que no invitan a continuar nada. Y eso fue todo. Dos besos. Una despedida correcta. Y la certeza de que, por mucho que lo intentara, seguía buscando algo que ya había tenido.

Mientras tanto, en casa, la teoría se había convertido en práctica.

Y la práctica, en desastre.

Rodrigo caminaba de un lado a otro del salón con Meisie en brazos, intentando mantener una calma que claramente no sentía, mientras la niña lloraba con una intensidad que parecía no tener final, como si cada intento de consolarla solo sirviera para empeorar la situación.

—Vale, a ver, vamos a calmarnos los dos —decía en voz alta, más para sí mismo que para ella—. Esto debe tener solución, seguro que tiene solución.

Miró la mesa. Los tres folios.

—Si llora, comprobar pañal, hambre y temperatura… —leyó en voz alta, pasando la página con torpeza—. ¡Ya lo he hecho todo!

El llanto no cesó.

Rodrigo se detuvo en seco.

—No estaba preparado para esto —murmuró—. Nadie me avisó de que esto era así.

La niña siguió llorando.

Y entonces, sin pensarlo demasiado, tomó una decisión.

—Vale, necesito ayuda —dijo.

Fue directo a la puerta de la nevera y llamó a uno de los números que encabezaban la lista de emergencias, pulsó en su teléfono los números y alguien al otro lado descolgó.

—Emergencias, dígame.

—Tengo una emergencia, no deja de llorar, necesito ayuda —Rodrigo sonaba desesperado.

—Caballero ¿se está ahogando, se ha atragantado, se ha caído, ha sufrido algún accidente usted o ese bebé al que escucho llorar? —dijo la voz del otro lado de la línea.

—No, solo llora desesperadamente y ya no sé qué hacer.

—Lo lamento, este número no es para ese tipo de cosas, si cree que necesita atención médica debería de llevarla a un hospital —dijo y colgó.

Rodrigo no estaba de acuerdo, así que abrió la puerta con el bebé en brazos, y salió al rellano, sintiéndose completamente superado.

—¿Hola? —llamó, con cierta urgencia—. ¿Hay alguien?

La puerta de enfrente se abrió.

Era la vecina.

—¿Todo bien? —preguntó, al ver la escena.

Rodrigo negó con la cabeza, casi aliviado de no estar solo.

—No, la verdad es que no, no deja de llorar y ya no sé qué más hacer —admitió sin rodeos.

Ella se acercó con tranquilidad, observando a la niña un segundo antes de extender los brazos.

—Dámela.

Rodrigo dudó apenas un instante antes de entregársela, como quien pasa una responsabilidad demasiado grande para decidirla solo.

La forma en la que ella la cogió fue completamente distinta, segura, natural, como si hubiera hecho eso mil veces antes, y comenzó a mecerla con suavidad mientras le hablaba en voz baja, casi como un susurro.

—Ya está… tranquila… no pasa nada.

El llanto empezó a disminuir poco a poco, como si la tensión se fuera deshaciendo en el aire.

Rodrigo la miraba fascinado.

—Te juro que hace dos minutos parecía que iba a explotar de lo mucho que lloraba —dijo en voz baja—. ¿Cómo has hecho eso?

Ella sonrió levemente.

—No hay ningún secreto —respondió—. Solo no ponerse nervioso, aunque sé que es fácil decirlo.

Rodrigo soltó una pequeña risa.

—No, no, fácil no es. Es que es imposible no ponerse nervioso con tales decibelios.

Rodrigo la invitó a pasar a casa de Nicolás para ver si conseguían dejarla en la cuna sin despertarse, pues después del sofoco se había quedado dormida. Estaba con la cabecita apoyada contra el pecho de la vecina, el silencio que quedó después resultó casi irreal.

Y en ese preciso momento, la puerta se abrió y Nicolás entró.

Se quedó completamente quieto al ver la escena.

Su hija en brazos de una mujer.

Rodrigo a su lado.

Su mente fue más rápida que la lógica.

—¿Pero esto qué es? —soltó de golpe—. ¿Te querías quedar con la niña para traer a un ligue a casa?

Rodrigo lo miró con una mezcla de indignación y cansancio.

—Eres imbécil.

La vecina levantó la vista.

Nicolás tardó un segundo en reconocerla.

Y entonces, la incomodidad le golpeó de lleno.

—Ah… —murmuró, pasándose la mano por la cara—. Perdón, no sabía que eras tú.

Ella no pareció ofenderse, más bien todo lo contrario.

—Vale, entonces no sois pareja —respondió con una media sonrisa.

Nicolás se acercó rápidamente, con la preocupación imponiéndose a la vergüenza.

—¿Está bien, Meisie está bien? —preguntó ignorando lo que la vecina había dicho, tomó a Meisie con cuidado y revisó como si buscara cualquier señal de que algo no andaba bien—. ¿Le ha pasado algo?

—Solo lloraba —explicó la vecina con calma—. Ya está tranquila.

Nicolás asintió, visiblemente más relajado.

—Gracias, de verdad. Intuyo que te ha pedido ayuda…

—No hay problema —respondió ella.

Rodrigo intervino.

—Te acompaño a la puerta.

Ella asintió, y ambos salieron al rellano mientras Nicolás se quedaba en el salón, con la niña en brazos, observándola con una mezcla de alivio y necesidad de asegurarse de que todo estaba bien.

—Ya está… ya está… —murmuró, acariciándole la espalda—. Papá ya está aquí y nunca te volveré a dejar sola.

La niña respiraba tranquila, como si las tres horas que habían pasado no hubieran sido nada.

Pero para él sí lo habían sido.

Cuando Rodrigo volvió a entrar, cerrando la puerta detrás de sí, Nicolás seguía mirándola.

—Han sido tres horas —dijo en voz baja—. Y parece que haya pasado un día entero.

Rodrigo se dejó caer en el sofá, agotado.

—No tienes ni idea de lo que ha sido esto para mí.

Nicolás levantó la vista hacia él.

—Algo me puedo imaginar.

Rodrigo negó con la cabeza.

—No, no te lo imaginas, pero tu vecina… esa sí que sabe silenciar bebés, debe tener unos cuatro o cinco.

CAPÍTULO 12

Candela no tenía ninguna intención de volver a abrir la aplicación esa noche, de hecho se había prometido a sí misma que iba a dejar de perder el tiempo con desconocidos que no le aportaban absolutamente nada, pero el silencio de la casa, ese silencio que a veces parecía agrandarse a medida que avanzaba la noche, terminó empujándola a coger el móvil sin pensarlo demasiado, como si fuera un gesto automático más que una decisión consciente.

—Solo voy a mirar un momento —murmuró, acomodándose en el sofá.

Abrió la aplicación.

Deslizó una vez, después se vio impulsada a hacerlo de nuevo otra. Y entonces apareció alguien que le llamó en exceso la atención. No había cara. Solo una imagen de un superhéroe, apoyado en una barandilla. Nada especial, nada llamativo, pero tampoco nada que le produjera rechazo como todas las fotos que había visto.

—Bueno, al menos no enseña nada raro —dijo para sí misma.

Sin pensarlo demasiado, deslizó.

Match.

En ese mismo instante, Nicolás, sentado en su salón con la televisión de fondo y el móvil en la mano mientras vigilaba que Meisie siguiera dormida, vio aparecer la notificación y suspiró con cierta resignación, como quien acepta algo que en realidad no le apetece demasiado.

—Venga, uno más y ya está —murmuró.

Entró en el perfil, y vio una foto de una mujer de espaldas. Pelo corto, a la altura de los hombros.

—Bueno, al menos no es un perfil raro —añadió.

Dudó un par de segundos, pero finalmente escribió.

—Hola.

Candela vio el mensaje casi al instante y, sin saber muy bien por qué, sonrió antes de contestar.

—Hola.

Se quedó mirando la pantalla unos segundos, esperando.

Y el siguiente mensaje llegó.

—¿Qué tal la noche?

Candela apoyó la cabeza en el respaldo del sofá, relajándose un poco.

—Tranquila, la verdad. Estoy en casa sin hacer gran cosa, intentando decidir si veo algo o me voy a dormir directamente. ¿Y tú qué tal?

Nicolás leyó el mensaje y se tomó un momento antes de responder, como pensando en si decir la verdad que seguramente sería muy aburrida, o inventarse una vida increíble y contrale que estaba en su laboratorio investigando vacunas. Al final decidió no fantasear, estaba muy cansado.

—Más o menos igual, en casa también, con la tele puesta pero sin prestarle mucha atención. Día largo y ya sin energía para hacer nada interesante.

Candela sonrió levemente.

—Eso suena a jornada de esas que empiezan pronto y no acaban nunca.

—Exactamente eso. De esas en las que a las seis ya estás pensando en la cama y cuando por fin puedes descansar ya es hora de despertarte.

—Te entiendo perfectamente, yo he tenido uno parecido, de hecho ahora mismo estoy funcionando en modo automático. Si escribo estupideces es por culpa del sueño.

Nicolás apoyó el móvil sobre la pierna, soltando aire por la nariz con una media sonrisa.

—Bueno, al menos no soy el único que sobrevive como puede.

—Para nada, creo que hay más gente en este club de la que pensamos.

Hubo un pequeño silencio. Pero no fue incómodo. Más bien tranquilo. Y entonces Nicolás escribió algo sin pensarlo demasiado.

—¿Sueles usar mucho esto o también estás aquí porque te han liado?

Candela soltó una pequeña risa.

—Te voy a ser sincera, estoy aquí porque mi amiga está empeñada en que tengo que conocer gente sí o sí y ya no sabía cómo quitármela de encima.

Nicolás negó con la cabeza, sonriendo.

—Vale, entonces estamos exactamente en la misma situación, porque en mi caso ha sido un amigo el que ha decidido que mi vida necesitaba movimiento.

—¿Movimiento? —respondió Candela—. Me encanta cómo lo ha definido, parece que quiera que estés en una película de acción.

—Ojalá, sería bastante más entretenido que esto.

—No te quejes, acabas de conocer a alguien que también está aquí obligada, eso ya es un punto a favor.

Nicolás se quedó mirando la pantalla unos segundos más de lo necesario.

—Sí… eso es verdad.

Y sin darse cuenta, siguió escribiendo.

Los primeros días pasaron sin que ninguno de los dos se diera cuenta de que aquello empezaba a convertirse en algo habitual, en una especie de refugio pequeño dentro de la rutina, donde podían hablar sin tener que explicar demasiado y sin miedo a que les hicieran preguntas incómodas.

Aquella noche, Candela fue la primera en escribir.

—¿Has sobrevivido al día o ha sido uno de esos que te dejan sin ganas de nada de nuevo?

Nicolás, que estaba sentado en el sofá con el móvil en la mano, sonrió al ver el mensaje.

—He sobrevivido, pero por poco. Ha sido de esos días en los que te preguntas en qué momento se complicó todo tanto. ¿Y tú,

qué tal?

Candela apoyó los pies sobre la mesa, encogiéndose un poco.

—Pues parecido, mucho trabajo, mucha gente hablando a la vez y yo intentando que todo el mundo entre en razón, cosa que obviamente no ha pasado.

—Eso suena a misión imposible.

—Lo es, pero alguien tiene que intentarlo, supongo.

Nicolás dudó un segundo antes de escribir.

—¿Trabajas con gente entonces?

Candela se quedó mirando el mensaje.

Pensó en responder la verdad.

Pero no.

—Sí, algo así, bastante trato con personas… lo suficiente como para acabar el día queriendo silencio absoluto.

—Entonces te entiendo más todavía, yo también termino así muchas veces, como si el cerebro necesitara apagarse un rato.

—Exacto, ese momento en el que llegas a casa, te quitas los zapatos y sientes que por fin puedes respirar.

Nicolás miró sus pies.

Se quitó las zapatillas.

Les hizo una foto.

—Este es mi momento ahora mismo.

Candela soltó una risa al ver la imagen.

—No me puedo creer que acabes de mandarme una foto de tus pies.

—Oye, es contenido de calidad, no todo el mundo tiene ese privilegio.

—Voy a tener que devolverte el favor.

Se levantó, miró sus zapatillas tiradas junto al sofá y les hizo una foto.

—Aquí tienes mi aportación.

Nicolás sonrió de verdad.

—Vale, oficialmente esto es la conversación más absurda que he tenido en mucho tiempo. Y a la vez la más íntima.

Hubo una pausa.

De esas que se sienten cómodas.

Otra noche.

Más tarde.

—Estoy intentando decidir qué cenar y no se me ocurre nada que no sea repetir lo de siempre —escribió Candela.

Nicolás miró el mensaje mientras se levantaba hacia la cocina.

—Te entiendo demasiado bien, yo llevo cinco minutos mirando la nevera como si fuera a aparecer algo nuevo por arte de magia.

—Eso es un clásico, abrir, mirar, cerrar… y volver a abrir como si en esos diez segundos hubiera cambiado algo.

—Exacto, la esperanza es lo último que se pierde.

—¿Qué tienes?

Nicolás abrió la nevera de verdad.

—Pues… pasta cocida, algo de arroz y cosas que no sé ni desde cuándo están ahí.

—Perfecto, menú de supervivencia. Puedes hacerte unos huevos con arroz, y si tienes algo de verduras trocéalas y las echas, crudas o al vapor.

—Me gusta la idea. ¿Y tú?

Candela miró su encimera.

—Voy a hacerme algo rápido, no tengo ganas de cocinar mucho.

Minutos después, le envió una foto.

Un plato sencillo.

—Esto es lo mejor que he podido hacer.

Nicolás respondió con otra.

—Yo tampoco estoy para estrella Michelin.

—Bueno, al menos no nos vamos a morir de hambre.

Días después, la conversación había cambiado.

Sin que ninguno lo notara del todo.

Ya no era solo pasar el rato, ahora ya empezaban a buscarse.

Candela escribió una noche, tumbada en la cama.

—Oye… ¿de dónde eres?

Nicolás se quedó mirando el mensaje unos segundos.

—Tengo familia en Valencia.

Candela sintió un pequeño nudo en el estómago.

—¿Sí? Yo soy de aquí.

—¿En serio?

—Sí.

Hubo un silencio más largo de lo habitual.

—Tengo buenos recuerdos de esa ciudad —escribió él finalmente.

Candela tragó saliva.

—Es bonita.

—Yo ahora estoy fuera por trabajo, pero no es algo definitivo.

Candela miró el mensaje fijamente.

—Pues espero que vuelvas si es lo que quieres.

—Sí, pero no todos los deseos se cumplen —dijo él.

Candela dejó el móvil sobre el pecho un segundo.

Al rato volvió a escribir.

—Hay deseos que si los deseas con muchas ganas pueden cumplirse, siempre he dicho que el destino si está escrito no se puede cambiar.

A partir de ahí, todo cambió sin cambiar nada.

Se mandaban fotos de lo que hacían, de lo que veían, de lo que comían.

—Estoy viendo una película malísima, pero voy por la mitad y ahora necesito saber cómo acaba ya.

—Solo conozco a una persona que es capaz de hacer eso, ir al final a ver como termina —dijo Nicolás pensando brevemente en Candela.

—Es que no pienso perder una hora más en esta película, voy a los últimos diez minutos.

Nicolás se rio pues era el mismo argumento que Candela usaba para hacer eso.

—Pues ya me contarás si al final merecía la pena o si has perdido una hora y diez minutos de tu vida.

—Te lo digo mañana, buenas noches.

Al día siguiente…

—¿Qué haces?

—Nada, descansar. ¿Y tú?

—Igual, día largo.

—Empiezo a pensar que siempre estamos cansados.

—Yo creo que nos drogan para que cuando llegue la noche estemos agotados.

Y una noche…

—Oye… —escribió Nicolás.

Candela leyó el mensaje inmediatamente.

—Dime.

—Gracias por hacer esto más llevadero.

Candela se quedó quieta, con el móvil en la mano sin saber muy bien por qué esa frase le había llegado tanto.

—Gracias a ti, la verdad es que yo tampoco soy mucho de esto, pero contigo es fácil. Qué lástima que no estemos en la misma ciudad para tomar un café.

Nicolás leyó el mensaje y le entraron unas ganas locas de conducir hasta Valencia.

CAPÍTULO 13

La tarde había caído sin que apenas se dieran cuenta, como si el tiempo hubiese decidido ir más rápido de lo normal para no alargar demasiado lo inevitable. Rodrigo tenía la maleta abierta sobre la cama, metiendo ropa sin demasiado orden, mientras Nicolás iba y venía del salón a la cocina con esa inquietud de quien no quiere que llegue el momento de despedirse, aunque tampoco lo diga en voz alta.

—De verdad que no entiendo cómo puedes hacer la maleta en diez minutos —dijo Nicolás apoyado en el marco de la puerta, cruzándose de brazos mientras observaba el desastre perfectamente funcional que su cuñado estaba creando—. Yo necesito al menos una hora para decidir qué me llevo y otra más para quitar cosas.

Rodrigo soltó una risa mientras cerraba la cremallera de un compartimento.

—Eso es porque tú piensas demasiado, yo meto lo primero que pillo y si me falta algo, pues me lo compro allí, que tampoco pasa nada —respondió encogiéndose de hombros—. Además, voy a Valencia, recuerda que estoy regresando con lo cual me llevo todo lo que traje y punto.

Nicolás negó con la cabeza, sonriendo levemente.

—Ya, bueno, eso también es verdad.

El ambiente era tranquilo, casi cómodo, pero había algo debajo, una especie de pausa larga que ninguno terminaba de llenar del todo.

—Oye, esta noche cenamos algo decente, ¿no? —añadió Rodrigo cerrando la maleta—. Que mañana madrugo y no me apetece despedirme con un sándwich cutre.

—Sí, había pensado pedir algo o hacer algo rápido aquí —respondió Nicolás—. Tampoco tengo el cuerpo para salir.

—Perfecto, plan de despedida en casa entonces.

En ese momento, el timbre sonó.

Ambos se miraron.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Rodrigo.

—No —respondió Nicolás, frunciendo ligeramente el ceño.

Fue Rodrigo quien se adelantó a abrir la puerta.

Y al hacerlo, se encontró con ella.

Raquel.

Apoyada en el marco, con una bolsa en la mano y una sonrisa tranquila que parecía encajar perfectamente con el silencio del rellano.

—Hola —dijo ella—. Venía a devolverle a Nicolás esto —añadió, levantando ligeramente la bolsa—. El otro día te dejaste en mi casa unas cosas de Meisie. Cuando pediste ayuda desesperada.

Rodrigo tardó medio segundo en reaccionar, pero fue suficiente para que su cerebro hiciera clic.

—Hola… —respondió, sonriendo—. Oye, pues llegas en el momento perfecto.

Raquel alzó una ceja, ligeramente sorprendida.

—¿Sí?

—Sí, estamos organizando una cena de despedida improvisada porque mañana me vuelvo a Valencia, así que… —hizo una pequeña pausa, mirándola directamente—. ¿Te apetece quedarte a cenar con nosotros?

Raquel dudó. Su mirada se desvió un instante hacia el interior de la casa, como si buscara a Nicolás sin querer parecer demasiado evidente.

—No sé, no quiero molestar —dijo finalmente—. Además, no sé si a Nicolás le parecerá bien.

—A Nicolás le va a parecer genial —respondió Rodrigo con una seguridad que rozaba lo descarado—. ¿Verdad?

Nicolás, que había llegado justo detrás, sonrió al verla.

—Claro que sí, pasa, por favor —dijo con naturalidad—. Cuantos más seamos, mejor. Además somos tres, y mejor en parejas, ¿no crees?

Raquel sonrió, asintió, y entró finalmente.

—Bueno, entonces me quedo un rato —murmuró.

La cena fue sencilla, improvisada, pero tenía algo especial, como esas noches que no están planeadas y precisamente por eso terminan siendo importantes. Habían pedido comida, habían abierto una botella de vino y, poco a poco, la conversación empezó a fluir sin esfuerzo, pasando de temas triviales a otros un poco más personales sin que nadie lo forzara.

Fue Nicolás quien, en un momento dado, apoyó el vaso sobre la mesa y se quedó mirando a los otros dos con una media sonrisa que no pudo contener.

—Tengo que contaros una cosa —dijo.

Rodrigo lo miró al instante, con esa expresión de quien ya se espera algo.

—Venga, suelta —respondió.

Raquel también alzó la vista, curiosa.

Nicolás se tomó un segundo antes de hablar.

—Creo que, me he ilusionado otra vez.

El silencio que siguió no fue incómodo, sino más bien expectante.

—¿Perdona? —dijo Rodrigo, echándose ligeramente hacia delante—. ¿Desde cuándo y cómo no me he enterado yo de esto?

Nicolás soltó una pequeña risa.

—Desde hace poco, tampoco es que haya sido de un día para otro, pero… —se encogió de hombros—. La he conocido por la *app* esa que me instalaste. Llevamos cerca de un mes hablando a todas horas del día.

Rodrigo abrió los ojos con exageración.

—No me lo puedo creer, o sea, que al final ha servido para algo —dijo, llevándose la mano al pecho como si estuviera emocionado—. Estoy orgulloso de mí mismo.

Raquel sonrió, mirando a Nicolás.

—¿Y cómo es ella? —preguntó con suavidad.

Nicolás apoyó los codos sobre la mesa, pensativo.

—Es normal —dijo finalmente, y luego negó con la cabeza—. No sé si eso suena bien, pero para mí lo es. Es tranquila, sensata, no va de nada, no intenta aparentar, hablamos de cosas sencillas y aun así se me pasa el tiempo volando.

Rodrigo lo miraba con una sonrisa ladeada.

—Te estás viniendo arriba, ¿eh?

Nicolás negó levemente, pero no dejó de sonreír.

—No, bueno, sí, un poco —admitió—. Pero es que, no sé, me recuerda en algunas cosas a…

Se detuvo.

Pero ya era tarde.

—A Candela —terminó Rodrigo por él.

Nicolás bajó la mirada un instante.

—En algunas cosas —repitió en voz más baja.

Rodrigo asintió lentamente.

—Pues brindemos por eso —dijo, levantando la copa—. Por las segundas oportunidades, aunque sean raras y empiecen en una *app*.

Raquel levantó la suya también.

—Por las nuevas ilusiones —añadió.

Nicolás chocó su copa con las de ellos, con una mezcla de emoción y vértigo que no terminaba de entender del todo.

Más tarde, cuando la conversación se volvió más relajada, Nicolás dio la noticia como quien no quiere darle demasiada importancia.

—Por cierto, creo que voy a regresar a Valencia —dijo, apoyándose en el respaldo de la silla.

Raquel, que estaba bebiendo, se detuvo un segundo.

—Ah… —murmuró—. No sabía que mi vecino solo estaba de paso.

Después miró a Rodrigo y aunque intentó disimularlo, había algo en su gesto, en la forma en la que bajó la mirada, que no pasó desapercibido para él.

Rodrigo lo vio y sonrió.

—Oye, puedes venir cuando quieras a Valencia, porque claro si Nico se marcha de aquí yo no tendré excusa para viajar a Sevilla —dijo con naturalidad—. Valencia tampoco está tan lejos.

Raquel levantó la vista, devolviéndole la sonrisa.

—Lo tendré en cuenta. Pero yo te voy a hacer la misma invitación a ti.

Había algo ahí, algo evidente. Algo que ninguno de los dos necesitaba explicar.

Fue entonces cuando Nicolás aclaró que lo de regresar a Valencia no era una broma, pues…

—He pedido el traslado a Valencia.

El silencio fue inmediato.

—¿Qué? —dijo Rodrigo, incorporándose en la silla—. ¿Estás hablando en serio?

—Sí —respondió Nicolás—. Es cuestión de semanas, como mucho un par de meses.

Rodrigo lo miraba fijamente.

—¿Y mi hermana? —preguntó sin rodeos—. ¿Qué va a pasar cuando la veas? ¿Tú estás bien con eso? ¿Ella va a estar bien? ¿Te has parado a pensarlo de verdad?

Nicolás sostuvo su mirada.

—Claro que lo he pensado —respondió con calma—. Sé que va a ser duro, no tengo ninguna duda, pero no puedo quedarme aquí para siempre por miedo a cruzármela.

Rodrigo negó con la cabeza.

—No es solo eso, tío, es todo lo que hay detrás.

Nicolás asintió levemente.

—Lo sé, pero también está lo otro —añadió—. La persona con la que estoy hablando vive en Valencia, y quiero conocerla.

Rodrigo frunció el ceño.

—¿Y cómo se llama?

Nicolás se quedó en silencio.

Y entonces soltó una pequeña risa incrédula.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—No lo sabemos ninguno de los dos —respondió—. Solo usamos los nombres de usuario.

—¿Y cuál es el suyo?

—Rc93.

Rodrigo se llevó la mano a la cara.

—Esto es una locura.

Raquel, sin embargo, intervino con calma.

—No tiene por qué serlo —dijo—. A veces las cosas empiezan así, sin saber demasiado, y eso no las hace menos reales.

Rodrigo la miró.

—Sí, pero aquí hay una niña de por medio.

Raquel asintió.

—Y precisamente por eso —respondió con suavidad—. Es pequeña, se adaptará mejor que vosotros a cualquier cambio. Los niños no necesitan tanto como creemos, necesitan estabilidad y cariño, y eso lo tiene.

Nicolás la miró, agradecido.

Rodrigo resopló.

—No sé, no me gusta.

—No tiene que gustarte —respondió Nicolás—. Solo tienes que confiar en que sé lo que hago.

Rodrigo lo miró unos segundos más.

Y finalmente se encogió de hombros.

—Eso ya lo veremos.

La noche terminó como empiezan otras cosas.

Cuando Raquel se levantó para irse, Rodrigo se ofreció a acompañarla.

—Te acompaño —dijo, cogiendo las llaves.

—No hace falta.

—Sí hace.

Ella sonrió.

Y salieron juntos.

Nicolás se quedó en el salón, en silencio, con la casa de nuevo en calma.

Miró alrededor.

Pensó en Sevilla.

En todo lo que había pasado allí.

En lo que había perdido en Valencia.

Y en lo poco que realmente le retenía ahora aquel lugar.

La madre de Meisie ya no estaba. La abuela tampoco. Allí ya no quedaba nadie.

Se dejó caer en el sofá, apoyando la cabeza hacia atrás.

—¿Es buena idea? —murmuró para sí mismo.

No tenía respuesta, pero tenía muchas ganas de descubrirlo.

CAPÍTULO 14

El salón estaba en penumbra, iluminado únicamente por la luz cálida de una lámpara de pie que Marta había encendido nada más entrar, como si ya supiera que aquella conversación iba para largo. Candela estaba sentada en el sofá con el móvil en la mano, mirándolo con esa media sonrisa que se le escapaba sola últimamente, mientras su amiga la observaba desde el otro lado, con los brazos cruzados y una expresión que mezclaba curiosidad y sospecha.

—Vale, no digas nada todavía —empezó Marta, señalándola con el dedo mientras se dejaba caer en el sillón—, porque llevo exactamente diez minutos aquí y ya te he visto mirar el móvil como seis veces con cara de adolescente enamorada, así que ahora mismo necesito que me expliques qué está pasando.

Candela soltó una pequeña risa, bajando la mirada hacia la pantalla antes de bloquearla y dejar el móvil a su lado, como si así pudiera restarle importancia a lo evidente.

—No es para tanto —respondió, encogiéndose de hombros—. Es solo, un chico con el que estoy hablando.

Marta alzó una ceja lentamente.

—Ah, bueno, entonces nada, todo normal, puedes seguir con tu vida —dijo con ironía—. ¿Un chico de dónde? ¿Del trabajo? ¿De la *app* esa que describiste como infernal que te instalé?

Candela dudó un segundo.

—De la *app*.

Marta abrió los ojos con exageración.

—No me lo puedo creer, o sea, que al final tenía razón y eso servía para algo más que para enseñarte abdominales mal iluminados —añadió, inclinándose hacia delante—. Vale, vale,

necesito datos, muchos datos, empieza por el principio y no te dejes nada.

Candela respiró hondo, intentando ordenar lo que sentía antes de explicarlo.

—Pues, no sé, empezó como cualquier conversación, con un hola, un qué tal, lo típico… pero es que con él es distinto, no es pesado, no intenta impresionarme, no va de nada raro, simplemente hablamos y ya está, y cuando me doy cuenta han pasado dos horas.

Marta la miraba fijamente, analizando cada palabra.

—¡Ajá! eso suena a un tío muy peligroso, puede que quiera robarte los órganos para venderlos en el mercado negro —murmuró—. ¿Y cómo es?

Candela frunció el ceño ligeramente.

—Pues, no sé, es normal.

—¿Normal cómo? —insistió Marta—. ¿Alto, bajo, guapo, feo, raro, misterioso? Dame algo con lo que trabajar.

Candela negó con la cabeza, sonriendo con cierta incomodidad.

—Es que no lo sé.

Marta se quedó en silencio un segundo.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Que no tiene fotos de cara, solo una de lejos, de espaldas, no se le distingue bien.

Marta parpadeó lentamente.

—Vale, seguimos… ¿cómo se llama?

Candela apretó los labios.

—Tampoco lo sé.

Marta dejó caer la espalda contra el sillón, llevándose una mano a la frente.

—No, no, no, esto no puede ser real —murmuró—. ¿Me estás diciendo que te estás ilusionando con un tío del que no sabes ni cómo es, ni cómo se llama?

Candela abrió la boca para responder, pero la cerró al instante, dándose cuenta de cómo sonaba todo al escucharlo en voz alta.

—Bueno, dicho así suena fatal —admitió.

—Es que es fatal —respondió Marta sin suavizarlo—. O sea, vamos a ver, recapitulamos: no sabes su nombre, no sabes cómo es su cara, no sabes exactamente a qué se dedica… ¿sabes al menos dónde vive?

Candela dudó.

—Está fuera de Valencia por trabajo.

Marta la miró en silencio.

—¿Dónde?

Candela negó con la cabeza lentamente.

—No lo sé.

Marta se incorporó de golpe.

—Candela, por favor, dime que me estás tomando el pelo —dijo llevándose las manos a la cabeza—. ¿Cómo puedes estar así por alguien del que no sabes absolutamente nada?

Candela la miró, y por primera vez no se defendió de inmediato.

—No lo sé… —respondió en voz más baja—. Pero cuando hablo con él es como si todo fuera fácil, como si no tuviera que estar a la defensiva, como si no tuviera que demostrar nada, simplemente estoy bien.

Marta la observó unos segundos, y su expresión se suavizó ligeramente.

—Ya ya, eso sí lo entiendo —admitió—. Pero una cosa no quita la otra, cariño, esto es muy bonito pero también es un poco locura.

Candela dejó escapar el aire lentamente.

—Lo sé.

Hubo un pequeño silencio.

—Vale —dijo Marta finalmente, cambiando el tono—. Entonces vamos a hacer esto bien, porque si te gusta de verdad, lo último que queremos es que resulte ser un psicópata con dos familias en Cuenca. O un tipo que es feo de cojones y te resulte incómodo mirarlo.

Candela soltó una risa.

—Gracias por la confianza.

—No, en serio —continuó Marta—, hay que empezar a sacar información de manera sutil, sin parecer una interrogadora de la policía, pero sin quedarnos en la superficie eternamente.

Candela asintió, interesada.

—¿Y cómo hago eso?

Marta se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

—Pues poco a poco, metiendo preguntas dentro de la conversación normal, sin que parezca un cuestionario, por ejemplo, cuando te diga que ha tenido un día largo, tú puedes preguntarle en qué ha estado liado exactamente, o si menciona a alguien, tiras de ese hilo.

Candela escuchaba atenta.

—Ya…

—Y lo del nombre es básico —añadió Marta—, en algún momento tiene que salir, aunque sea de forma natural, en plan: oye, me parece raro seguir hablando sin saber cómo llamarte.

Candela asintió lentamente.

—Tiene sentido.

—Y la ciudad también —continuó Marta—. No puedes quedar con alguien sin saber ni siquiera en qué punto del mapa está.

Candela se recostó en el sofá, pensativa.

—Ya, es que ahora mismo me doy cuenta de que es una locura —admitió—. O sea, hace cinco minutos estaba pensando que quería conocerlo en persona y ahora mismo ni siquiera sabría a dónde ir.

Marta levantó una ceja.

—Perdona ¿estabas pensando en ir a conocerlo?

Candela la miró, pillada.

—Bueno, sí lo he pensado un poco.

Marta abrió la boca, indignada.

—No, no, no, ni de coña —dijo inmediatamente—. Tú no te vas a ningún sitio a ver a nadie del que no sabes nada, ¿me estás escuchando?

Candela levantó las manos, intentando calmarla.

—Vale, vale, tranquila… no he hecho nada.

—Ni lo vas a hacer —insistió Marta—. Primero información, luego ya veremos.

Candela asintió.

—Vale…

Marta se quedó en silencio un momento, pensando.

Y entonces chasqueó los dedos.

—Tu hermano.

Candela la miró.

—¿Rodrigo?

—Claro —respondió Marta—. Es policía, aunque no sea su especialidad, algo sabrá, o al menos puede darte consejos para no hacer el ridículo o, peor, meterte en un lío.

Candela dudó.

—No sé…

—Sí sabes —la cortó Marta—. Además, llega mañana de sus vacaciones, ¿no? Que por cierto, donde se había ido?

Candela asintió lentamente.

—Sí, llega mañana. Ni idea donde se ha metido.

—Pues perfecto —continuó Marta—. Esperas, hablas con él, le cuentas la situación —sin dramatizar, por favor— y decides con la cabeza un poco más fría.

Candela se quedó pensativa unos segundos.

Miró el móvil.

—Es que tengo muchas ganas de conocerlo —murmuró casi para sí misma.

Marta sonrió con cierta ternura.

—Y eso está bien —dijo con suavidad—. Pero no tengas tanta prisa en romper algo que ahora mismo está siendo bonito, porque a veces cuando pasas del chat a la realidad demasiado rápido todo se va al carajo.

Candela levantó la mirada.

—¿Tú crees?

Marta se encogió de hombros.

—Creo que merece la pena hacerlo bien.

Hubo un silencio.

Candela cogió el móvil otra vez y lo desbloqueó.

—Vale —dijo finalmente—. Vamos a hacerlo bien.

Marta asintió, satisfecha.

—Así me gusta.

Candela empezó a escribir un nuevo mensaje, y lo último que podía imaginar era que al otro lado, la persona que respondía era la última con la que querría hablar.

CAPÍTULO 15

El aeropuerto de Valencia tenía ese murmullo constante que parecía no apagarse nunca, una mezcla de pasos de personas que corrían, maletas rodando sobre el suelo brillante y voces que se cruzaban en distintos idiomas sin llegar a mezclarse del todo, como si cada historia siguiera su propio camino sin tocar realmente a las demás. Candela estaba de pie frente a la zona de llegadas, con los brazos cruzados y el peso de su cuerpo apoyado en una pierna, mirando la pantalla una y otra vez aunque sabía que no iba a cambiar nada en cuestión de segundos.

Había llegado con tiempo, demasiado quizá, porque en realidad no quería correr el riesgo de no estar allí cuando su hermano saliera, pero también porque quedarse en casa esperando le parecía peor, más agobiante, más lleno de pensamientos que no sabía cómo ordenar.

Respiró hondo.

Levantó la vista.

Y entonces vio aquel cartel iluminado: Viajeros procedentes de Sevilla.

El corazón le dio un vuelco tan rápido que ni siquiera le dio tiempo a prepararse para ello, como si alguien hubiese pulsado un interruptor dentro de ella sin previo aviso. Se quedó mirando esas palabras unos segundos más de lo necesario, sintiendo cómo algo se removía por dentro con una mezcla incómoda de nostalgia, rabia y una curiosidad que no quería reconocer.

Sevilla.

Rodrigo había estado allí.

Con él.

En su casa.

Con su hija.

Seguramente lo había visto levantarse por la mañana, quizá incluso despeinado, con esa cara de sueño que tanto le gustaba a ella, habría escuchado su voz ronca, y la idea le apretó el pecho de una forma que no esperaba.

—¿Le habrá visto bien…? —pensó sin poder evitarlo—. ¿Seguirá teniendo esa sonrisa…? ¿Se las apaña con la niña…? ¿La estará cuidando bien…?

Cerró los ojos al darse cuenta de lo mucho que deseaba verle.

—¿Pero qué haces…? —se dijo a sí misma—. ¿En qué momento te importa esto?

Quiso enfadarse.

Quiso odiarlo.

Quiso odiar a Rodrigo por haber estado allí, por haber compartido tiempo con él después de todo lo que había pasado, por haber cruzado esa puerta que ella había cerrado con tanto esfuerzo.

Y sin embargo…

También quería saberlo todo.

Se pasó la mano por el pelo, apartando ese pensamiento de golpe, justo cuando las puertas automáticas se abrieron y empezaron a salir los primeros pasajeros.

Y a los pocos segundos, Rodrigo apareció entre la gente arrastrando la maleta, con esa misma forma despreocupada de moverse que siempre había tenido, como si todo le pesara menos que al resto del mundo. En cuanto la vio, sonrió de lado y levantó ligeramente la mano.

Candela no pudo evitar devolverle la sonrisa.

—¡Hombre! —dijo él nada más acercarse, dejando la maleta a un lado para abrir los brazos—. Mira quién ha venido a recogerme, esto sí que es un recibimiento de lujo.

Candela se acercó y lo abrazó con fuerza, cerrando los ojos un segundo más de lo necesario.

—Claro que he venido, ¿qué te pensabas? —respondió separándose un poco para mirarlo—. Además, te veo bien… ese aire

del sur te sienta demasiado bien, te vas a tener que marchar más veces.

Rodrigo soltó una risa.

—No te creas, que allí hace más calor que aquí —dijo, observándola con detenimiento—. Y tú… estás guapa, ¿eh? Diferente, o eso parece.

Candela se encogió de hombros, intentando restarle importancia.

—Bueno, voy tirando.

Hubo un pequeño silencio.

De esos que dicen más de lo que parece.

Rodrigo ladeó la cabeza.

—Has visto de dónde venía el vuelo, ¿verdad? ¿Es eso?

Candela bajó la mirada un segundo, como si no tuviera sentido negarlo.

—Sí.

Rodrigo asintió lentamente.

—Si te sirve de algo, lo siento, pero me importa demasiado como para odiarle de por vida —dijo con sinceridad—. No sabía si te iba a doler que estuviera allí, por eso preferí escondértelo.

Candela respiró hondo, cruzándose de brazos.

—La vida es así, ¿no? —respondió finalmente—. Dura… jodida… pero sigue.

Rodrigo la observó, intentando leerla.

—¿Estás bien de verdad?

Candela dudó apenas un segundo.

—Sí… —respondió—. Además, estoy conociendo a alguien.

Y en cuanto lo dijo, sintió cómo algo dentro de ella hacía clic.

¿Pero, por qué he dicho eso? Pensó de inmediato.. ¿A qué viene ese comentario ahora?

Rodrigo abrió los ojos, sorprendido.

—¿Perdona? —dijo, sonriendo de golpe—. ¿Cómo que estás conociendo a alguien y no me has dicho nada?

Candela empezó a caminar hacia la salida, obligándolo a seguirla.

—No es nada, solo estamos hablando y ya está, no hay más.

—No, no, no —insistió Rodrigo, acelerando el paso para ponerse a su lado—. Eso no cuela, tú no sueltas algo así porque sí, quiero detalles, todos los detalles.

Candela negó con la cabeza, sonriendo con cierta incomodidad.

—No hay detalles, de verdad.

—Candela…

—Rodrigo…

—Candelaaaaa —repitió él, alargando el nombre con intención.

Ella suspiró.

—Vale, lo he conocido en una *app* de citas, ¿vale? —soltó de golpe—. ¿Contento?

Rodrigo se detuvo un segundo.

—¿En serio?

—Sí.

—Madre mía —murmuró, retomando el paso—. No te fíes.

Candela frunció el ceño.

—¿Cómo que no me fíe?

—Que no te fíes —repitió él—. En esas *apps* todo el mundo miente, todo el mundo se inventa algo, nadie es quien dice ser.

Candela lo miró de reojo.

—No todo el mundo será así.

—La mayoría sí —respondió sin dudar—. Y tú no estás para jugar a eso.

Candela se quedó en silencio unos segundos, pensando.

—¿Tú crees que debería conocerlo? —preguntó finalmente—. Marta dice que te pregunte a ti, que como eres policía…

Rodrigo soltó una pequeña risa.

—Marta es muy lista, pero en esto voy a ser claro: no —respondió—. No deberías quedar con alguien del que no sabes nada.

Candela frunció el ceño.

—Tampoco es que no sepa nada…

—¿Sabes cómo se llama?

Candela no respondió.

—¿Sabes cómo es?

Silencio de nuevo.

—¿Sabes dónde vive exactamente?

Candela apretó los labios.

Rodrigo asintió, como si eso confirmara todo.

—Pues eso.

Llegaron al coche.

Candela abrió el maletero mientras Rodrigo metía la maleta dentro.

—Enséñame quién es —dijo él de repente.

Candela cerró de golpe.

—No.

—Venga ya.

—Que no.

—Candela, déjame verlo.

—Rodrigo, de verdad, no. Además si tienes razón en todo, no tengo ni las menor idea de quien es. No te iba a dar muchas pistas ver su perfil, tampoco tiene foto.

Se subieron al coche.

Candela arrancó, intentando dar por zanjado el tema, pero en cuanto empezó a conducir, notó el movimiento a su lado.

—Ni se te ocurra… —advirtió.

Demasiado tarde.

Rodrigo ya había metido la mano en el bolsillo de su pantalón, por donde asomaba su teléfono, sacando el móvil con una rapidez que solo da la confianza.

—¡Rodrigo! —exclamó ella, girando la cabeza un segundo antes de volver a mirar la carretera—. ¡Devuélvemelo ahora mismo!

—Es por tu bien —respondió él, desbloqueándolo con facilidad tras observarla mil veces hacerlo—. A ver qué tenemos por aquí…

Candela apretó el volante.

—De verdad, no mires… eso está muy mal, ¿y si tengo fotos mías desnuda, o me ha mandado *fotopollas*?—insistió, esta vez con un tono más serio.

Pero Rodrigo no se detuvo.

—Tú no eres de esas —dijo Rodrigo convencido.

—Tú qué sabes.

—App de citas… conversaciones… —murmuraba mientras deslizaba el dedo por la pantalla—. Vamos a ver quién es el afortunado…

Candela tragó saliva.

El corazón le latía más rápido de lo normal.

—Rodrigo —repitió, esta vez más bajo.

Pero él ya estaba dentro.

Y no pensaba parar.

CAPÍTULO 16

El sábado amaneció precioso, con esa luz suave que entraba por la ventana como si no quisiera molestar, como si entendiera que dentro de aquella casa el descanso no siempre era físico, sino más bien algo que tenía que ver con dejar de pensar durante un rato. Nicolás llevaba ya un buen rato despierto, sentado en el borde de la cama mientras observaba a Meisie dormir con los brazos abiertos, ocupando más espacio del que realmente necesitaba, como si incluso dormida quisiera abarcar el mundo entero.

Sonrió sin darse cuenta.

Había algo en esos momentos que le calmaba, que le obligaba a bajar el ritmo, a dejar de darle vueltas a todo lo que no podía cambiar, aunque fuera solo durante unos minutos.

—Venga, dormilona… —murmuró en voz baja, inclinándose para besarle la frente—. Hoy nos vamos de paseo, que hace un día que ni pintado.

Media hora después, la casa ya estaba en movimiento, con el sonido del agua corriendo, los pequeños balbuceos de la niña y ese caos controlado que siempre acompañaba a las mañanas con un bebé. Nicolás terminó de prepararla con paciencia, ajustándole la ropa, comprobando mil veces que no le faltaba nada, como si cada detalle fuera una forma de compensar todo lo que sentía que había hecho mal en su vida.

Salir a la calle fue como cambiar de escenario.

Sevilla estaba viva, como siempre, con ese bullicio constante que parecía no agotarse nunca, con gente en las terrazas, voces que se cruzaban, risas que salían de cualquier esquina sin previo aviso. Era una ciudad ruidosa, sí, pero también tenía algo especial, algo que te permitía encontrar calma si sabías dónde buscarla, como si

en medio de todo ese movimiento siempre hubiera un rincón reservado para respirar profundamente y cerrar los ojos.

Nicolás empujaba el carrito despacio, sin prisa, dejándose llevar por el ritmo de la ciudad y por sus propios pensamientos, que inevitablemente acababan llevándolo al mismo lugar de siempre.

Al pasado.

—¿En qué momento lo estropeé todo tanto? —pensó, mirando al frente sin ver realmente lo que tenía delante.

No dejaba de darle vueltas, de buscar una explicación que encajara, algo que justificara aunque fuera mínimamente lo que había hecho, pero nunca encontraba nada que le convenciera de verdad. Había sido una cadena de decisiones equivocadas, una detrás de otra, como si en lugar de frenar hubiera pisado el acelerador hasta perder el control por completo.

Y en medio de todo eso, estaba Candela.

La persona a la que más había querido.

Y probablemente a la que más daño había hecho.

—No te lo merecías —murmuró casi sin voz.

Apretó ligeramente el manillar del carrito.

—Y aun así lo hice.

El sonido de unos pasos acercándose lo sacó de sus pensamientos.

—Vaya, si son mis vecinos favoritos —dijo una voz conocida.

Nicolás levantó la vista, y allí estaba Raquel.

Se acercaba con una sonrisa tranquila, el pelo recogido de forma improvisada y esa forma natural de estar que hacía que todo pareciera más sencillo de lo que era.

—Hombre, Raquel —respondió él, devolviéndole la sonrisa—. Buenos días.

Ella se inclinó ligeramente para mirar a Meisie.

—Buenos días, princesa —murmuró con dulzura—. ¿Se puede saber a dónde vais con este día tan maravilloso?

Nicolás se encogió de hombros.

—A ninguna parte en concreto, a dar una vuelta y que nos dé el aire.

Raquel dudó un segundo antes de hablar.

—¿Os importa si me uno? —preguntó—. No tengo nada mejor que hacer y me apetece pasear.

Nicolás negó con la cabeza inmediatamente.

—Claro que no, al revés, mejor acompañados.

Y así, sin más, empezaron a caminar juntos.

La conversación surgió de forma natural, sin esfuerzo, pasando de temas ligeros a otros un poco más personales sin que ninguno de los dos pareciera incómodo.

—Oye —dijo Nicolás en un momento dado, girando ligeramente la cabeza hacia ella—. ¿Qué te pareció mi cuñado?

Raquel sonrió al instante.

—Encantador —respondió—. Tiene ese punto de, no sé, de caos simpático, me cae bien.

Nicolás soltó una pequeña risa.

—Sí, eso lo define bastante bien.

Raquel lo miró de reojo.

—Pero, perdona que te lo pregunte —añadió—, me ha sorprendido que lo llames cuñado.

Nicolás frunció el ceño ligeramente.

—¿Por?

—Pues porque yo pensaba que erais amigos —respondió—. O incluso… —se detuvo un segundo, sonriendo con cierta vergüenza—. Bueno, en un primer momento los primeros días que lo vi entrar a tu casa pensé que erais pareja.

Nicolás soltó una carcajada.

—No me fastidies.

—Te lo prometo —dijo ella riendo también—. Luego ya vi que no, pero al principio…

Negó con la cabeza, todavía divertida.

—Pues no, es el hermano de mi… —empezó Nicolás, pero se detuvo un instante.

Raquel lo miró, esperando.

—De mi mujer —terminó.

El gesto de Raquel cambió ligeramente.

—Lo siento mucho —dijo en voz más baja—. Siento si he sacado el tema.

Nicolás negó con la cabeza.

—No, no, te estás confundiendo —añadió—. Quien ha fallecido es la madre de Meisie.

Raquel parpadeó, asimilando la información.

—Ah…

Hubo un pequeño silencio.

—Candela —continuó él—. La hermana de Rodrigo, está viva.

Raquel asintió lentamente, pero su expresión mostraba que había entendido que detrás de esa frase había mucho más de lo que parecía.

—¿Y…? —empezó, dudando—. Si no es indiscreción…

Nicolás dejó escapar el aire lentamente.

—La cagué —dijo sin rodeos—. Así, tal cual.

Raquel no dijo nada, dejándole espacio.

—Le fui infiel —continuó él—. Y cuando estaba decidido a contárselo y asumir lo que viniera, la otra chica me dijo que estaba embarazada.

Raquel lo miró con atención.

—¿Y qué hiciste?

Nicolás soltó una pequeña risa amarga.

—Lo peor que podía hacer —respondió—. No supe elegir, no supe enfrentarme a la situación, y se me ocurrió la brillante idea de intentar llevarlo todo. Sí, así como suena, llevar una doble vida.

Raquel frunció ligeramente el ceño.

—¿Cómo?

—Una en Sevilla —explicó—. Con la madre de mi hija, y otra en Valencia con mi mujer.

El silencio que siguió fue más intenso.

Raquel bajó la mirada un segundo.

—Vaya.

—Sí —añadió él—. Vaya es una buena forma de resumirlo.

Siguieron caminando.

—¿Y ahora? —preguntó ella finalmente—. ¿Cómo estás?

Nicolás tardó en responder.

—No lo sé —admitió—. Hay días que parece que todo está en orden, y otros en los que siento que todo lo que tengo es

consecuencia de haber hecho las cosas mal.

Raquel lo miró con suavidad.

—¿Y Candela?

Nicolás apretó los labios.

—Candela es —empezó, pero no terminó la frase—. Era todo.

Raquel esperó.

—¿Has intentado recuperarla? —preguntó.

Nicolás negó lentamente.

—No.

—¿Por qué?

—Porque es una estupidez —respondió—. Ese tipo de daño no se arregla, no se borra, y además está Meisie, que es maravillosa, pero también es el recordatorio constante de todo lo que destrocé.

Raquel frunció ligeramente el ceño.

—Eso no significa que no puedas intentarlo.

Nicolás negó con más firmeza.

—No tiene sentido —dijo—. Sé que es en vano.

Raquel lo miró unos segundos en silencio.

—¿Estás seguro?

Nicolás no respondió de inmediato.

Miró hacia delante.

Empujó el carrito.

Escuchó el pequeño sonido de Meisie moviéndose.

Y se dio cuenta de que n tenía una respuesta clara, y eso le asustó.

CAPÍTULO 17

Candela conducía con la mirada fija al frente, concentrada, con las manos firmes sobre el volante, mientras a su lado Rodrigo sostenía el móvil que acababa de cogerle sin permiso, completamente absorto en la pantalla.

—Rodrigo… —dijo ella una vez más, sin apartar la vista de la carretera—. Te lo digo en serio, deja el móvil.

Pero él no respondió.

Porque en ese instante todo había dejado de importar.

En cuanto abrió la conversación y vio la foto de perfil, algo dentro de él se bloqueó por completo, como si su cerebro se negara a procesar lo que tenía delante. El pulso se le disparó de golpe, sintiéndolo retumbar en las sienes mientras tragaba saliva con dificultad, incapaz de apartar la vista de la pantalla.

No podía ser. Simplemente no podía ser.

Levantó la mirada lentamente hacia Candela, que seguía conduciendo sin darse cuenta de nada, completamente ajena a lo que estaba ocurriendo a apenas medio metro de ella. Volvió a bajar los ojos hacia el móvil.

Ahí seguía.

La misma imagen.

La misma foto.

La que él conocía demasiado bien.

Porque había sido Rodrigo quien la había elegido.

Porque había sido Rodrigo quien la había subido.

Cerró los ojos un instante, apretándolos con fuerza, como si eso pudiera cambiar algo, como si al volver a abrirlos la realidad fuera otra, como si todo aquello pudiera deshacerse por arte de magia.

Pero cuando los abrió…

La imagen seguía ahí.

Inmutable.

Real.

Joder. Pensó, sintiendo cómo el estómago se le encogía.

Era él.

Su cuñado.

El marido de su hermana.

El mismo que lo había destrozado todo.

Y ahora…

Ahora estaba al otro lado de esa conversación con Candela.

El silencio dentro del coche se volvió tenso, pesado, hasta incómodo, aunque solo uno de los dos era consciente de ello.

Rodrigo bloqueó el móvil con un gesto rápido, intentando recomponerse en apenas unos segundos, tragándose todo lo que le había venido encima como podía. Sin decir nada, se lo devolvió al bolsillo del pantalón a su hermana, procurando que el movimiento pareciera natural.

Respiró hondo.

Tenía que pensar. Tenía que actuar con cuidado. No podía decir nada. No en ese momento.

—Bueno —dijo finalmente, aclarándose la garganta, intentando que su voz sonara normal—. Que tienes razón en una cosa, no quiero verte en tetas ni ver el rabo de ningún tío al que te quieras trajinar, eso lo tengo clarísimo.

Candela soltó una pequeña risa, girando el volante con suavidad.

—Eres un imbécil.

—Pero —continuó él, ignorando el comentario—. Dime cómo es, porque me cuesta entender que quieras conocer a alguien sin haberle visto la cara siquiera.

Candela tardó un segundo en responder, como si estuviera buscando las palabras adecuadas.

—No sé explicarlo del todo bien —empezó, más despacio—. Es como que cuando hablo con él siento una conexión que no había sentido con nadie en mucho tiempo.

Rodrigo apretó la mandíbula, mirando al frente.

—¿Conexión?

—Sí —continuó ella—. Es capaz de hacer que la conversación más tonta, más banal, se vuelva interesante sin esfuerzo, como si cuando hablamos todo lo demás careciese de importancia. Creo que ninguno de los dos tenemos la necesidad de impostar nada. Yo al menos no tengo que parecer más fuerte, ni más divertida, ni más nada, simplemente soy yo.

Rodrigo tragó saliva.

Cada palabra le pesaba más que la anterior.

—Y llámame loca —añadió Candela, con una media sonrisa que no podía esconder—, pero creo que él siente lo mismo que yo, hay momentos en los que parece que estamos hechos el uno para el otro.

El silencio se hizo durante unos segundos.

Rodrigo inspiró profundamente, intentando ordenar el caos que tenía en la cabeza.

Y entonces habló.

—Pues entonces, creo que deberías quedar con él.

Candela giró la cabeza hacia él, sorprendida.

—¿Perdona? —dijo frunciendo el ceño—. Pero si hace cinco minutos me has dicho que ni se me ocurra, que puede ser hasta peligroso.

Rodrigo se encogió de hombros, forzando una ligera sonrisa.

—Ya… bueno, no me hagas caso todo el tiempo —respondió—. A veces se me activa la vena de policía y quiero tenerlo todo bajo control, pero eso no significa que tengas que vivir con miedo.

Candela lo miró unos segundos más, intentando descifrar si hablaba en serio.

—No sé… —murmuró finalmente.

—Si te hace sentir así —añadió él, más serio—, al menos merece la pena intentarlo.

Candela no respondió.

Pero no dejó de pensar en ello.

El coche se detuvo finalmente frente al portal de Rodrigo. Candela aparcó con cuidado, apagó el motor y se quedó unos segundos en silencio, mirando al frente, como si no quisiera romper ese momento todavía.

Rodrigo se movió para bajar, pero la voz de su hermana lo detuvo.

—*Rodri…*

Él se giró.

—¿No vas a decirme cómo está?

No hacía falta preguntar más.

Ambos sabían perfectamente de quién hablaba.

Rodrigo sostuvo su mirada.

—Está bien —respondió con calma—. No te hagas más daño, Cande, están bien los dos.

Candela cerró los ojos un segundo, absorbiendo esas palabras como si fueran algo físico.

—Aunque —añadió él con suavidad—. Estoy seguro de que estaría mejor a tu lado, y tú al suyo.

Candela no dijo nada.

—Y también sé —continuó Rodrigo— que si no te ha buscado es porque te conoce demasiado bien, y sabe que sería inútil.

Candela apretó los labios, conteniendo algo que no llegó a salir.

Cerró los ojos un instante más.

Y luego, como si necesitara cambiar de tema para no romperse ahí mismo, habló con un tono más ligero.

—Dile a mamá que mañana me paso a tomar café —dijo—. Y a ver si puedes hacer que deje de comer chocolate por las noches, que luego dice que no duerme.

Rodrigo sonrió levemente.

—Se lo diré.

Abrió la puerta y bajó del coche, rodeándolo para sacar la maleta del maletero.

Candela se quedó dentro, observándolo a través del retrovisor, viendo cómo se alejaba hacia el portal con paso tranquilo, como si no llevara encima el peso de lo que acababa de descubrir.

Cuando la puerta se cerró tras él, el silencio llegó de nuevo.

Candela apoyó la frente un instante sobre el volante pensativa.

CAPÍTULO 18

La casa estaba en silencio, ese que se vuelve necesario, como si todo hubiera decidido parar un momento después de un día largo. Nicolás juntó la puerta del dormitorio de Meisie, asegurándose de no hacer ruido, y se quedó unos segundos apoyado en el marco, observándola por una fina rendija, cómo dormía con esa calma que solo tienen los niños cuando no saben nada del mundo que los rodea.

Tenía una pierna fuera de la manta, los brazos en una postura imposible y el pelo revuelto sobre la almohada, y aun así, en medio de todo ese desorden, había algo profundamente tranquilizador.

—Ojalá todo fuera tan sencillo para ti siempre… —murmuró en voz baja.

Cerró la puerta con cuidado y caminó despacio hasta el salón, dejándose caer en el sofá con un suspiro largo, de esos que salen sin pensar. Notaba el cansancio en el cuerpo, en la espalda, en la cabeza, pero no era solo físico, era otra cosa, algo más profundo que llevaba arrastrando demasiado tiempo.

Se quedó mirando al techo unos segundos.

Y casi sin darse cuenta, alargó la mano hacia el móvil.

Lo desbloqueó.

Ahí estaba la conversación abierta, esperando.

Frunció ligeramente el ceño, como si de repente se hubiera sorprendido a sí mismo.

—¿En qué momento…? —pensó.

No recordaba haber decidido que le importara, ni haber dado ningún paso consciente hacia eso, y sin embargo, ahí estaba, esperando un mensaje suyo como si fuera lo más normal del mundo.

Se pasó la mano por la cara.

—No deberías estar en estas cosas ahora —se dijo—. No tiene ningún sentido. Eres padre, deberías centrarte solo en ella.

Y aun así no cerró la conversación.

Al contrario.

Se quedó ahí.

Mirando la última frase.

Releyéndola sin necesidad.

Pensó en Candela, como siempre hacía cuando los sentimientos afloraban.

En cómo hablaban ellos, en lo fácil que era todo cuando estaban bien, en cómo una conversación cualquiera podía alargarse durante horas sin darse cuenta, en esa sensación de casa que tenía con ella incluso cuando no estaban en ningún sitio concreto.

Apretó la mandíbula.

—No compares —se dijo.

Pero ya lo estaba haciendo.

Y eso era lo peor.

Porque en aquella conversación había algo.

No era lo mismo, pero se acercaba.

El móvil vibró.

Un mensaje nuevo.

Su corazón reaccionó antes que su cabeza.

rc93:¿Sigues vivo o te has quedado dormido en el sofá como los señores mayores?

Nicolás soltó una pequeña risa, negando con la cabeza mientras empezaba a escribir.

sp91:Estoy valorando seriamente esa opción, no te voy a mentir, ha sido un día largo.

Apenas tardó unos segundos en recibir respuesta.

rc93:Eso suena a excusa barata ¿qué has hecho hoy para estar tan agotado?

Nicolás dudó un instante.

Miró hacia el pasillo.

Pensó en Meisie.

Y respondió sin decirlo todo.

sp91:Día de recados, paseo, intentar sobrevivir al caos habitual… lo típico

rc93:Eso no es típico, eso suena a vida adulta nivel experto, yo hoy he corregido trabajos que daban ganas de llorar y luego he salido a dar una vuelta para despejarme.

Nicolás sonrió levemente.

sp91:¿Y ha funcionado? Por cierto no sabía que eras profesora.

rc93:Un poco, hasta que he vuelto a casa y me he dado cuenta de que mañana es lunes otra vez. Sí, trabajo en un instituto.

sp91:Eso sí que es un drama.

Nicolás no pudo volver a comparar, Candela también trabajaba en un instituto.

rc93:¿Sabes qué es raro?

Nicolás frunció ligeramente el ceño.

sp91:Dispara.

Tardó unos segundos en contestar.

Como si lo estuviera pensando de verdad.

rc93:Que contigo hablo mucho, hablo cosas que no suelo contar y contigo me sale sin más.

Nicolás se quedó parado y volvió a leer la frase de nuevo.

Se incorporó ligeramente en el sofá.

sp91:¿A qué te refieres?

rc93:Eh… bueno, no tengo que pensar demasiado lo que digo, no intento quedar bien, ni parecer más interesante de lo que soy, simplemente hablo.

El corazón le dio un golpe seco.

Porque sabía exactamente a qué se refería, porque él ya había vivido eso.

Escribió.

Borró.

Volvió a escribir.

sp91:Creo que a mí me pasa algo parecido, y no es muy habitual en esta época de mi vida.

rc93:Entonces no estoy loca solo yo.

sp91:No más que yo.

Ella tardó unos segundos en responder.

rc93:Eso me tranquiliza un poco.

Nicolás dejó escapar el aire lentamente.

Se pasó la mano por el pelo.

Y sin darse cuenta se relajó.

Siguieron hablando.

De cosas pequeñas, de lo que habían cenado, de una serie que ambos habían visto, de lo absurdo que era engancharse a documentales de crímenes antes de dormir.

Se reían.

Se picaban.

Se respondían casi sin pensar.

Y el tiempo volvió a hacer lo de siempre.

Pasar sin más.

Hasta que, de repente, llegó la frase.

Sin previo aviso.

Sin preparación.

rc93:¿Nunca has tenido la sensación de que has perdido a la persona correcta por haber hecho algo mal?

Nicolás dejó de respirar durante un segundo.

Literalmente.

Se quedó mirando la pantalla, inmóvil, como si alguien hubiera pulsado pausa en todo lo demás.

Se levantó despacio.

Caminó hasta la ventana.

La abrió ligeramente.

Necesitaba aire.

—Joder —murmuró.

Miró hacia el pasillo.

Hacia la habitación de su hija.

Y luego volvió al móvil.

No respondió.

No podía aún.

Dio un par de vueltas por el salón, pasándose la mano por la nuca, sintiendo ese peso en el pecho que conocía demasiado bien.

Candela siempre acababa en medio de todo.

—La persona correcta —repitió en su cabeza.

Apoyó las manos en la encimera de la cocina, bajando la mirada.

—Sí —pensó—. Claro que sí.

Pero decirlo, eso era otra cosa.

Volvió al sofá.

Se sentó.

Miró la pantalla del móvil, el cursor parpadeaba, esperando.

Escribió.

Borró.

Respiró hondo.

Y finalmente…

sp91:Sí, y creo que es de las pocas cosas que no se arreglan nunca.

Se quedó mirando la frase.

Sintiendo cómo algo se removía dentro.

La respuesta llegó más despacio esta vez.

rc93:Eso es bastante triste.

Nicolás dejó el móvil sobre su pierna.

—Ya… —susurró.

Volvió a cogerlo.

sp91:Lo es, pero también te enseña a que al más mínimo error tu vida se va a la mierda.

Y entonces:

rc93:Buenas noches, creo que hoy ya hemos tenido suficiente realidad por un día.

Nicolás sonrió levemente por el cansancio.

sp91:Buenas noches.

La conversación se quedó ahí.

Nicolás no soltó el móvil.

Se quedó mirando la pantalla apagada, como si esperara que volviera a iluminarse sola.

Como si algo fuera a cambiar.

Apoyó la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos.

Y sin saber por qué pensó en ella.

En esa mujer al otro lado.

En lo fácil que era todo.
En lo complicado que lo estaba haciendo él por dentro.
—No sé quién eres —murmuró.
Abrió los ojos.
Miró el móvil una vez más.
—Pero ojalá hubieras llegado antes.

CAPÍTULO 19

La cafetería estaba medio llena, con ese murmullo constante de tazas y vasos tintineando entre ellos, cucharillas golpeando el cristal y conversaciones que se elevaban sin que nadie prestara demasiada atención a nadie más. Marta ya estaba sentada cuando Rodrigo entró, apoyada en la mesa con el móvil en la mano y una taza de café humeante delante de ella, revisando algo con el ceño ligeramente fruncido.

Levantó la vista en cuanto lo vio.

—Hombre, el poli más buenorro de la ciudad —dijo, esbozando una sonrisa—. Ya pensaba que me habías dejado tirada.

Rodrigo se acercó, dejando caer las llaves del coche sobre la mesa y dándole un beso en la mejilla antes de sentarse frente a ella.

—He tenido que dar un par de vueltas para aparcar, esto está imposible —respondió, acomodándose en la silla—. ¿Llevas mucho esperando?

—Lo justo para pedirme un café sin ti —replicó Marta—. Pero no pasa nada, te perdono porque vienes con cara de haber dormido poco.

Rodrigo soltó una pequeña risa, frotándose la nuca.

—Eso es porque he dormido poco —admitió.

Marta lo observó unos segundos.

—¿Todo bien?

Rodrigo dudó.

—Sí, bueno, más o menos.

Un camarero se acercó y Rodrigo pidió otro café casi sin mirar la carta. Durante unos segundos, la conversación se movió en ese terreno cómodo de siempre, el de lo cotidiano, el de las cosas que no son importantes en ese momento.

—¿Y qué tal por Sevilla? —preguntó Marta, removiendo el café—. Te has pegado un buen viaje, ¿eh?

Rodrigo asintió.

—Bien, la verdad es que bien —respondió—. Nicolás está muy centrado, supongo. Se las apaña con la niña, tiene la casa más o menos en orden, dentro de lo que cabe.

Marta sonrió.

—Me alegro, dentro de todo el desastre, al menos hay algo que funciona.

Rodrigo la miró.

—Sí, eso pensé yo también.

Pero había algo en su tono.

Marta lo notó.

—Vale —dijo dejando la taza sobre el plato—. Suelta lo que sea que has venido a decir, porque no me has llamado para contarme que tu viaje a Sevilla ha sido genial, ni que Nicolás tiene su vida sobre ruedas.

Rodrigo se quedó en silencio unos segundos, mirando la mesa, como si necesitara ordenar las palabras antes de sacarlas de su boca.

—He visto con quién está hablando Candela.

Marta alzó una ceja.

—¿El famoso chico de la *app*? ¿Para eso me haces venir aquí? Joder, Rodrigo, ya es mayor.

Rodrigo asintió.

—Sí.

—¿Y? —preguntó ella—. ¿Es un psicópata o qué?

Rodrigo levantó la mirada.

—Es Nicolás.

El silencio fue inmediato.

Marta parpadeó.

Y luego soltó una pequeña risa.

—Muy gracioso —dijo—. En serio, ¿quién es?

Rodrigo no sonrió.

No dijo nada.

Solo la miró.

Y fue entonces cuando Marta dejó de reír.

—Espera —murmuró, frunciendo el ceño—. No lo estarás diciendo en serio.

Rodrigo negó lentamente con la cabeza, como si todavía le costara asimilarlo.

—Ojalá fuera una broma.

Marta lo miró fijamente.

—No puede ser.

—Lo es.

—Rodrigo, eso es imposible, hay miles de personas en esas *apps*.

—He visto la foto —la interrumpió él—. La foto de perfil se la puse yo mismo, la reconocería entre cien.

Marta se quedó completamente quieta.

—No puede ser.

Se llevó las manos a la cabeza, echándose hacia atrás en la silla.

—No puede ser —repitió, esta vez en voz más baja.

Rodrigo soltó el aire lentamente.

—Te lo prometo.

Marta lo miró como si estuviera intentando encontrar una grieta en su versión, algo que le permitiera desmontarlo todo y confirmar que estaba equivocado.

Pero no lo había.

—Están hablando —murmuró—. Sin saber quién es el otro.

Rodrigo asintió.

—Y lo peor no es eso.

—¿Qué es lo peor? —preguntó ella, casi sin querer saber la respuesta.

Rodrigo apoyó los codos sobre la mesa.

—Que están conectando de verdad.

Marta cerró los ojos un segundo.

—Madre mía.

Hubo un silencio largo.

—Tenemos que hacer algo —dijo Rodrigo de repente—. No podemos dejar que esto siga así, Marta, esto va a explotar y mi

hermana está demasiado tocada como para comerse otra hostia de este tamaño.

Marta levantó la mirada.

—¿Hacer qué?

—Separarlos —respondió él sin dudar—. Cortarlo antes de que vaya a más. Preséntale otros tíos, yo también puedo buscar algún compañero que no sea un capullo.

Marta negó con la cabeza al instante.

—No.

Rodrigo frunció el ceño.

—¿Cómo que no?

—Que no —repitió ella—. Esto no es algo que podamos controlar nosotros.

—Claro que podemos —insistió él—. Basta con decirle la verdad a uno de los dos y se acabó.

Marta apoyó las manos sobre la mesa, inclinándose hacia delante.

—¿Y qué consigues con eso? —preguntó—. ¿Evitar que se hagan daño ahora para que se queden toda la vida con la duda de qué habría pasado?

Rodrigo apretó la mandíbula.

—Intento proteger a mi hermana.

—¿Protegerla de qué? —replicó Marta—. ¿De la única persona con la que ha sido feliz de verdad?

Rodrigo se quedó en silencio un segundo.

—Esa misma persona es la que la destrozó —dijo finalmente.

Marta no apartó la mirada.

—Y también es la única con la que puede volver a serlo.

Rodrigo negó con la cabeza.

—Esto es una locura.

—No —respondió ella con calma—. Esto es el destino poniéndoles otra oportunidad delante de sus narices.

Rodrigo soltó una risa incrédula.

—¿El destino? ¿En serio estamos en ese punto?

—Llámalo como quieras —dijo Marta—. Pero dime tú qué probabilidades hay de que dos personas que han vivido eso acaben

encontrándose así, sin buscarse, sin saber quién es el otro.

Rodrigo no respondió.

Porque en el fondo… lo sabía.

—Esto no es casualidad —añadió Marta en voz más baja—. Y si nosotros lo frenamos igual estamos jodiendo la única oportunidad que tienen de arreglar lo que quedó roto.

Rodrigo se pasó la mano por la cara.

—Es que si esto sale mal…

—¿Y si sale bien? —lo interrumpió ella.

—¿Y si esta vez lo hacen bien? —continuó—. Sin mentiras, sin secretos, empezando desde cero, como debería haber sido desde el principio.

Rodrigo la miró.

Pensativo.

—Genial —murmuró finalmente, apoyándose en el respaldo de la silla—. Pues nada, vamos a dejar que el universo haga su magia, ¿no?

Marta no dijo nada.

—Porque, por si no lo sabías —añadió él, mirándola fijamente—, Nicolás llega a Valencia en una semana.

Marta parpadeó.

—¿Qué?

—Lo que oyes —respondió Rodrigo—. Se traslada.

El silencio volvió.

—Así que tú dirás —continuó él—. ¿Qué prefieres? ¿Que queden primero como cita a ciegas o que se den la vez en la charcutería del barrio?

Marta soltó el aire lentamente, llevándose una mano a la frente.

—Esto es muy complicado.

—Mi hermana está bien jodida, Marta —dijo él, más serio—. No estamos hablando de un juego.

Marta lo miró.

—Lo sé.

—Entonces…

—Entonces precisamente por eso —respondió ella con firmeza—. Porque está jodida, porque lo ha pasado fatal, porque lo sigue queriendo aunque no lo diga, ¿y si esta es la forma que tiene la vida de ponerlo todo en su sitio?

Rodrigo negó con la cabeza, pero ya sin tanta convicción.

—No sé…

—Yo sí —dijo Marta—. No podemos meternos en medio.

El silencio se alargó.

Rodrigo miró su café, ya frío.

Pensó.

Y finalmente…

Suspiró.

—Está bien —dijo.

Marta levantó la vista.

—¿Sí?

Rodrigo asintió lentamente.

—Vamos con todo, que comience el juego —añadió, aunque en su tono había más preocupación que entusiasmo—. Pero te digo una cosa, Marta, como esto se ponga feo, mi hermana nos va a necesitar.

Marta suavizó la expresión.

—Y aquí estaré para ella —respondió—. Siempre.

Hizo una pequeña pausa y luego sonrió levemente.

—Pero tengo la sensación de que estos dos han nacido para estar juntos.

Rodrigo no respondió.

Pero tampoco lo negó.

Y en medio de ese café que ya nadie se bebía ambos entendieron que, pasara lo que pasara ya no había vuelta atrás.

CAPÍTULO 20

La música retumbaba en toda la sala con ese ritmo imposible que hacía vibrar hasta el suelo, las luces blancas se mezclaban con destellos de colores que iban cambiando al compás, y un grupo de veinte personas trataba de seguir los pasos de la monitora como si su vida dependiera de ello, subiendo y bajando del step con más o menos dignidad mientras las mancuernas subían al cielo y bajaban como si aquello fuera lo más natural del mundo.

Candela no solo seguía el ritmo, sino que parecía disfrutarlo de verdad, con el pelo recogido en una coleta alta que no dejaba de moverse de un lado a otro, la camiseta pegada al cuerpo por el sudor y una sonrisa que llevaba ya demasiado rato instalada en su cara como para ser casual, porque no era la sonrisa de alguien que está haciendo ejercicio, era la de alguien que tiene algo dentro que no puede disimular.

—¡Rodilla arriba, brazos arriba, barbilla arriba! —gritó la monitora desde la tarima.

Candela obedeció entre risas, levantando las mancuernas con energía mientras giraba sobre el *step* con una facilidad que rozaba lo sospechoso.

A su lado, Marta intentaba sobrevivir.

—Yo no sé si estoy haciendo zumba o un simulacro de evacuación —murmuró entre dientes, llegando tarde a cada paso y chocando ligeramente con el borde del *step*.

Candela soltó una carcajada sin dejar de moverse.

—¡Venga, que lo estás haciendo genial!

—¡Mentira! —respondió Marta, resoplando—. ¡Estoy a punto de pedir auxilio!

La música subió aún más, la coreografía cambió sin previo aviso y ahora tocaba bajar, girar, subir, levantar brazos y aguantar el equilibrio en una pierna mientras la otra hacía algo que claramente no estaba diseñado para humanos normales.

Marta la miró de reojo.

—Vale, habla —le soltó, intentando no perder el equilibrio—. ¿Qué te pasa?

Candela la miró sin dejar de sonreír.

—¿A mí?

—Sí, a ti, a la que parece que le han subido la dopamina a niveles ilegales —respondió Marta, fallando el siguiente paso y recolocándose como podía—. Llevas toda la clase con cara de haber ganado la lotería.

Candela dudó un segundo.

—No es nada.

—No —replicó Marta, levantando las mancuernas tarde—. No me digas que no es nada porque no te lo compro, te conozco demasiado bien, y ahora mismo tienes la misma cara que cuando te comías un helado a escondidas y fingías que no pasaba nada.

Candela soltó una risa.

—Qué exagerada eres.

—Habla —insistió Marta, señalándola con la pesa mientras subía al *step*—. Ahora mismo.

Candela respiró hondo, como si lo hubiera estado guardando demasiado rato.

—He quedado con él.

Marta no reaccionó al instante.

—¿Con quién?

—Con el chico de la *app* —respondió Candela, casi gritando para hacerse oír por encima de la música—. Hemos quedado el viernes que viene.

Y entonces pasó.

Marta pisó mal.

El pie se le torció, la pesa se le escapó de la mano y cayó directamente sobre su propio pie.

—¡NOOOOO! —gritó con una intensidad que hizo que la música dejara de importar durante un segundo.

Varias cabezas se giraron.

La monitora bajó el volumen.

Candela abrió los ojos como platos.

—¡Marta!

En cuestión de segundos estaban las dos en el suelo, apartándose hacia un lado de la sala mientras el resto retomaba la coreografía como si nada hubiera pasado.

Candela se agachó frente a ella, agarrándole el pie con cuidado.

—¿Pero qué ha sido eso? —preguntó, preocupada—. ¿Te he hecho algo yo o ha sido el universo reaccionando a lo que acabo de decir?

Marta apretó los dientes.

—Ha sido mi coordinación, que es inexistente —bufó—. Joder, cómo duele.

Candela le quitó la zapatilla con cuidado.

—Déjame ver, mueve los dedos.

Marta los movió.

—Vale, eso es buena señal —murmuró Candela—. Pero te va a salir un moratón del tamaño de tus tetas después de esta clase.

Marta soltó una pequeña risa entre queja y queja.

—Mis tetas ya deben estar por el ombligo con tanto salto.

Candela la miró.

—Oye, ahora en serio, ¿te parece mal que quede con él?

Marta alzó la vista hacia ella, sorprendida.

—¿Qué? No —negó rápidamente—. Qué va, Cande, para nada, me he tropezado, ya está, no busques teorías *conspiranoicas* donde no las hay.

Candela frunció ligeramente el ceño.

—Es que has gritado como si te hubiera dicho que me voy a casar mañana.

—Porque me he aplastado el pie, cariño —respondió Marta, intentando incorporarse un poco—. Pero vamos, quedar es lo más normal del mundo, ¿no? Para eso están esas *apps*. Ah, y por si no te

acuerdas, estás casada, no puedes casarte de nuevo sin antes divorciarte.

Candela la observó unos segundos, todavía dudando.

—Ya…

Marta respiró hondo, apoyándose en la pared.

—Eso sí —añadió, cambiando el tono—. No pongas el listón muy alto, ¿vale?

Candela alzó una ceja.

—¿Perdón?

—Que luego vienen los disgustos —continuó Marta—. Cuantas más expectativas tienes, más grande es el batacazo después, así que tú ve a esa cita pensando que es, yo qué sé, un orco.

Candela no pudo evitar reírse.

—¿Un orco?

—Sí, o un bizco, o calvo, o tartamudo… —siguió Marta, contando con los dedos—. Algo que te prepare mentalmente para lo peor, y así, cuando lo veas, cualquier cosa te parecerá una mejora.

Candela negó con la cabeza, divertida.

—No puedo contigo.

—Yo lo digo en serio —insistió Marta—. Expectativas bajas, sorpresas altas.

Candela la miró con cierta curiosidad.

—Bueno, eso espero.

Se hizo un pequeño silencio entre ellas.

Candela inclinó la cabeza.

—Oye —dijo, más despacio—. ¿Solo te has dado en el tobillo, Marta?

—Sí.

—¿Seguro que estás bien?

Marta asintió.

—Sí, estoy bien.

Candela no terminó de creérselo del todo.

—Te noto rara.

Marta forzó una pequeña sonrisa.

—Será el golpe, o la falta de oxígeno después de intentar seguir esa coreografía imposible.

Candela sostuvo la mirada un segundo más.

Pero no insistió.

—Vale, pero si no puedes seguir, nos vamos, ¿eh?

—Ni de coña —respondió Marta—. Después de este espectáculo, pienso acabar la clase aunque tenga que arrastrarme.

Candela sonrió.

Y la ayudó a levantarse.

Mientras la música volvía a subir y la clase retomaba el ritmo Marta no podía dejar de pensar en una sola cosa.

El viernes de la semana próxima.

CAPÍTULO 21

Candela tenía el armario abierto desde hacía más de veinte minutos y, aun así, seguía mirando la ropa como si esperase que en algún momento apareciera, por arte de magia, la prenda perfecta que resolviera todas sus dudas.

Había sacado tres vestidos, dos vaqueros, una blusa que le gustaba especialmente y una camisa que no recordaba haber usado nunca, y todo descansaba ahora sobre la cama formando un pequeño montón caótico que reflejaba exactamente cómo se sentía por dentro.

Se llevó las manos a la cintura y suspiró.

—Esto es ridículo —murmuró para sí misma.

Pero no lo era.

No lo era en absoluto.

Porque no era solo una cita.

Y eso era lo que la estaba poniendo tan nerviosa.

Se acercó al espejo y se miró unos segundos, en silencio, evaluándose con una mezcla de exigencia y duda que le resultaba demasiado familiar.

—Es solo una persona —dijo—. Solo alguien con quien has hablado.

Pero no. No era solo eso. Era alguien con quien había compartido cosas que no pensaba compartir con nadie más. Alguien con quien había hablado de noches malas, de pensamientos que no se dicen en voz alta, de cosas pequeñas que, sin saber muy bien por qué, con él parecían importantes.

Alguien que la había hecho reír sin verla. Alguien que la había entendido sin conocerla. Y eso…

Eso daba miedo.

Se sentó en el borde de la cama, dejando caer los hombros.

—¿Y si no es así en persona? —pensó—. ¿Y si todo esto solo funciona por el móvil y a distancia?

Miró el móvil.

La conversación seguía ahí y parecía muy real.

Y aun así, había una parte de ella que no podía evitar pensar que todo aquello podía desmoronarse en cuanto lo tuviera delante.

Se levantó de nuevo, con un impulso nervioso, y empezó a probarse ropa casi sin pensar, quitándose una cosa y poniéndose otra con rapidez, como si el problema fuera únicamente elegir bien.

—¿Y si no le gusto? —se dijo de repente, quedándose quieta frente al espejo.

La pregunta la hizo dudar de nuevo.

No por lo superficial que sonaba, sino porque llevaba demasiado tiempo sin exponerse a algo así.

Sin dejar que alguien nuevo la mirara.

Sin sentirse vulnerable.

Apretó los labios.

—No necesitas que le gustes —intentó convencerse—. No necesitas nada de esto.

Pero la verdad era otra.

Sí lo necesitaba.

No a él en concreto, pero sí necesitaba volver a sentir. Volver a ilusionarse. Volver a ser capaz de mirar a alguien sin que el pasado lo ensuciara todo.

Cerró los ojos un segundo.

Y sin querer pensó en Nicolás.

En cómo la miraba.

En cómo la tocaba.

En lo fácil que era todo entonces.

Y en lo difícil que se había vuelto después.

Abrió los ojos de golpe.

—No —murmuró—. Hoy no.

No iba a permitir que ese recuerdo le arruinara esto también.

Se acercó a la cama, apartó varias prendas y se quedó con un conjunto sencillo, sin pretensiones, algo que no gritara

demasiado pero que tampoco pasara desapercibido.

—Vale —susurró—. Esto está bien.

Pero no estaba tranquila. Ni de lejos.

Cogió el móvil, abrió el chat y escribió, después borró, volvió a escribir.

rc93:Oye, mañana seguimos con el plan, ¿no?

Lo envió.

Y sintió cómo el corazón le daba un pequeño vuelco.

A varios kilómetros de distancia, Nicolás estaba sentado en el sofá con el móvil en la mano, mirando la pantalla desde hacía demasiado rato sin hacer absolutamente nada.

Meisie dormía en su habitación, la casa estaba en silencio, y sin embargo, dentro de su cabeza había demasiado ruido.

Había pasado el día entero intentando no pensar en ello.

En la cita.

En ella.

En lo que significaba, pero era inútil. Porque en cuanto se quedaba solo y en silencio todo volvía.

Siempre volvía.

—¿Qué estás haciendo? —se preguntó en voz baja, apoyando los codos sobre las rodillas.

No era solo quedar con alguien.

Era permitir que alguien nuevo entrara en su vida.

Y eso, no sabía si tenía derecho a hacerlo. Después de todo que derecho a ser feliz tenía él cuando había sido el culpable de la infelicidad de alguien.

Miró hacia el pasillo.

Pensó en su hija, pensó en todo lo que había pasado. En todo lo que había roto.

—No puedes ir por ahí como si nada —se dijo.

Pero tampoco podía quedarse anclado.

No podía vivir siempre en ese punto intermedio entre lo que fue y lo que no sabía si volvería a ser.

El móvil vibró.

Era un mensaje. Lo abrió. Y al leerlo, algo en su expresión cambió. Sonrió al instante.

—Claro que seguimos adelante —murmuró.

Escribió sin pensarlo demasiado.

sp91:Claro, o es que ¿te has arrepentido?

Tardó unos segundos en recibir respuesta.

rc93:No, pero me estoy poniendo nerviosa, no te voy a mentir.

Nicolás soltó una pequeña risa, bajando la mirada.

—No eres la única —pensó.

Pero no podía decir eso así.

sp91:Eso es buena señal, ¿no?

rc93:Depende, también puede ser señal de que esto es una locura.

Nicolás se quedó mirando esa frase.

Y sintió algo extraño.

Porque él también lo había pensado.

sp91:Un poco sí que lo es.

rc93:Genial, me dejas mucho más tranquila.

Él negó con la cabeza, sonriendo.

sp91:Pero también puede salir bien.

Hubo una pausa.

rc93:¿Y si no sale bien? Yo ya he tenido bastante en esta vida…

Nicolás respiró hondo.

Miró hacia la nada.

Pensó en Candela.

En todo lo que había salido mal.

En todo lo que no supo cuidar.

Y escribió:

sp91:Si no sale bien dejaremos de hablarnos y ya está, al fin y al cabo no sabemos ni nuestros nombres. No creo que sea tan difícil ignorarnos. Te confesaré que mi corazón pertenece a dos mujeres, y creo con casi plena seguridad que jamás saldrán de él, aunque también pienso que puede haber un hueco en el futuro.

Se quedó mirando la pantalla después de enviarlo.

Sintiendo cómo esa frase no era solo para ella, era para él.

rc93: Me alegra leer eso porque de alguna forma yo siento algo similar. El pasado me dejó el corazón marcado, y aunque sé que jamás volveré a estar con una persona, también sé que será imposible borrar su recuerdo y lo que a día de hoy siento no estoy segura de que se vaya del todo.

Nicolás cerró los ojos un segundo.

Y de repente, el vértigo fue real.

sp91: Mañana nos vemos, descansa y no pienses demasiado en el pasado, démonos la oportunidad de construir un presente y un futuro.

Se levantó del sofá y empezó a caminar por la casa sin rumbo claro, como si necesitara moverse para ordenar lo que tenía dentro.

—No la compares —se dijo de nuevo.

Pero sabía que lo haría.

Sabía que en cuanto la viera buscaría a Candela en cada gesto.

En cada palabra.

En cada mirada.

Y eso no era justo.

Ni para ella, ni para nadie.

Se detuvo frente a la puerta de la habitación de Meisie, la abrió con cuidado. Entró, se acercó a la cuna, la observó unos segundos.

—Tú eres lo único que tengo claro —susurró.

Y sin embargo…

Iba a salir al día siguiente a conocer a alguien que no sabía quién era.

Alguien que ya estaba empezando a importarle.

Alguien que le hacía sentir cosas que no esperaba volver a sentir.

La noche cayó lenta para ambos. Candela dio vueltas en la cama, mirando el móvil más veces de las que estaba dispuesta a

admitir en voz alta, repasando la conversación, imaginando cómo sería él, intentando no crear una imagen demasiado perfecta que luego no pudiera ser real.

—No hagas esto —se repetía—. No te montes una película.

Pero ya lo estaba haciendo.

Imaginaba su voz, su forma de hablar, su manera de mirarla. Y cada vez que lo hacía sentía ese cosquilleo en el estómago que creía olvidado.

A la vez que una presión en el pecho. Porque sabía lo que venía después. El riesgo.

La posibilidad de que no fuera lo que esperaba.

O peor aún, de que sí lo fuera y aun así no pudiera tenerlo porque al final resultaría que estuviese casado, que tuviera pareja…

Al otro lado de la ciudad, Nicolás tampoco dormía.

Daba vueltas en la cama, se levantaba, se volvía a tumbar.

Pensando en lo mismo.

—Mañana —repetía.

Y cada vez que lo hacía sentía algo entre ilusión y miedo. Entre ganas de conocerla y empezar una relación con ella y culpa por poder ser feliz y no merecer serlo.

Cerró los ojos y la imagen llegó a su mente clara y nítida, volvió a pensar en Candela. Y en cómo la había perdido, sobre todo en su mirada cuando en esa habitación de hospital descubrió que tenía una hija.

CAPÍTULO 22

La noche había caído sobre el centro de Valencia con ese bullicio constante de gente que entra y sale de bares, de terrazas llenas propias de ese mes del año y viernes. Y en medio de todo ese movimiento, a escasos metros de la puerta de un restaurante discreto pero elegante, Marta y Rodrigo estaban apostados tras la esquina de una calle como si estuvieran llevando a cabo una operación policial de alto nivel, aunque en realidad lo único que intentaban era evitar una catástrofe emocional que podía desatarse en cualquier momento.

—Te juro que esto es una mala idea —murmuró Rodrigo por enésima vez, asomando ligeramente la cabeza para comprobar la entrada del restaurante—. Es que lo estoy viendo, Marta, lo estoy viendo venir y no me gusta nada.

Marta, con los brazos cruzados y el móvil en la mano, no paraba de cambiar el peso de un pie a otro, incapaz de estarse quieta ni un segundo.

—Relájate un poco, ¿vale? —respondió sin apartar la mirada de la puerta—. Hemos llegado hasta aquí, ahora no te me vengas abajo.

—¿Relajarme? —repitió él, girándose hacia ella con incredulidad—. Mi hermana está a punto de encontrarse con su cita a ciegas, sin saber que es su marido, y tú me dices que me relaje.

Marta suspiró.

—No es solo su marido —añadió—. Es el hombre al que sigue queriendo aunque no lo diga, y si esto sale bien…

—Y si sale mal —la interrumpió Rodrigo—, la destroza otra vez, y esta vez no sé si se levanta.

Marta apretó los labios, sin responder de inmediato.

Porque en el fondo ella eso también lo sabía.

—Faltan veinte minutos —dijo finalmente, mirando la hora en el móvil—. Solo tenemos que controlar la entrada, ver cómo se desarrolla y, si hace falta, intervenir.

Rodrigo soltó una risa nerviosa.

—¿Intervenir cómo? ¿Saltando en medio de la mesa y gritando sorpresa?

Marta le lanzó una mirada.

—No ayudas.

—Es que esto es surrealista, Marta, parece una película mala.

—Pues reza para que tenga final bueno —replicó ella.

En ese momento, ambos se quedaron en silencio.

Porque alguien acababa de aparecer frente a la puerta del restaurante.

Nicolás se había quedado quieto a un lado de la puerta del restaurante, como si intentara convencerse a sí mismo de que aquello era una buena idea, llevaba unos vaqueros oscuros ajustados, una camiseta básica de cuello redondo que marcaba lo justo y una americana ligera que le daba ese toque elegante sin parecer forzado, y aunque su expresión intentaba ser tranquila, había algo en su manera de moverse, en cómo miraba a su alrededor, que delataba claramente que estaba tan nervioso como cualquier persona que se juega algo importante.

Marta abrió los ojos.

—Madre mía.

Rodrigo se llevó una mano a la frente.

—Pero míralo —murmuró—. ¿Dónde va así? Si parece que va a una entrevista para marido del año.

Nicolás seguía frente a la puerta.

Y ahí se quedó.

Literalmente quieto.

Mirando el interior del restaurante a través del cristal, como si no terminara de decidirse a entrar, como si cruzar esa puerta significara algo más que simplemente empezar una cita.

—No, no, no, no —susurró Rodrigo, tensándose—. Que no se quede ahí, por favor, que no se quede ahí.

Marta también empezó a ponerse nerviosa.

—Como se quede en la puerta y llegue Candela ahora mismo…

—No entra —terminó Rodrigo por ella—. Lo ve y se da la vuelta, estoy segurísimo.

Ambos se miraron un segundo.

—Tenemos que hacer algo —dijo él.

—¿Qué? —respondió Marta—. No podemos salir corriendo y empujarlo dentro.

Y justo cuando la tensión empezaba a subir un nivel más, ocurrió.

Una chica pasó arrastrando una maleta por la acera, claramente recién llegada a la ciudad, con el pelo suelto y gesto cansado pero decidido, y al levantar la vista y ver a Nicolás, su cara cambió por completo.

—¡Nicolás!

Él giró la cabeza.

Y en cuestión de un segundo, la reconoció.

—¡Raquel!

Se acercaron el uno al otro casi sin pensar, y ella dejó la maleta a un lado para abrazarlo con naturalidad, con esa cercanía de alguien que ya forma parte de tu rutina aunque lleve poco tiempo en ella.

Desde la esquina, Rodrigo se quedó completamente congelado.

—No puede ser —murmuró.

Marta frunció el ceño.

—¿Qué pasa?

Rodrigo señaló disimuladamente.

—Esa, esa es Raquel.

—¿Raquel?

—La vecina de Nicolás en Sevilla —explicó, llevándose la mano a la cabeza de golpe—. La invité a Valencia unos días, llegaba hoy.

Se quedó en silencio un segundo.

Y entonces abrió los ojos de par en par.

—¡La estación!

Marta lo miró.

—¿Qué estación?

—¡La estación del Norte! —exclamó en voz baja—. Tenía que ir a recogerla a las siete cuarenta y cinco.

Marta miró la hora.

—Son las ocho y diez, Rodrigo.

—¡Se me ha olvidado! —se lamentó él, pasándose las manos por la cara—. Con todo este lío de la cita se me ha ido completamente la cabeza.

Marta volvió a mirar hacia Nicolás y Raquel, que seguían hablando tranquilamente en la puerta del restaurante.

—Vale, vale, piensa —murmuró, rápida—. Esto nos puede salvar.

Rodrigo la miró.

—¿Cómo que salvar?

—Llámala —dijo ella, decidida—. Dile que lo meta dentro del restaurante, ya, sin explicaciones raras, lo justo, lo necesario.

—¿Qué?

—Rodrigo, si Candela llega y lo ve ahí plantado, se acabó todo antes de empezar —insistió Marta—. Necesitamos que esté dentro.

Rodrigo dudó un segundo.

—Pero…

—¡Pero nada! —lo cortó ella—. Llama.

Sin perder más tiempo, Rodrigo sacó el móvil con manos ligeramente temblorosas y buscó el contacto de Raquel.

—Vamos, ahora espero que responda, porque después de dejarla tirada —murmuraba mientras marcaba.

Desde la distancia, vieron cómo el teléfono de Raquel vibraba en su mano supuestamente porque lo miró.

—¿Rodrigo?

—Raquel, soy yo —dijo rápido, intentando no alzar demasiado la voz—. Escúchame, necesito que hagas exactamente lo que te voy a decir, sin preguntas.

Ella parpadeó, sorprendida.

—Vale, ¿qué pasa?

—Métete en el restaurante con Nicolás ahora mismo —dijo de corrido—. Invítale tú, dile que tienes hambre, lo que sea, pero entrad ya.

Raquel miró a Nicolás, confundida.

—Pero acabo de llegar, Rodrigo, llevo una maleta y…

—Da igual —insistió él—. Luego te explico todo, te lo prometo, pero ahora mismo es importante que entréis.

Hubo un pequeño silencio.

Raquel no entendía nada.

Pero confió.

—Vale —respondió finalmente.

Colgó y guardó el móvil.

Y miró a Nicolás con una media sonrisa.

—Oye ¿te importa si entramos un momento? Llevo todo el viaje pensando en comer algo y no tengo fuerzas ni para buscar otro sitio.

Nicolás dudó un segundo mirando la puerta, luego la miró a ella. Y asintió.

—Claro, vamos. La verdad es que he quedado con alguien pero no estoy seguro de que se presente.

Rodrigo y Marta contuvieron la respiración mientras los veían recoger la maleta y cruzar la puerta del restaurante, desapareciendo en el interior.

Durante unos segundos, ninguno dijo nada.

Y luego…

Ambos soltaron el aire al mismo tiempo.

—Vale —murmuró Marta—. Primera crisis evitada.

Rodrigo apoyó la cabeza contra la pared, cerrando los ojos un segundo.

—Esto va a ser un desastre —dijo en voz baja.

Marta miró hacia la calle.

Hacia el lugar por donde, en cualquier momento debería de parecer Candela.

—O un milagro —respondió.

CAPÍTULO 23

Candela caminaba hacia el restaurante con el corazón latiéndole demasiado rápido para algo que, en teoría, solo era una cita, aunque en su cabeza nada de aquello era solo nada, porque llevaba días sintiendo algo extraño, una mezcla entre ilusión y miedo, entre ganas de que todo saliera bien y la sensación constante de que en cualquier momento algo podía estropearlo.

Había elegido con cuidado lo que llevaba puesto, aunque se había repetido mil veces que no era importante, que solo iba a conocer a alguien, que no tenía que impresionar a nadie, pero aun así se había detenido frente al espejo más tiempo del habitual, dudando, cambiándose de ropa varias veces, soltándose el pelo, recogiéndolo, volviendo a soltarlo, hasta que finalmente salió de casa con un conjunto sencillo pero que la hacía sentir bien, y ese pequeño pañuelo rojo atado al cuello que él le había dicho, en tono de señal, que sería la forma de reconocerla.

Si llevas algo rojo sabré que eres tú, le había escrito.

Y ella, sin saber muy bien por qué, le había hecho caso.

Al girar la esquina y ver el restaurante, su paso se ralentizó ligeramente.

Respiró hondo antes de acercarse a la puerta, y cuando estuvo dentro lo vio. El mundo no se detuvo de golpe, no hubo música dramática ni nada parecido, simplemente ocurrió algo mucho peor: todo siguió igual mientras a ella se le rompía algo por dentro.

Nicolás estaba allí, en una mesa del restaurante, y con él había una mujer.

Una mujer que lo abrazaba con naturalidad, que sonreía mientras hablaba, que parecía formar parte de su vida de una

manera que a Candela le dolió más de lo que estaba preparada para ver.

Se quedó completamente quieta sin poder moverse. Sin poder apartar la mirada.

Claro, pensó, tragando saliva con dificultad. Claro que ha seguido con su vida ¿qué esperabas?

Sintió una punzada en el pecho, una mezcla de celos, rabia y algo mucho más profundo que no quería ni nombrar.

Porque no era solo verlo con otra.

Era darse cuenta de que quizá nunca le había pertenecido del todo, a finde cuentas se había enterado de su relación debido a un accidente, asi que a saber cuántas más relaciones había podido acumular a lo largo de los años.

Bajó la mirada.

Podía irse.

Podía darse la vuelta ahora mismo, desaparecer, fingir que nunca había venido, que aquella cita no existía, que todo había sido una estupidez desde el principio. Y durante un segundo estuvo a punto de hacerlo. Pero entonces recordó las noches hablando con ese desconocido, las risas, la calma que sentía cuando le escribía, la forma en la que había conseguido que se sintiera viva otra vez sin siquiera saber quién era.

Y apretó los labios.

No, se dijo. No voy a esta vez.

Cuando levantó la vista de nuevo, Nicolás ya no estaba en el mismo lugar, y tampoco lo buscó.

El corazón le dio un vuelco, confundida, pero sin pensarlo más, caminó hasta la una mesa y se sentó en el restaurante, con esa sensación extraña de estar avanzando hacia algo que no terminaba de entender.

El ambiente era cálido, tranquilo, con conversaciones suaves y luces tenues que hacían que todo pareciera más íntimo de lo que ella esperaba.

—¿Espera a alguien? —le preguntó un camarero.

—No estoy segura de sí vendrá, puede servirme a mí un Martini, por favor —le dijo al camarero, intentando que su voz

sonara tranquila.

Dejó el bolso a un lado, y respiró hondo.

Tranquila, pensó. Solo es una cita.

Miró el móvil por si le había mandado algún mensaje, pero nada, ni una señal.

Los minutos empezaron a pasar lentamente, y con cada segundo que avanzaba, la inseguridad crecía un poco más dentro de ella.

¿Y si no viene?

¿Y si todo esto ha sido una tontería?

Se llevó la mano al cuello, acariciando el pañuelo rojo, como si necesitara anclarse a algo real.

Mientras tanto…

En otra mesa, unos metros más allá, Nicolás estaba sentado frente a Raquel, intentando prestar atención a lo que ella decía, pero con la mente completamente en otra parte, porque desde que había entrado en el restaurante tenía esa sensación incómoda en el pecho, como si algo importante estuviera a punto de ocurrir.

Raquel hablaba.

Sonreía.

Pero él apenas la escuchaba.

Hasta que el móvil de Raquel vibró. Era Rodrigo.

Raquel levantó de la mesa su teléfono, leyó el mensaje y alzó la vista hacia él con una expresión extraña.

—Nicolás, lo siento —dijo despacio—. Me acaba de escribir Rodrigo, dice que ha tenido un problema y que necesita verme cuanto antes. Le dije que estaba aquí y ya está fuera.

Él la miró, sorprendido.

—¿Está aquí?

—Sí, me marcho —respondió, dudando—. Dice que es importante.

Nicolás asintió.

—Claro, no pasa nada.

Raquel lo miró un segundo, como si quisiera decir algo más, como si supiera que lo que estaba pasando era extraño, pero finalmente se levantó.

—Nos vemos, ¿vale?

—Vale —respondió él.

La vio marcharse.

Y entonces se quedó solo.

Completamente solo.

Apoyó los codos sobre la mesa, pasó una mano por su cara y dejó escapar un suspiro largo, de esos que arrastran cansancio, dudas y un montón de cosas que no sabes cómo asimilar.

¿Qué estás haciendo, Nicolás…?, pensó.

Miró alrededor sin demasiado interés.

Y entonces, en ese momento fue cuando la vio.

Al principio no fue un reconocimiento inmediato, no fue un impacto claro, sino más bien una sensación, una especie de déjà vu que le hizo fruncir el ceño mientras fijaba la vista en aquella mujer sentada unos metros más allá.

De espaldas.

Con el pelo más corto, con un aspecto diferente.

Pero había algo, algo en la forma en la que estaba sentada, en cómo movía ligeramente la mano sobre la mesa, en la curva de su cuello.

Y entonces cuando vio ese pañuelo lo supo.

El corazón le dio un vuelco tan fuerte que casi le dolió.

Se quedó completamente inmóvil.

No puede ser, pensó.

Parpadeó.

Se frotó los ojos, como si necesitara asegurarse de que aquello no era una mala pasada de su cabeza.

Volvió a mirar.

Ahí seguía.

El pañuelo.

Los zapatos rojos asomando bajo la mesa.

Su respiración se volvió irregular.

Se llevó la mano al pecho, como si necesitara comprobar que el corazón seguía en su sitio.

Y durante unos segundos…

No fue capaz de moverse.

¿Candela…?

El nombre le cruzó la mente, se puso en pie despacio, casi con miedo. Como si acercarse pudiera romper aquello y hacerlo desaparecer.

Dio pasos lentos hasta que llegó frente a su mesa.

Candela levantó la vista.

Y al verlo ahí, de pie frente a ella, se quedó completamente paralizada.

—Perdona —dijo ella, con la voz temblando ligeramente mientras apartaba la mirada—. Estoy esperando a alguien.

Nicolás tragó saliva mientras la miraba, como si la estuviera viendo por primera vez y al mismo tiempo como si nunca hubiera dejado de verla.

—¿Esperas a Sp91? —preguntó en voz baja.

Candela se quedó inmóvil.

Su corazón dejó de latir un segundo, después volvió a mirarlo.

—Yo busco a Rc93 —añadió él.

El silencio que siguió fue absoluto.

Irreal.

Candela lo observó como si intentara encajar todas las piezas de un puzle imposible.

—¿Lo sabías? —susurró finalmente, con la voz rota—. ¿Sabías que era yo todo este tiempo? —preguntó ella.

El silencio después de su pregunta no fue un silencio cualquiera. Fue uno de esos silencios que no sabes bien como romper, como si el mundo entero hubiese entendido antes que ellos lo que acababa de ocurrir y se hubiera apartado un poco para dejarles espacio, aunque nadie en realidad les estuviera mirando.

Candela seguía sentada, con los dedos apretando ligeramente el borde de la mesa sin darse cuenta, la mirada clavada en Nicolás como si necesitara confirmar una y otra vez que era real, que no era una mala jugada de su cabeza, que no estaba soñando algo demasiado cruel o demasiado imposible.

Y Nicolás, Nicolás no se movía.

Tenía la respiración controlada.

Tragó saliva.

Y por fin habló.

—No —dijo en voz baja, casi sin voz—. No lo sabía.

Candela parpadeó.

—¿Dices la verdad?

—No lo sabía —añadió él rápidamente, como si necesitara dejarlo claro antes de que el silencio lo condenara—. Te juro que no tenía ni idea de que eras tú.

Ella bajó la mirada un segundo.

Como si necesitara procesarlo.

Como si su cuerpo no supiera muy bien qué hacer con esa información.

—Claro —murmuró—. Claro que no.

Nicolás dio un paso hacia atrás casi instintivamente.

—Esto —empezó, pasando la mano por la nuca—. Esto es un error.

Candela levantó la cabeza de golpe.

Ahí sí hubo algo en su mirada.

—Sí —dijo ella, más firme de lo que se sentía por dentro—. Es un error.

Ninguno se movió durante unos segundos.

Y entonces Nicolás asintió despacio.

—Entonces, será mejor que me vaya.

Se giró ligeramente, como si fuera a hacerlo de verdad.

Como si pudiera simplemente dar media vuelta y salir de ahí, como si todo aquello no acabara de abrir algo demasiado profundo como para cerrarlo tan rápido.

Entonces Candela habló.

—Espera.

La palabra lo detuvo en seco.

No se giró del todo.

Solo se quedó a medio camino, como atrapado entre dos decisiones.

—Ya que estamos aquí —dijo ella, respirando hondo—. No hace falta que te vayas.

Nicolás cerró los ojos un segundo. Y volvió a girarse.

—No sé si es lo mejor —respondió—. Es que esto no es… no es sencillo.

Candela lo miró.

Y en su cara ya no había solo sorpresa.

—Nada de lo que venga después de nosotros será sencillo —dijo ella en voz baja.

Y eso lo dejó sin respuesta.

Nicolás volvió a sentarse.

Como si el cuerpo se le hubiera rendido antes que la cabeza.

Y durante unos segundos más, ninguno habló. Solo se miraban. Hasta que Nicolás decidió romper el silencio.

—¿Cómo están tus padres? —preguntó él de repente, como agarrándose a algo seguro, a algo que no doliera.

Candela tardó un segundo en responder.

—Bien —dijo al final—. Siguen igual. Mi madre sigue llamando tres veces al día aunque no haya nada que contar.

Nicolás soltó una pequeña risa.

—Eso no cambia.

—No —confirmó ella—. No cambia.

Hubo otra pausa.

Esta vez menos larga.

—Hace poco estuve con Rodrigo —añadió él—. Le va bien, siempre ha sabido cuidarse solo, tiene su vida bastante en orden.

Candela asintió lentamente.

—Sí, él siempre ha sido así.

Y durante unos segundos, hablar de otros les permitió respirar. Como si necesitaran terceros para no hacerse daño.

—¿Y tú? —preguntó Candela al final, sin mirarlo del todo—. ¿La niña?

Ahí Nicolás bajó la mirada.

Y algo en su expresión cambió.

Se suavizó. Se volvió más humano.

—Meisie… —dijo con una pequeña sonrisa—. Está enorme.

Candela levantó la vista sin querer.

—¿Sí?

—Sí —asintió él—. Es una locura. Es graciosa, muy lista, aunque ahora mismo está en esa fase en la que ha decidido que la palabra caca es lo más divertido del universo. Lo tira todo y lo lanza, deberías ver cómo está el salón de mi casa.

Candela soltó una risa pequeña, casi involuntaria.

Pero esa alegría duró poco, porque Nicolás bajó la mirada de nuevo. Y la sonrisa se le borró.

—Perdóname —dijo de repente.

Candela frunció el ceño.

—¿Por qué?

Él tragó saliva.

—Por todo. Sé que te he hecho daño —añadió, más bajo—. Y a veces pienso que no merezco que las cosas me vayan bien. Ni siquiera merezco ser feliz. Quizá lo justo es esto, no sé, pagar de alguna forma el dolor que he causado en ti.

Candela lo miró fijamente.

Y luego negó despacio con la cabeza.

—No digas eso.

Nicolás levantó la mirada hacia ella.

—Es verdad.

—No —repitió ella—. No es verdad.

Respiró hondo.

—El tiempo —añadió—. El tiempo pone cada cosa en su sitio. No puedes quedarte atrapado en lo que hiciste para siempre.

Él bajó la mirada.

Como si no supiera cómo tomarse esas palabras.

—Tienes que centrarte en ella —continuó Candela, más suave ahora—. En tu hija. En lo que tienes ahora.

Nicolás asintió lentamente.

Pero no dijo nada.

Y entonces ella, como si necesitara romper el peso del momento, cambió de tema.

—¿Y el trabajo?

Él soltó aire.

—He pedido el traslado a Valencia —dijo.

Candela se quedó quieta.

—¿Qué?

Nicolás asintió.

—Y me lo han concedido, por eso estoy aquí.

Candela lo miró como si no hubiera entendido bien.

—Pero —empezó—. Pensaba que allí estabas bien.

Nicolás sonrió ligeramente, pero no era una sonrisa feliz.

—Sí, lo estaba.

—Hasta que conocí a una persona maravillosa que vive aquí, y que parece que habíamos conectado.

Candela sintió algo en el estómago que no supo qué era exactamente.

—Y decidí apostar por ello —añadió él, y se encogió ligeramente de hombros.

—La vida siempre tiene sorpresas preparadas supongo —dijo Nicolás al ver que Candela no hablaba.

Candela lo observó sin parpadear.

—¿Has tomado la decisión de mudarte por alguien? —preguntó en voz baja

Candela tragó saliva.

Y apartó la mirada.

—Así es, por una persona que he conocido en una *app* de citas y que creo que estamos hechos el uno para el otro.

—Creo que es pronto para tomar ese tipo de decisiones —dijo Candela.

Nicolás la miró, pero no supo que decirle, porque si por él hubiera sido se hubiese arrodillado allí, y le hubiese pedido perdón mil y una vez, pero sabía que no serviría de mucho, así es que calló.

CAPÍTULO 24

El camarero apareció en el momento justo, como si intuyera que necesitaban una interrupción para no ahogarse en ese silencio tan denso que se había instalado entre ellos, y les preguntó con absoluta normalidad qué querían tomar, ajeno por completo a la tormenta que tenía lugar en esa mesa.

Candela bajó la mirada a la carta, aunque no estaba leyendo nada realmente, y respondió tras un breve segundo en el que necesitó recomponerse.

—Una copa de vino, por favor.

Nicolás tardó un poco más en reaccionar, como si aún estuviera tratando de aterrizar en esa realidad que acababa de cambiarle el pulso.

—Lo mismo para mí.

El camarero asintió y se marchó, dejándolos otra vez frente a frente, aunque ahora el silencio ya no era exactamente el mismo; seguía siendo incómodo, sí, pero había perdido un poco de esa violencia inicial y se había transformado en algo más torpe, más humano, como cuando dos personas no saben muy bien por dónde empezar cuando hay demasiado que decir.

Candela cerró la carta con suavidad, apoyó las manos sobre la mesa y dejó escapar una pequeña risa que no tenía demasiado humor.

—Bueno, supongo que esto es lo más raro que me ha pasado en mucho tiempo, y mira que mi vida no es precisamente aburrida.

Nicolás esbozó una sonrisa leve, todavía algo rígida.

—Creo que puedo decir exactamente lo mismo sin exagerar nada.

Se miraron durante un instante que se alargó un poco más de lo necesario, y fue él quien decidió romperlo, agarrándose a algo que conocían bien, a esa dinámica que habían creado sin saber quién había al otro lado.

—Entonces, cuéntame ¿qué tal el día?

Candela arqueó una ceja y negó ligeramente con la cabeza, como si no pudiera creerse que estuvieran empezando por ahí.

—¿En serio vamos a hacer esto? —preguntó, aunque en el fondo no le disgustaba la idea.

Nicolás se encogió de hombros con una naturalidad que poco a poco iba recuperando.

—Era lo que hacíamos, ¿no? Y la verdad es que funcionaba bastante bien.

Candela lo observó un segundo más, evaluando si entrar en ese juego era una buena o mala idea, y finalmente cedió, porque en ese momento le resultaba más fácil apoyarse en lo conocido que enfrentarse directamente a todo lo demás.

—Pues bien, veamos. He tenido un día bastante largo en el instituto, adolescentes con dramas que para ellos son el fin del mundo porque alguien no les ha contestado un mensaje en cinco minutos, así que me ha tocado escuchar mucho y poner bastante paciencia al asunto.

Nicolás asintió con una pequeña sonrisa que esta vez sí era más sincera.

—Eso no cambia con la edad, te lo digo yo, solo aprendemos a disimularlo mejor, o a hacer como que nos da igual cuando en realidad no es así. Yo aún me paso mirando el móvil cada dos segundos si espero un mensaje.

Candela soltó una risa breve y natural.

—O peor, sí, tienes razón, algunos lo disimulan fatal.

El camarero regresó con las copas y las dejó sobre la mesa, y ambos aprovecharon ese pequeño paréntesis para acomodarse, dar un sorbo, recolocarse en la silla, como si esos gestos sencillos les ayudaran a entrar en una especie de normalidad que sabían que no era real pero que necesitaban igualmente.

—¿Y tú? —preguntó Candela, apoyando la copa en la mesa—. ¿Qué tal tu día?

Nicolás soltó aire por la nariz, inclinándose ligeramente hacia delante.

—Caótico, la verdad, he llegado tarde al trabajo porque me dejé en casa la mantita de Meisie otra vez, y tuve que volver corriendo, luego reuniones que no servían absolutamente para nada, y —hizo una pausa, mirándola un segundo— no te voy a mentir, he estado todo el día pensando en esta cita. Nervioso.

Candela bajó la mirada hacia el vino, dibujando una pequeña sonrisa en los labios.

—Yo también —admitió, sin rodeos.

Hubo un silencio, pero esta vez no era incómodo, era más bien contenido, como si ambos supieran que estaban caminando por una cuerda floja.

—Aunque no era exactamente lo que esperaba —añadió ella con cierta ironía.

Nicolás soltó una pequeña risa.

—No, desde luego esto no estaba en ningún escenario posible.

Y entonces, sin pensar, como ocurre con las cosas que están demasiado arraigadas, lo dijo.

—A ti no te gustaba el vino tinto.

Candela levantó la vista despacio, clavándola en él.

—¿Cómo dices?

Nicolás se quedó quieto, consciente al instante del error, pero sin saber cómo corregirlo.

—Ha sido, sin pensar —dijo finalmente—, supongo que hay cosas que no debería de decir.

Candela le sostuvo la mirada unos segundos más, evaluando no solo la frase, sino todo lo que arrastraba detrás, y contra lo que podría esperarse, terminó esbozando una leve sonrisa.

—Pues ahora sí me gusta —respondió, llevándose la copa a los labios—, la gente cambia, aunque a veces no tanto como queremos.

Nicolás asintió despacio.

—Sí, cambia, pero hay cosas que se quedan en nuestros recuerdos.

Intentaron seguir.

Candela respiró hondo y buscó otro tema.

—¿Sigues…? —empezó, pero se detuvo a tiempo.

Nicolás la miró con curiosidad.

—¿Sigo qué?

Ella negó con la cabeza, sonriendo levemente.

—Nada, da igual.

Él insistió, con un deje divertido.

—¿Sigo dejando los calcetines tirados por toda la casa?

Candela no pudo evitar reírse.

—Eras un desastre.

—Soy un desastre —corrigió él—, eso sí que no ha cambiado nada.

La conversación empezó a fluir un poco mejor, más natural, como si ambos estuvieran encontrando ese punto intermedio donde podían hablar sin hacerse demasiado daño, hasta que Nicolás añadió, señalando ligeramente bajo la mesa:

—Sigues moviendo la pierna cuando estás nerviosa.

Candela se quedó quieta de golpe, consciente de que lo estaba haciendo, y la detuvo al instante, negando con la cabeza.

—Muy bien, Nicolás, muy sutil todo.

Él sonrió.

—Nunca se te ha dado bien disimular conmigo.

Y ahí, en esa frase, estuvo el peligro real, porque durante un segundo se miraron de una forma demasiado profunda, demasiado cargada de todo lo que no estaban diciendo.

—¡Eh!

La voz de Rodrigo rompió ese momento como un si hubiese dado un golpe sobre la mesa, y ambos giraron la cabeza al mismo tiempo para verlo acercarse con una naturalidad que no terminaba de ser convincente.

—Vaya, no sabía que estabais aquí, los dos —dijo, mirando de uno a otro con gesto curioso.

Candela frunció el ceño.

—¿Qué haces aquí?

Rodrigo se encogió de hombros.

—He quedado con una amiga, pero no la encuentro, debe de estar por aquí —respondió, evitando la mirada directa de Nicolás.

—¿Raquel? —preguntó él con media sonrisa.

Rodrigo carraspeó.

—Sí, ella.

Candela los observó a ambos, notando que había algo raro, pero no dijo nada.

—Bueno, no os molesto —añadió Rodrigo, dando un paso atrás—, ya aparecerá.

Se despidió con un gesto y se marchó, y cuando desapareció entre las mesas, Candela negó ligeramente con la cabeza.

—Está rarísimo.

Nicolás no respondió, pero pensó exactamente lo mismo.

Y sin embargo, cuando volvieron a mirarse, retomaron la conversación ligera, como si ambos hubieran decidido no romper ese equilibrio frágil por el que estaban caminando. Seguían con cosas cotidianas, intercambiando opinión sobre series absurdas, hablando sobre planes de fin de semana que casi siempre terminaban siendo pasear sin rumbo, y durante un rato se permitieron algo que no esperaban: reírse de verdad.

Hasta que el teléfono de Nicolás sonó.

Miró la pantalla y su expresión cambió al instante.

—Es mi madre —dijo, respondiendo—. ¿Sí?

Candela observó cómo su cuerpo se volvía rígido poco a poco.

—¿Fiebre? ¿Cuánto tiene? Vale sí, voy para allá ahora mismo.

Colgó y la miró.

—Tengo que irme, Meisie tiene fiebre.

Candela asintió sin dudar.

—Claro, salgamos de aquí.

Se levantaron, salieron del restaurante con cierta prisa, y ya en la calle, con el aire de la noche envolviéndolos, todo volvió a caerles encima de golpe.

Se quedaron frente a frente, sin saber muy bien cómo despedirse de algo que no sabían ni cómo había empezado.

Nicolás fue el primero en hablar.

—Ojalá nunca lo hubiese estropeado —dijo, con la voz muy baja—, aunque tampoco puedo desear que no hubiese pasado, porque entonces no tendría a Meisie, y es lo más bonito que la vida, y mis errores, me han dado, pero sí me habría gustado hacer las cosas de otra manera, habértelo contado, no haberte mentido. —La miró directamente—¿Me habrías perdonado?

Candela sostuvo su mirada, sintiendo cómo esa pregunta le atravesaba por dentro.

—¿Por qué me engañaste con ella? —respondió en lugar de contestar—, ¿ya no me querías, estabas enfadado, te faltaba algo? porque no tengo esa respuesta, y hay noches en las que no puedo dormir pensando en eso.

Nicolás bajó la mirada, negando despacio.

—Me gustaría tenerla, de verdad, pero no sé ni por qué lo hice.

Y esa fue, quizá, la verdad más dura de todas.

CAPÍTULO 25

Candela no supo en qué momento exacto decidió sacar el teléfono del bolso, solo sabía que necesitaba escuchar a alguien que la anclara a la realidad, porque todo lo que acababa de pasar le parecía demasiado improbable como para ser verdad.

Se apoyó en la pared de un edificio cualquiera, a unos metros del restaurante, respirando hondo un par de veces antes de marcar.

Marta tardó apenas dos tonos en contestar.

—Dime que estás bien —soltó directamente, sin saludo previo.

Candela cerró los ojos un segundo, apoyando la cabeza contra la pared.

—Mi cita era Nicolás.

Hubo un silencio al otro lado.

Un silencio demasiado largo.

Candela abrió los ojos despacio.

—Marta…

—Cande, yo…

—Lo sabías.

No fue una pregunta, fue una afirmación seca, directa, sin espacio para matices.

Marta dudó, y ese pequeño segundo de duda fue suficiente para que Candela apretara los labios con rabia.

—Lo sabías —repitió, esta vez con la voz quebrándose ligeramente—. Has estado todo este tiempo sabiendo que era él y no me has dicho nada.

—Escúchame, por favor —pidió Marta, ahora sí con urgencia—. No era tan sencillo como parece.

Candela soltó una risa sin humor.

—Ah, no, claro, perdona, debe de ser complicadísimo avisar a tu mejor amiga de que el chico con el que está hablando cada noche es su marido, el mismo que le destrozó la vida, qué situación tan difícil, pobrecita tú.

—No te pongas así —respondió Marta, más seria—, ponte en mi lugar un segundo, solo un segundo, y dime qué habrías hecho tú.

Candela guardó silencio.

Y eso ya era una respuesta.

—Porque yo te veía —continuó Marta, más calmada esta vez—, te veía sonreír de nuevo, te veía ilusionada, te veía hablar de él como hacía meses que no hablabas de nadie… y no era un cualquiera, Cande, era Nicolás, el único hombre con el que de verdad has sido feliz, aunque luego la cagara como la cagó.

Candela tragó saliva, notando cómo la rabia empezaba a mezclarse con algo mucho más incómodo.

—Podrías haberme preparado —murmuró.

—¿Para qué? —replicó Marta—. ¿Para que no fueras a la cita? ¿Para que lo bloquearas antes de tiempo? ¿Para que no pasara esto?

Candela no respondió.

Porque sabía que probablemente eso es lo que habría hecho.

—El destino te lo ha puesto delante —añadió Marta, más suave ahora—, sin trampas, sin máscaras, sin que ninguno supiera quién era el otro, y aun así habéis conectado otra vez. Eso no es casualidad.

Candela cerró los ojos, sintiendo cómo todo le daba vueltas.

—Estoy enfadada contigo —dijo finalmente.

—Lo sé —respondió Marta sin dudar—. Y lo acepto, pero aun así volvería a hacerlo igual.

Ese tipo de sinceridad desarma más que cualquier disculpa, y por eso Candela dejó escapar el aire despacio, apoyando la frente contra la pared.

—Se ha ido —añadió, en un tono mucho más bajo—. La niña tenía fiebre y se ha ido corriendo.

—¿Y tú?

—Yo me he quedado aquí, como una idiota, sin saber si debería haberle dicho algo más, si debería haberme ido antes, si

debería… —negó con la cabeza— no sé, Marta, no tengo ni idea de nada.

—¿Quieres saber lo que creo? —preguntó ella.

Candela tardó un segundo en responder.

—Sí.

—Creo que deberías llamarle.

Candela abrió los ojos.

—¿Llamarle? ¿Después de todo esto?

—Sí —insistió Marta—, no para hablar de vosotros, no para remover nada, solo para preguntarle por la niña, porque seguro que te preocupa de verdad, porque te importa, y porque eso no tiene nada de malo.

—No sé si es buena idea.

—Cande —dijo Marta con calma—, si no lo haces, te vas a quedar toda la noche pensando en cómo estará esa niña y en si deberías haberlo hecho, y te conozco, no vas a dormir.

Candela soltó una pequeña risa cansada.

—Eso ya lo tengo bastante asumido.

—Pues hazlo fácil —concluyó Marta—, llámale, pregúntale, y ya está, sin expectativas, sin historias.

Candela dudó.

Pero sabía que tenía razón.

—Vale —murmuró finalmente—. Le llamo.

—Eso es.

Hubo un pequeño silencio.

—Y Cande…

—¿Sí?

—Pase lo que pase ahora, ve despacio.

Candela asintió, aunque Marta no pudiera verla.

—Sí, esta vez sí.

Colgó.

Y durante unos segundos se quedó mirando la pantalla, como si ese simple gesto de pulsar el botón de llamada fuera a cambiarlo todo otra vez.

Candela tardó varios segundos en decidirse a pulsar el botón de llamada, no porque no supiera lo que quería hacer, sino porque

intuía que, en cuanto escuchara su voz al otro lado, todo lo que había conseguido mantener más o menos en orden dentro de ella iba a descolocarse otra vez sin remedio.

Aun así, llamó.

El tono sonó una vez.

Y otra.

Y a la tercera, Nicolás respondió.

—Sí, dime.

Su voz no sonaba alterada, ni apresurada, ni nerviosa, sino todo lo contrario, era una voz calmada, de alguien que está gestionando una situación sin perder el control, y eso, de alguna manera, tranquilizó a Candela más de lo que esperaba.

—Soy yo —dijo ella, sin rodeos.

Hubo un pequeño silencio, un segundo, pero suficiente para que ambos se acomodaran en ese nuevo lugar en el que estaban.

—Lo sé —respondió él con suavidad.

Candela respiró hondo antes de hablar.

—Solo quería saber cómo está la niña.

Nicolás se apoyó ligeramente contra la encimera de la cocina, mirando de reojo hacia el salón, donde Meisie dormía en el sofá, arropada, con la respiración ya más relajada.

—Ha tenido fiebre hace un rato, pero ha bajado bastante, ahora está dormida —explicó con voz pausada—. El médico dice que probablemente sea algo leve, un virus o algo así, nada grave.

Candela asintió, aunque él no pudiera verla.

—Me alegro —murmuró—. Me he quedado un poco preocupada.

—Gracias por llamar —dijo él, y esta vez su tono tenía algo más, algo que no era solo educación.

—Bueno… —empezó Candela, sin saber muy bien cómo cerrar aquello.

—Sí… —respondió él al mismo tiempo.

Se quedaron callados los dos, y por primera vez desde que habían coincidido esa noche, algo parecido a una sonrisa apareció en sus rostros.

—Supongo que ya hablaremos —dijo ella finalmente.

—Supongo que sí —respondió él.
Y colgaron.
Sin despedirse del todo.
Sin saber muy bien qué acababa de pasar.

CAPÍTULO 26

La casa estaba en silencio, eran cerca de las diez de la noche, Candela llevaba más de una hora dando vueltas en la cama, cambiando de postura, mirando el móvil, dejándolo boca abajo, volviendo a cogerlo, desbloqueándolo sin tener nada nuevo que ver, como si en cualquier momento fuera a aparecer un mensaje que en realidad no esperaba, pero sí necesitaba.

Cerró los ojos un momento y en su mente apareció. Estaba sentado frente a ella sonriendo. Mirándola como si nada hubiese pasado entre ellos, como si sus vidas jamás se hubiesen separado.

Se incorporó de golpe, apoyando la espalda contra el cabecero.

—No puede ser —murmuró.

Cogió el móvil otra vez.

Abrió el chat.

Las conversaciones de días atrás seguían ahí, intactas, llenas de pequeñas cosas que ahora tenían un peso completamente distinto.

Ese: *¿Qué has cenado? Estoy viendo una serie malísima pero no puedo dejar de verla. Hoy he paseado por el río y me he acordado de ti.*

Cosas normales. Cosas que ahora echaba en falta.

Escribió. Borró.

Volvió a escribir. Volvió a borrar.

Hasta que dejó el móvil a un lado y se tumbó boca arriba, mirando al techo.

—No le escribas —se dijo—. No compliques más las cosas.

Pero no pudo evitarlo.

En casa de Nicolás la luz tenue del salón iluminaba lo justo para no despertar a Meisie, que dormía sobre su pecho, con una de sus manos agarrando la camiseta como si fuera lo único importante del mundo.

Nicolás no se movía casi ni para respirar, no quería despertarla. Pero tampoco quería moverse por otra razón. Porque en cuanto lo hiciera, sabía que iba a pensar en coger el teléfono y escribir a Candela, y no quería pensar en ella todo el tiempo.

Cerró los ojos un segundo.

—Eres idiota —murmuró.

Dejó con cuidado a la niña en la cuna, asegurándose de que no se despertara, y volvió al salón en silencio, cogiendo el móvil del sofá.

La pantalla se iluminó por un mensaje de ella.

Se quedó quieto como una estatua. Comenzó a leerlo a toda prisa, y sin pensarlo mucho, respondió.

Candela no sabía exactamente qué esperaba cuando envió aquel mensaje, pero desde luego no esperaba la respuesta que acababa de leer, y mucho menos que su corazón reaccionara como lo estaba haciendo en ese momento.

Ya no estoy a cientos de kilómetros de distancia, ahora vivo en Valencia. No sé si debería, pero me gustaría verte. Siento la necesidad de verte ahora que estamos tan cerca.

Se quedó mirando la pantalla durante varios segundos, sintiendo cómo algo se removía dentro de ella, algo que había intentado controlar durante meses y que ahora parecía abrirse paso sin pedir permiso.

—No —susurró—. No es buena idea.

Pero no cerró el chat.

Ni dejó el móvil.

Ni volvió a respirar con normalidad, porque, en el fondo, sí quería.

Tecleó despacio.

¿Dónde estás?

La respuesta llegó casi al instante.

Debajo de tu casa.

Candela cerró los ojos un segundo.

Y entonces lo hizo. Bajó.

Cuando salió del portal, la brisa de la noche la despejó de inmediato, aunque no lo suficiente como para calmar ese nudo que tenía en el estómago. Buscó con la mirada. Y lo vio apoyado en el coche, con las luces apagadas.

Caminó despacio, notando cada paso más de la cuenta, hasta que estuvo lo suficientemente cerca como para distinguir su rostro.

Nicolás se levantó del coche en ese mismo instante. Se miraron sin decir nada. Y entonces Candela se dio cuenta cuando miró hacia el interior del vehículo.

—Has traído a la niña.

No sonó como una pregunta.

Nicolás asintió ligeramente.

—Claro.

Candela frunció el ceño, cruzándose de brazos.

—No te parece un poco irresponsable traerla a estas horas cuando tiene fiebre.

Él sostuvo su mirada, sin alterarse.

—Más irresponsable me parecería dejarla en casa sola —respondió con calma.

Candela abrió la boca para contestar, pero se detuvo.

Porque tenía razón.

Suspiró.

—Si lo prefieres… —dijo finalmente, bajando un poco el tono— podemos ir a tu casa, así puede dormir en su cuna y no tienes que estar pendiente de si se despierta en el coche.

Nicolás la miró un segundo, sorprendido por la propuesta.

—¿Estás segura?

Candela no dudó ni un segundo.

—Sí, allí también podemos hablar.

Él asintió, agradecido.

—Gracias.

Rodeó el coche, abrió la puerta del copiloto y la invitó a entrar.

Candela lo observó en silencio, y cuando estuvo en el interior del vehículo miró hacia la parte trasera para ver a la pequeña, y en ese momento, algo dentro de ella se rompió un poco más.

Cuando llegaron a los pocos minutos, Nicolás cerró el coche después de coger a Meisie en brazos y le pidió a Candela que lo siguiera.

Y mientras entraban en el edificio, ninguno de los dos dijo nada, pero ambos sabían que ese paso, ese simple gesto de cruzar juntos la puerta, era lo más grande que ambos habían hecho hasta el momento.

CAPÍTULO 27

La puerta se cerró a sus espaldas con un leve *clic* que resonó más de lo que debería, como si marcara el inicio de algo que ninguno de los dos estaba preparado para manejar.

Candela avanzó un par de pasos dentro del salón y se quedó quieta. No fue una pausa cualquiera, fue de esas en las que los ojos empiezan a recorrerlo todo despacio, absorbiendo cada detalle sin decir nada, mientras por dentro se forma una idea muy clara.

Juguetes por el suelo, algunos volcados, otros abiertos como si alguien los hubiera dejado a mitad de juego; un par de biberones en la encimera con restos de leche seca; ropa diminuta esparcida por el sofá, doblada alguna, abandonada otra.

En ese momento lo supo claro, esa era la casa de un hombre soltero siendo padre. Nicolás era desordenado, sí, pero aquello era pasarse el juego.

Nicolás cerró la puerta con el pie, sujetando a Meisie con cuidado, y carraspeó ligeramente, incómodo.

—No he tenido mucho tiempo esta semana para…

—Mi hermano me dijo que te las apañabas bien con la niña —dijo Candela, girándose hacia él con una media sonrisa que tenía más intención de la que aparentaba—, aunque creo que yo me había imaginado, no sé, algo un poco más ordenado por aquí.

Nicolás soltó aire por la nariz, negando con la cabeza.

—Tu hermano vino dos días cuando me instalé, y justo pilló los únicos en los que parecía que tenía la vida bajo control, esto es lo normal. Imagino que cuando estuvo en Sevilla se acostumbró a ver mi casa y no le parecía raro el desorden.

Candela volvió a mirar alrededor, despacio.

—¿Esto es lo normal?

—Esto es lo que hay —respondió él, sin excusas.

Hubo un silencio breve.

Y entonces, sin pedir permiso, Candela se inclinó para recoger una pequeña camiseta del suelo, la sacudió con suavidad y la dejó sobre el sofá después de doblarla.

Nicolás la observó.

—No hace falta que hagas eso.

—Ya —respondió ella con calma, recogiendo ahora un peluche— pero es que me está dando algo de verlo así.

Él no pudo evitar sonreír.

—Te juro que mañana iba a recogerlo todo.

—Claro —replicó ella, caminando hacia la cocina—, igual que esos biberones que llevan ahí… ¿cuánto? ¿Dos días?

—Uno y medio —corrigió él, siguiéndola—, tampoco exageres.

Candela abrió el grifo sin responder, y el sonido del agua llenó ese silencio que ya no era incómodo, sino extraño, cargado de algo que ninguno de los dos terminaba de nombrar.

—De verdad, no hace falta —insistió Nicolás, apoyándose cerca de ella—. No has venido a limpiar.

—No —dijo ella, sin mirarle, mientras pasaba la esponja con movimientos tranquilos—, he venido a hablar, pero si puedo ayudarte un poco tampoco pasa nada. Además ten por seguro que no puedo hablar de nada si veo la casa como la tienes.

Nicolás se quedó mirándola.

La forma en la que se movía.

La naturalidad con la que estaba allí.

Como si no hubieran pasado meses.

Como si no se hubiera roto nada entre ellos.

—Sigues haciendo eso —murmuró.

Candela giró ligeramente la cabeza.

—¿El qué?

—Entrar en caos ajeno y ponerlo todo en orden como si fuera tuyo.

Ella sonrió.

—Alguien tiene que hacerlo.

Terminó con el último biberón y se secó las manos, y cuando volvió al salón, se encontró con la ropa sobre el sofá.

La cogió, la dobló, primero una camiseta, después un *body*, como si ese gesto la mantuviera centrada.

Nicolás se acercó de nuevo.

—Candela… en serio.

Ella no levantó la vista.

—¿Qué?

Él alargó la mano y le quitó la prenda con suavidad.

—Que no hace falta.

Candela frunció el ceño y volvió a intentar cogerla.

—Dámela.

—No.

—Nicolás…

—Candela…

Y fue en ese gesto absurdo, en ese tira y afloja con una prenda diminuta que ya no importaba lo más mínimo, cuando todo dejó de ser inocente.

Porque en ese intento de recuperarla, sus manos se rozaron.

Y ninguno de los dos se apartó.

La distancia se redujo sin que se dieran cuenta.

O quizá sí.

Pero ninguno hizo nada por evitarlo.

Candela levantó la mirada despacio.

Nicolás ya la estaba mirando.

Podía notar el calor que desprendía su cuerpo, el leve movimiento de su respiración, el aire que compartían en ese espacio tan pequeño que de pronto parecía no tener salida.

El corazón le empezó a latir más rápido. Sin control. Como si su cuerpo recordara antes que su cabeza.

—Esto —susurró ella— no es buena idea.

Nicolás no se movió ni un centímetro.

—No —respondió igual de bajo.

Pero no se apartó y ese fue el problema. O quizá no.

Los segundos se alargaron, delicados, peligrosos.

Las miradas bajaron casi al mismo tiempo, deteniéndose en los labios del otro con una precisión que no tenía nada de casual.

Candela tragó saliva.

Podía sentirlo.

Ese impulso.

Ese recuerdo.

Ese deseo que no se había ido nunca.

Nicolás respiró hondo, muy cerca de su cara, y por un instante pareció que iba a romper la distancia, que iba a cerrar ese espacio que los separaba tan solo unos centímetros.

Pero no lo hizo, porque significaba perder el control.

Candela cerró los ojos un segundo.

Solo un segundo.

Como si necesitara recomponerse antes de perderse.

Cuando los abrió, seguían igual.

Demasiado cerca. Y sin embargo, sin cruzar esa línea. Porque ambos sabían que, si lo hacían, ya no habría forma de volver atrás.

El momento se rompió, como se rompen las cosas importantes, con una certeza incómoda que se instala en el cuerpo y ya no se va. Nicolás apartó apenas unos centímetros su rostro, todavía demasiado cerca del de Candela, y soltó con cuidado la prenda que aún compartían entre las manos, como si ese simple gesto le ayudara a recuperar el control que estaba a punto de perder.

Se pasó la mano por la nuca, respirando hondo, buscando una salida digna a algo que había estado a punto de ocurrir.

—¿Quieres beber algo? —preguntó, con una voz más baja de lo habitual.

Candela tardó en responder, no porque no quisiera, sino porque se había quedado atrapada en ese instante suspendido en el que su cuerpo seguía reaccionando a la cercanía de él, al calor, al recuerdo tan vivo de lo que había sido suyo.

—Agua, agua está bien —dijo finalmente, sin mirarle del todo.

Nicolás asintió y se alejó hacia la cocina, agradeciendo ese pequeño respiro que le permitía recomponerse, mientras Candela se

quedaba en el salón, inmóvil, con la sensación absurda de que si se movía, todo se desmoronaba.

Cuando volvió, le tendió el vaso y sus dedos se rozaron un instante, suficiente para que ambos notaran ese pequeño latigazo que no tenía nada de casual.

Candela bebió despacio, como si necesitara ese gesto para ordenar lo que llevaba dentro, y dejó el vaso sobre la mesa con cuidado, apoyando después las manos en el respaldo de la silla, sin saber muy bien cómo colocarse en un espacio que de pronto se había vuelto demasiado pequeño.

—Nunca he dejado de quererte —dijo entonces, sin aviso, sin adornos, como quien se quita un peso que ya no puede seguir cargando—, ni un solo día, ni siquiera cuando intentaba convencerme de que lo mejor era olvidarte.

Nicolás no respondió al instante, la miraba como si cada palabra tuviera un lugar exacto en él, como si no quisiera perder ni una.

—Pero tampoco he podido olvidar lo que me hiciste —añadió ella, más despacio, más vulnerable—, porque mientras todo eso pasaba en tu otra vida, yo vivía tranquila, convencida de que estábamos bien, de que lo nuestro funcionaba, de que éramos eso que siempre habíamos querido ser… y resulta que no era verdad.

Él bajó la mirada un momento, asumiendo el golpe con la calma de quien sabe que lo merece.

—Lo sé… —respondió al fin, con una honestidad que ya no intentaba protegerle— y lo siento, Candela, lo siento de verdad.

Ella negó suavemente con la cabeza, no en desacuerdo, sino porque sabía que eso no bastaba.

—No es tan fácil —murmuró.

Nicolás respiró hondo, como si por fin se permitiera decirlo todo.

—Fue una noche, salimos con la gente de la empresa por aquel ascenso, bebimos más de la cuenta y —hizo una pausa breve— y no, no fue solo el alcohol, porque sería muy cómodo decir eso, pero sí tuvo mucho que ver, y también tuvo que ver conmigo,

con mis inseguridades, con cosas que no había cerrado del todo, con recuerdos que seguían ahí aunque yo creyera que no.

Candela lo escuchaba sin interrumpirle, sin apartar la mirada.

—Supongo que nunca terminé de olvidar del todo que, en su momento, me cambiaste por otra persona, y eso se quedó en algún rincón de mí, mal resuelto, y cuando se juntó todo, tomé la peor decisión de mi vida.

El silencio que siguió fue duro, pero necesario.

—Me arrepentí al instante —añadió—, pero ya era tarde, y luego llegó Meisie, y ahí, ya no supe cómo arreglar nada sin romperlo todo por completo.

Se le escapó una sonrisa leve, triste y preciosa al mismo tiempo.

—Sé que suena horrible, pero no puedo arrepentirme de que exista, porque es lo mejor que me ha pasado nunca, Candela, es lo único que hago bien todos los días, aunque a veces ni eso.

Levantó la mirada hacia ella.

—Es despertarse y que te sonría aunque no hayas dormido nada, es que te agarre con sus manos pequeñas como si fueras su mundo entero, es reírse sin saber por qué, es… es todo lo bueno sin filtros, todo lo que no está roto está en ella.

Hizo una pausa más suave.

—Y siempre la voy a poner por delante de todo, porque ella no eligió nada de esto, porque es inocencia, es calma, es lo único que no me cuestiono.

Candela asintió despacio, con los ojos ligeramente brillantes.

—Jamás te habría hecho elegir —dijo con una serenidad que dolía—, nunca en mi vida me habría puesto por delante de tu hija, deberías haberlo sabido.

Nicolás cerró los ojos un segundo.

—Lo sé, ahora lo sé.

Candela soltó el aire con lentitud.

—Pero ya está hecho —añadió—, y no podemos quedarnos ahí, porque nos vamos a hacer más daño todavía.

El tiempo pareció aflojar un poco en ese instante, como si por fin hubieran soltado lo que llevaban dentro desde hacía demasiado.

Candela bebió otro sorbo de agua y, tras unos segundos, levantó la vista.

—Creo que es tarde, debería irme.

Nicolás asintió, aunque su cuerpo no estaba de acuerdo con esa decisión.

La acompañó hasta la puerta sin decir nada, caminando a su lado con esa sensación extraña de familiaridad y distancia al mismo tiempo, como si cada paso fuera un recuerdo.

Cuando llegaron, Candela se giró hacia él.

—Me voy andando, estoy a tres manzanas —dijo con suavidad—, no hace falta que bajes ni que despiertes a la niña.

Él apoyó una mano en la puerta, observándola, como si intentara memorizar ese momento.

—Podría acercarte…

—No —negó ella, casi con una sonrisa triste—, déjala dormir.

Se hizo un silencio breve, cargado de todo lo que no se estaban diciendo.

—Buenas noches, Nicolás.

Y en ese instante, justo cuando parecía que todo iba a quedarse ahí… algo dentro de él cedió.

No lo pensó.

No lo midió.

No lo frenó.

Dio un paso hacia ella, la agarró con una necesidad que no tenía nada de impulsiva sino de acumulada, de contenida durante demasiado tiempo, y la atrajo contra su cuerpo como si no existiera otra forma de estar cerca.

Candela no se apartó. Ni siquiera lo intentó.

Y cuando sus labios se encontraron, no fue un beso cualquiera, fue uno de esos que se recuerdan, como si sus cuerpos supieran exactamente dónde tenían que colocarse, como si no hubiera pasado el tiempo, como si todo siguiera ahí, intacto, esperando.

Fue un beso profundo, lento al principio, casi tembloroso, y después más urgente, uno de esos que nacen del amor que no se ha

ido, del deseo que no se ha apagado y de la necesidad absurda de comprobar que todavía existe.

Candela se aferró a él con una suavidad que dolía, deslizando sus manos por su espalda, sintiendo cada latido, cada respiración, cada recuerdo que volvía sin permiso, y durante unos segundos el mundo desapareció, no había pasado, no había errores, no había decisiones equivocadas, solo ellos.

Solo lo que siempre habían sido.

Cuando se separaron, lo hicieron despacio, como si romper ese contacto fuera casi más difícil que haberlo empezado, y se quedaron muy cerca, demasiado cerca para fingir que aquello no significaba nada.

Candela apoyó la frente contra la suya, cerrando los ojos, respirando el mismo aire.

—Esto no debería estar pasando —susurró, aunque su cuerpo decía justo lo contrario.

Nicolás no respondió.

Porque no estaba de acuerdo.

CAPÍTULO 28

Candela cerró la puerta con suavidad, y caminó por el portal con esa sensación extraña de ligereza y peso al mismo tiempo, como si hubiera soltado algo importante pero a la vez acabara de recuperar algo que no recordase. Cuando salió a la calle, el aire de la noche fue gratificante y respiró hondo intentando ordenar lo que llevaba dentro, intentando convencerse de que lo correcto era seguir caminando, seguir adelante, no mirar atrás. Y no solo era literal.

Pero no pudo.

No porque alguien la detuviera, sino porque algo dentro de ella se resistía a dar ese siguiente paso, ese paso que significaba alejarse otra vez.

Avanzó unos metros, despacio, con el sonido de sus propios pasos acompañándola en el silencio de sus pensamientos como compañeros, y justo cuando estaba a punto de cruzar la esquina, lo escuchó.

—¡Candela!

La voz de Nicolás llegó agitada, rota por la carrera que parecía que había hecho.

Se giró y lo vio allí respirando con dificultad.

Bajando casi a trompicones cuatro escalones que igualaban la calle, con el pelo revuelto, la respiración acelerada… y con Meisie en brazos, todavía medio dormida, apoyada contra su pecho, ajena al terremoto emocional que acababa de desatarse entre ellos.

Candela se quedó completamente quieta, sin entender nada, con el corazón golpeándole con fuerza contra las costillas.

—¿Pero qué haces? —preguntó, avanzando un paso hacia él, entre enfadada y desconcertada—. ¿Te has vuelto loco? La niña estaba dormida, Nicolás, ¿cómo se te ocurre bajarla a estas horas?

Él negó con la cabeza, intentando recuperar el aliento, pero sin soltarla, sin apartar la mirada de Candela ni un solo segundo.

—Me da igual —respondió, con una firmeza que no dejaba espacio a dudas—, me da exactamente igual todo lo demás ahora mismo.

Se acercó un poco más, lo justo para que ella pudiera ver en sus ojos todo lo que llevaba dentro.

—Te amo —dijo, sin rodeos, sin miedo—. Te amo y no sé vivir sin ti, Candela, no sé cómo hacerlo y ya no quiero seguir intentándolo como si pudiera, porque no puedo.

Ella abrió ligeramente los labios, sorprendida por la intensidad de sus palabras, por la verdad tan desnuda que había en ellas.

—Lo he estropeado todo, lo sé —continuó él, con la voz cargada de emoción—, he sido un idiota, he tomado las peores decisiones que podía tomar y no hay un solo día en el que no piense en ello, pero no puedo quedarme quieto mientras te alejas otra vez como si esto no importara, como si tú no fueras la mujer a la que amo y a la única a la que podré amar siempre.

Candela sintió cómo algo dentro de ella se deshacía poco a poco.

—No te pido que confíes en mí de la noche a la mañana —añadió, más suave, pero igual de seguro—, no te pido que olvides nada, ni que hagas como si no hubiera pasado, solo te pido que me dejes estar cerca, que me dejes demostrarte que puedo hacerlo bien, que puedo ser el hombre que mereces, porque sé que lo soy, porque sé que puedo hacerte feliz si me das la oportunidad.

Se acercó un poco más, sin invadirla, pero lo suficiente para que ella sintiera su presencia.

—Estamos hechos el uno para el otro, Candela… y lo sabes igual que lo sé yo.

El silencio que siguió estaba cargado de todo lo que habían vivido, de todo lo que habían perdido y de todo lo que, quizá, aún podían recuperar.

Candela bajó la mirada un segundo, respiró hondo, y cuando volvió a levantarla, ya no había duda en sus ojos, solo emoción.

—Estás loco —susurró, negando suavemente con la cabeza—, completamente loco por bajar a la niña así, en mitad de la noche.

Nicolás esbozó una sonrisa leve, cansada pero sincera.

—Por ti haré siempre lo que haga falta.

Y eso fue todo lo que hizo falta, nada más.

Candela dio un paso hacia él, acercándose despacio, como si quisiera grabar ese momento en la memoria, como si necesitara sentir que era real, y sin decir nada más, apoyó una mano en su brazo, la otra en el rostro de Meisie con una ternura que la sorprendió hasta a ella misma, y después lo besó.

Un beso distinto. Un beso lleno de elección. De decisión. De futuro.

Nicolás respondió al instante, sujetándola con cuidado, con Meisie entre los dos, como si en ese abrazo cupiera todo lo que eran ahora, lo que habían sido y lo que estaban a punto de empezar a ser.

Cuando se separaron, él la miró con una mezcla de incredulidad y esperanza.

—¿Eso es un sí? —preguntó, casi en un susurro.

Candela no respondió inmediatamente.

Miró a la pequeña, que se removía ligeramente en brazos de su padre, ajena a todo, con esa calma que solo tienen los niños que aún no conocen el dolor.

Y sonrió.

—¿Y tú qué dices, pequeña? —murmuró, acariciando suavemente la mejilla de Meisie—. ¿Crees que podrás compartir a tu papi conmigo?

Nicolás dejó escapar una risa baja, emocionada, acercándose un poco más a ellas.

—Eso ya lo tenemos hablado —dijo, con una sonrisa que le iluminaba el rostro—. Si eres tú está completamente de acuerdo en compartirme.

Candela lo miró.

Y en esa mirada solo estaba la certeza de que por fin, a veces el camino más complicado… también es el que lleva a casa.

EPÍLOGO

Seis meses más tarde

—¡No, no, así no vuela! ¡Tienes que soltarlo cuando sople el aire, no cuando te dé la gana!

La voz de Rodrigo se alzaba por encima del resto mientras corría unos pasos hacia atrás, sujetando el hilo del *catxirulo* con más entusiasmo que técnica, lo que provocaba que la cometa subiera dos segundos con dignidad y, al tercero, cayera en picado como si también se hubiera cansado de intentarlo.

—Eres policía, no ingeniero aeroespacial, relájate —le gritó Marta desde la manta, riéndose mientras le daba un mordisco a la mona de Pascua—. Deja que lo intente alguien con un mínimo de coordinación.

—Perdona, yo tengo muchísima coordinación —respondió él, ofendido, aunque en ese mismo instante el catxirulo volvió a estrellarse contra el suelo—. Lo que pasa es que hay poco viento.

—Claro, Rodrigo, es culpa del viento —añadió Raquel desde un lado, con media sonrisa, sentada sobre la hierba con una tranquilidad que contrastaba con el caos que tenían delante—. Nunca tuya.

Candela soltó una carcajada mientras observaba la escena, sentada en la manta, con las piernas recogidas y una botella de agua entre las manos, disfrutando de ese momento con una calma que hacía meses le habría parecido imposible.

—Déjalo ya, anda —dijo finalmente—, que al final la niña va a pensar que volar un catxirulo consiste en estrellarlo contra el suelo.

—¡Eh! —protestó Rodrigo, girándose hacia ella—. Esto es un proceso de aprendizaje.

—Sí, el tuyo —respondió Marta, sin levantar la vista.

Nicolás, que estaba a unos metros con Meisie en brazos, observaba la escena con esa sonrisa tranquila que ya se le había quedado como parte de la cara en los últimos meses. La niña miraba fascinada el catxirulo, señalándolo cada vez que subía, aunque fuera por unos segundos.

—¿Quieres intentarlo tú? —le dijo Nicolás a Candela, acercándose.

Ella levantó las manos en señal de rendición.

—Ni de broma, bastante tengo con sobrevivir a vuestra organización de picnic como para añadirle física aplicada.

Nicolás dejó a Meisie en el suelo con cuidado y le tendió el hilo.

—Venga, va, que seguro que tú lo haces mejor.

Candela dudó un segundo, pero terminó cediendo, levantándose con una sonrisa mientras cogía el hilo.

—Si esto no vuela, no es culpa mía, que conste.

—Eso lo dices ahora —murmuró Rodrigo, cruzándose de brazos.

Candela caminó unos pasos, esperó, observó el movimiento del viento… y soltó.

El catxirulo subió.

Y esta vez no cayó.

Se mantuvo.

Se elevó un poco más.

Y luego otro poco.

—¡Lo sabía! —gritó Marta, levantando el puño—. Era cuestión de inteligencia básica.

—Traición —murmuró Rodrigo, llevándose la mano al pecho.

Meisie empezó a aplaudir con entusiasmo, dando pequeños saltos mientras señalaba al cielo.

—¡Papá! ¡Papá!

Nicolás miraba Meisie que por fin había aprendido a decir aquella palabra que para él era tan importante.

El hilo seguía en la mano de Candela, el catxirulo volando alto, el sol cayendo suave sobre ellos… pero todo eso pasó a un segundo plano.

Nicolás giró la cabeza hacia Candela para comprobar si ella también lo había escuchado. Y allí estaba ella mirándolo. No le dijo nada, pero no hacía falta, porque la sonrisa que mostraba era suficiente.

Candela sonreía sin poder evitarlo, y volvió a mirar al cielo, dejando que el hilo corriera un poco más entre sus dedos.

—Vale —dijo finalmente—, creo que esto ya cuenta como victoria.

—Total —respondió Raquel—. Yo propondría que a partir de ahora seas tú la encargada oficial de los *catxirulos*.

—Y de todo lo que requiera un mínimo de neuronas —añadió Marta.

Rodrigo negó con la cabeza, resignado.

—Estoy rodeado de traidores.

—Estás rodeado de gente competente —corrigió Candela, riéndose.

Un rato después, todos estaban de nuevo sentados en la manta, compartiendo comida, riendo, hablando de nada y de todo a la vez, mientras Meisie iba de uno a otro sin parar, acumulando besos, risas y trozos de bizcocho.

Nicolás apoyó una mano en la espalda de Candela, un gesto sencillo, casi automático, pero lleno de significado.

Ella se inclinó ligeramente hacia él, sin pensar.

—¿Sabes qué es lo mejor de todo esto? —murmuró él, en voz baja, solo para ella.

Candela giró la cabeza.

—¿Qué?

Nicolás miró alrededor, a su gente, a su hija, al cielo despejado, y después volvió a mirarla a ella.

—Que esta vez sé con certeza que va a funcionar.

Candela lo sostuvo unos segundos con la mirada. Y sonrió.

—Meisie… ven un momento cariño, por favor.

La voz de Candela salió desde el baño con una mezcla rara entre nervios y contención, como si estuviera intentando que su propia respiración no la delatara en la frase. La puerta estaba entreabierta y ella seguía mirando fijamente aquella pequeña prueba en su mano, como si tuviese miedo de mirarla por más tiempo y aquello pudiera cambiar el resultado.

Desde el pasillo, unos pasitos desordenados se acercaron con esa energía imprevisible que solo tienen los niños pequeños cuando creen que todo en el mundo es urgente.

—¿Qué?

Respiró hondo, intentando mantener la voz estable.

—Ven aquí un segundito, cariño, necesito que hagas algo muy importante para mí.

La niña asomó la cabeza por la puerta del baño, con el pelo un poco despeinado y ese gesto curioso de quien siente que está a punto de participar en algo secreto.

—¿Importante?

—Meisie lo repetía todo.

Candela soltó una risa breve, nerviosa, casi ahogada por lo que estaba sintiendo.

—Más importante de lo que piensas.

Meisie entró del todo en el baño, caminando hasta ella con pasitos cortos, y Candela se agachó para quedar a su altura, intentando que no se le notara el temblor en las manos.

—Mira, necesito que le lleves esto a papá —dijo, poniéndole con cuidado la prueba en las manos pequeñas de la niña, como si le estuviera confiando algo mucho más grande que un objeto.

Meisie la miró con absoluta seriedad, como si acabaran de darle una misión oficial.

—¿A papá?

—Sí, a papá —repitió Candela, tragando saliva—. Dile que es de mamá.

La niña asintió muy convencida, como si entendiera perfectamente la gravedad del asunto, y salió del baño con la determinación de quien tiene una tarea que no puede fallar.

—¡Papá! —gritó por el pasillo con entusiasmo—. ¡Toma esto de mamá!

Nicolás apareció casi de inmediato desde el salón, con el móvil aún en la mano y esa expresión relajada de quien no espera que el mundo le cambie en los próximos cinco segundos. Se agachó para coger a Meisie en brazos automáticamente, como hacía siempre, sin pensar, con esa facilidad que ya era pura costumbre, y fue entonces cuando vio lo que ella le estaba extendiendo.

Se quedó completamente quieto.

El aire cambió en un segundo, la temperatura subió como diez grados, empezó a sentir calor.

Meisie lo miró, orgullosa de haber cumplido su misión.

—Es de mamá —dijo, muy seria, como si eso explicara absolutamente todo.

Nicolás levantó la vista lentamente hacia el baño.

Y en ese instante, Candela apareció en el pasillo.

No dijo nada pues no hacía falta. Su cara ya lo decía todo.

Una mezcla de miedo, esperanza, vértigo, y esa pequeña sonrisa que no podía controlar aunque lo intentara.

Nicolás volvió a mirar la prueba. Solo respiró hondo, como si el cuerpo no le diera para más emoción.

Y de repente, sin soltar a Meisie, empezó a caminar hacia Candela con pasos rápidos, casi desesperados, con una risa incrédula escapándosele sin permiso.

—¿Esto es verdad? —murmuró, como si aún no pudiera creérselo.

Candela dio un paso atrás instintivo, riéndose también, nerviosa, con lágrimas en los ojos sin saber muy bien en qué momento habían aparecido.

—Es positivo —dijo ella al fin, casi en un susurro—. Creo que es positivo.

Y eso fue suficiente.

Nicolás soltó una risa, de pura emoción, y en dos segundos estaba frente a ella, dejando a Meisie en el suelo con cuidado antes de rodear a Candela con los brazos, atrapándola contra su pecho.

—Te juro que… —empezó, pero no pudo terminar.

La besó. Primero rápido, casi desesperado, y luego otra vez, más lento, más consciente, como si estuviera intentando memorizarla entera en ese instante.

Candela se aferró a él con fuerza, riéndose entre lágrimas, sintiendo cómo todo encajaba por fin.

Meisie, mientras tanto, los miraba desde abajo, un poco confundida por la intensidad del momento, hasta que alzó los brazos otra vez, reclamando atención.

—¿Besos a Meisie? —preguntó con total naturalidad.

Nicolás se separó apenas lo justo para mirarla, todavía con la respiración agitada y una sonrisa imposible en la cara.

—Claro que sí —dijo, sin dudarlo—. Besos para Meisie.

Candela soltó una risa entre lágrimas, apoyando la frente contra su pecho.

—Creo que vamos a necesitar una casa más grande —murmuró.

—Y más brazos —respondió él, besándola en la frente, sin dejar de abrazarlas a las dos como si fueran lo único que importaba en el mundo.

Y así continuaba la vida de dos personas que, por fin, habían dejado de huir del lugar al que siempre habían pertenecido.

El destino no une a quienes nunca se equivocan, sino a quienes después de perderlo todo, encuentran el valor de volver a intentarlo.

Hay errores que no llegan para destruirnos, sino para enseñarnos hasta dónde somos capaces de luchar por lo que de verdad importa.

BOOKS BY THIS AUTHOR

El Caso Itziar Arregui

Suances, 27 de septiembre de 2008.
El cuerpo sin vida de una niña aparece en la cuneta de la carretera que va de Suances a las afueras. Todo apunta a una persona, pero a medida que se investiga más profundo nada es lo que parece. Incluso cuando el caso se cierra, la verdad parece no estar presente. La inspectora Lara Martinez, movida por su instinto no dejará que las señales que han cerrado el caso la nublen, y cuando recibe un mensaje misterioso, no duda en regresar para descubrir lo más peligroso. El subinspector Velasco la ayudará en este caso.
Gabriel Arregui se enfrentará a una dura realidad.

Adéntrate en este misterioso thriller, y descubre lo perversa que puede ser la mente humana, aun cuando no lo parece.

Condenadamente Casados

A Sophie Rose Silenton,
Lamento que haya sido usted la persona elegida por mi madre, y con la que he de casarme, pero no se preocupe, en cuanto eso ocurra su residencia y la mía quedarán separadas por miles de millas de distancia. Con lo cual, en lo único que deberá de preocuparse será de entretenerse sin hacer demasiado ruido. Por supuesto su asignación será suficiente para que pueda llevar la vida que desee.
Atentamente, lord Cravenger.

A lord Blake Cravenger,
No lamente casarse conmigo milord, empiece a lamentar haberse cruzado en mi camino. Con respecto a lo de no hacer mucho ruido, le sugiero que compre unos buenos tapones para sus oidos, pues no ha nacido caballero que se haya atrevido a decirme lo que debo hacer. Esperaré su dinero con impaciencia, espero que haya suficiente.
Atentamente, su peor pesadilla.

Un Caballero Para La Señorita Brook

Kent, Inglaterra
Junio de 1810

...
—¡Ey! Aquí, ayuda —llamó a gritos.
Por suerte para ella era un hombre, y ningún hombre por poco caballeroso que fuera ignoraría un grito de mujer.
Y así fue, el hombre, muchacho, o tuviese la edad que tuviese la escuchó, y caminó en dirección a ella sin dudarlo, pero entonces lo vio.
No, no, no, no. No podía ser él. Cualquiera menos él, se dijo para ella.
Pero como Brook bien sabía, tenía la peor suerte del mundo, y aquella ocasión volvía a recordárselo. Atrapada, ridículamente atrapada, con el vestido roto por el trasero, y frente a ella, Set Carroway, el mezquino, libertino e insufrible Set Carroway.
Brook tragó saliva y alzó la barbilla, como si no tuviera el vestido medio desgarrado ni estuviera colgando como una banderola en plena tormenta.
—¿Vas a quedarte ahí mirándome o vas a ayudarme a bajar de este maldito tejado? —espetó, con más dignidad de la que la situación le permitía.
Set Carroway no se movió. Solo ladeó la cabeza con aire de suficiencia, y sus ojos —esos malditos ojos azules que parecían

haber sido diseñados para ponerla de los nervios cada vez que la miraban— recorrieron la escena con una lentitud desesperante.
—¿Y por qué habría de hacerlo? —preguntó con esa voz grave tan suya, tan poco útil como peligrosa. Luego, pasó los dedos por su cabello castaño despeinado, peinándolo hacia atrás con gesto pausado y terriblemente irritante.
Brook apretó los dientes.
No era que le cayera mal, no exactamente. Es solo que, todo en él olía a pretencioso: su forma de andar, de hablar, de respirar. Como si le hiciera un favor al mundo con cada paso que daba sobre la tierra.
...